

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

Enrique Molina.	<i>Las funciones de la Universidad.</i>
James Joyce.	<i>Arabia.</i>
Robert Krautmacher.	<i>Disquisiciones lingüísticas.</i>
Paul Valéry.	{ <i>Cuando miro de pronto...</i> { <i>El cementerio marino.</i>
Mariano Picón Salas.	<i>El hibridismo religioso.</i>
Jorge Herrera S.	<i>Voces tras el muro.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Wilhelm Mann.	<i>El Dr. Federico Johow.</i>
Carlos Keller R.	<i>La filosofía de Chuan-Dsi.</i>
José de la Cuadra.	<i>Iniciación de la novelística ecuatoriana.</i>
Luis Herrera Reyes.	<i>Doctrina de Monroe y cooperación internacional.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS—LOS LIBROS—HOMENAJE—GLOSARIO—LIBROS RECIBIDOS.

ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.	
Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	\$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEAE, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

008(83)(05

Atenea

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:

Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (111)

NOSOTROS

Revista mensual

de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

**ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES**

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Mayo de 1933

Núm. 97

Enrique Molina

LAS FUNCIONES DE LA UNIVERSIDAD

MUCHO se ha hablado entre nosotros de crisis universitaria y de reforma universitaria, pero no se ha llegado a ningún resultado que pudiera llamarse ni medianamente definitivo. La inquietud y la falta de satisfacción continúa en los espíritus.

En estas líneas me propongo abordar el problema desde el punto de vista de las funciones de la Universidad, que es más orgánico que cuando se llega a él buscando soluciones para una crisis o preguntándose que reformas se deben hacer. Este método me parece más fecundo. Seguramente no voy a decir nada nuevo, pero la verdad es que hay cosas que conviene repetir.

Haré este estudio teniendo en vista principalmente a la Universidad de Concepción sin pretender de ninguna manera presentarla como modelo. Líbreme Dios de semejante ingenuidad. Procederé así para marchar con la mayor seguridad que da ir afirmándose en datos concretos.

* * *

El ilustre escritor peninsular José Ortega y Gasset en su conocido opúsculo sobre la «Misión de la Universidad» señala como los dos principales fines de las actividades universitarias hacer de los jóvenes que

acuden a sus aulas buenos profesionales y hombres cultos.

Antes de que Ortega lo dijera nuestro instituto superior había comprendido dentro de su misión docente la realización de esas dos finalidades.

Muy denigrada se suele ver la tarea de formar profesionales, pero es una función de la cual no se puede prescindir. Cabe criticarla cuando la universidad limita a ella el campo de su acción, pero no cuando la practica en armonía con las demás funciones que le son propias.

Para la formación del futuro profesional la universidad ofrece por un lado la enseñanza teórica que se toma de los libros y se da en las clases y conferencias y por otro cuida de la práctica y del adiestramiento técnico que se obtiene con el trabajo del estudiante mismo, sus observaciones y experiencias en los diversos laboratorios y gabinetes, en los seminarios, en las bibliotecas, en las salas de disección y en los hospitales y clínicas.

Sin la agudeza de los sentidos, sin la destreza de la mano, sin la perspicacia y rapidez de la observación que desarrolla el propio manejo de las cosas que van a ser la materia de la profesión no se pueden ofrecer a la sociedad ni médicos, ni dentistas, ni ingenieros, ni farmacéuticos que sean dignos de confianza. Otro tanto cabe decir del futuro profesor que necesita pulir su saber pedagógico y enriquecer su alma al contacto de los niños y con la práctica escolar; y del futuro abogado que en los seminarios, en las oficinas y en el examen de legajos y expedientes debe adquirir el ojo certero y la rapidez de juicio para descubrir los hechos reales, la verdad jurídica y la justicia de entre la maraña con que generalmente se trata de encubrirlos.

Los trabajos prácticos de los alumnos que por una parte tienen carácter técnico, por otra los hacen penetrar en uno de los campos más importantes de las

finalidades fundamentales de la universidad, cual es el de la investigación científica. Las labores de seminario y laboratorio tienen por objeto iniciar y adiestrar al estudiante en el manejo de los métodos científicos. Este aspecto científico de la preparación que a menudo se toma como meramente profesional queda más en claro aun con la exigencia de que el profesor universitario sea no sólo el maestro que da lecciones y conferencias sino también un investigador. No ha dejado, sin embargo, de discutirse este punto habiendo quienes sostienen que la investigación científica no debe ser una función primordial de la universidad que vale más que el profesor sea un pedagogo y no un investigador. Pero nos parece que en todas las universidades que han alcanzado un más alto grado de desarrollo y adelanto se mantiene la tradición de que los profesores sean a la vez investigadores. Por lo menos, esta amalgama es de conveniencia indiscutible cuando se trata de profesores de ramos científicos básicos, como ser de matemáticas, física, química, anatomía, biología, fisiología, histología, psicología, filosofía, sociología. De acuerdo con estos principios la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción se ha organizado con excelentes resultados en institutos a cargo de profesores *full-time*.

Los estudiantes han fundado en Concepción por iniciativa propia una Casa de Asistencia Social que cuenta con un policlínico y un departamento de consulta jurídica que sirven gratuitamente al público, con lo que rebalsan el estrecho marco de sus estudios profesionales y se ejercitan en la práctica de los servicios sociales que constituye una mira que no debe perder de vista la universidad.

En lo dicho anteriormente se ve que el graduado universitario no debe salir de las aulas armado con la simple o mañosa habilidad de un rábula o de un curandero y que la preparación profesional de que ha

sido objeto envuelve una verdadera forma de cultura. Sería esta incompleta si además el graduado no saliera penetrado de un sentido profundo de la ética de su profesión. Armado así, debe entrar a abrirse paso por los en un principio difíciles y siempre tortuosos caminos del mundo. Pero generalmente la ética profesional no es materia de un estudio sistemático en las universidades. Como la ética general en los establecimientos de enseñanza secundaria, se la considera tal vez asunto entregado al cuidado de todos los profesores. Sin embargo valdría la pena reflexionar acerca de una mayor preocupación sobre el particular y quién sabe si más de un aspecto de la crisis universitaria se podría atacar por este flanco.

La segunda finalidad universitaria de que hemos hablado es la formación del hombre culto, entendiéndola como un proceso que puede concebirse aparte de la cultura profesional, pero en armonía con ella.

El eminente escritor español antes nombrado ha dicho en su mencionado opúsculo que «cultura es el sistema vital de las ideas de cada tiempo». Entre nosotros se citan generalmente las frases de Ortega y Gasset como versículos del Evangelio, sin someterlas al menor examen crítico. Pero de este no se debe prescindir en ningún caso. Así me parece la anterior definición muy discutible sobre todo si se la quiere tomar como faro de orientación para la educación del hombre culto. No ofrece dudas que haya ideas científicas que sean propias de cada época. En este caso se encuentran las que elaboran los conceptos relativos al mundo físico y no se puede llamar hombre culto quien no esté al corriente, por lo menos, de los principios generales de la física, de la química, de la biología, de la fisiología y de la sociología de su tiempo. Bien entendido que me refiero sólo a tener concepciones generales. Ni cabezas como la de Aristóteles, Pico de la Mirándola o Leibnitz serían capaces de asi-

milarse la inmensa suma de saber acumulada en nuestros días.

También en lo referente a aspiraciones sociales y políticas cada época tiene sus ideas propias, pero no es posible usarlas de igual manera que las anteriores como cartabón para medir al hombre culto. ¿Habría sido la expresión de una verdad excluir de este dictado a todos los que a fines del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX no comulgaron con la Declaración de los Derechos del Hombre? En este caso Chateaubriand no habría sido una persona culta. Tampoco lo habría sido casi ningún inglés de ese tiempo.

Más expuesto aún a confusiones resulta afirmar que cada época posea ideas normales propias que constituyen la verdadera encarnación de la cultura. Tal vez contempladas las épocas a lo largo de las perspectivas simplificadas de la historia pueda parecer eso posible. Pero en realidad a menudo las ideas dominantes se hallan lejos de ser una expresión de cultura y las que pueden llegar a ser vitales para el futuro de la sociedad tampoco han alcanzado el plano que parece propio de lo que llamamos culto. En el siglo I de nuestra era la opinión dominante se manifestaba muy favorable a la fácil ruptura de los vínculos matrimoniales. ¿No habría personas cultas entre las que defendían y conservaban las viejas costumbres romanas contrarias a la relajación del hogar? Pero todo lo romano en cuanto pagano, iba en decadencia y estaba condenado a inevitable disolución. Las ideas vitales para el porvenir se hallaban entonces entre los cristianos, de los cuales no se podía decir, por otra parte, que fueran elementos cultos.

Sólo tras una perspectiva histórica ofrecida por muchos siglos de por medio suele ser dado percibir esas ideas vitales de una época. Otras veces éstas no pasan de ser una ilusión creada por la simplificación y el tra-

bajo de síntesis que el historiador ha llevado a cabo al hacer el cuadro que nos presenta.

Me atrevo a pensar que la cultura antes que consistir en las llamadas ideas vitales de una época, debe descansar precisamente en la concepción contraria de que el alma culta no puede ser sostenida sólo por ideas exclusivamente propias de un tiempo dado sino que tiene que serlo por fuerzas espirituales que suman sus raíces en edades anteriores lejanas de donde extraiga la sustancia secularmente acumulada de valores permanentes. Lo genuinamente propio de una edad tal vez no pasa de ser una moda y como tal efímera.

¿Cuáles serían las ideas vitales características de nuestro tiempo con que iríamos a formar el alma de nuestro hombre culto? ¿Las del bolchevismo, las del fascismo? En materias técnicas, científicas y artísticas encontramos muchas concepciones que con razón pueden ser llamadas de nuestra época. En el orden social, moral y político no hay otras. Las demás son en mayor o menor grado tradicionales. Salta a la vista que si estas tendencias pueden suministrar principios satisfactorios para la educación de los pueblos que comulgan con ellas, se encuentran muy lejos de llegar a monopolizar los conceptos de cultura en el mundo civilizado.

Otra característica de nuestra época es el predominio de la técnica. De la influencia de esta se ha llegado a considerar que lo acertado es reaccionar y proceder en toda circunstancia con puro dinamismo.

Con el término «dinamismo» quiero designar la parte de voluntad, el poder de obrar que debe manifestarse en nuestra respuesta a los estímulos exteriores.

Se suele vivir de la ilusión de tomar por progreso lo que sólo es mero y vano movimiento, cambio de lugar de las cosas sin ningún contenido espiritual. Tal forma de reacción, propia de los impulsivos, sería más bien una muestra de incultura.

Pero el dinamismo, bien acompañado de otros ingredientes morales, es un elemento que puede integrar el concepto de lo que debe ser el hombre culto.

Notemos que hemos desplazado ligeramente el problema y que dejando a un lado la definición de la cultura hemos entrado a hablar de lo que debe ser el hombre culto, que es el fin que perseguimos. La noción de cultura es muy compleja. Su contenido varía según las épocas, según las profesiones y las actividades de los hombres. Así se habla de la cultura del siglo de Pericles, de la cultura del Renacimiento, de la cultura de nuestros días, de cultura científica, literaria o artística. Se distingue cultura espiritual y material y es un término que no se diferencia bien del de civilización.

Pero me parece que si buscamos la génesis de la función cultural se aclarará el sentido de la idea «cultura» y arrojaremos nueva luz sobre como ha de ser el hombre culto que aspiramos a formar.

A mi entender el nacimiento de la cultura debe señalarse en el momento en que se manifestó una voluntad de superación del instinto por medio de la razón, en que apareció el anhelo de perfeccionamiento y empezó la serie de inventos del hombre que han venido creando sobre esta frágil corteza de la tierra un mundo espiritual y un mundo material mutuamente compenetrados.

Estimamos ese núcleo primitivo de la superación del instinto como una de las cualidades esenciales de la cultura. Un hombre puede ser un gran artista, un héroe, un genio, pero si no sabe dominar sus pasiones en lo que tengan de contrario a valores éticos y jurídicos reconocidos no es un hombre culto en este aspecto de su personalidad.

Hemos seleccionado como cualidad del hombre culto el dinamismo, siempre que éste vaya acompañado de ingredientes morales. Estos los suministran el do-

minio de sí mismo y el sentimiento de valores permanentes que se han de instalar en su alma durante su educación. Así llegamos a percibir lo que debe ser lo esencial de este tipo de hombre: la capacidad de encarar con un alma henchida a la vez de humanidad y dinamismo los problemas actuales.

Sin dinamismo de la voluntad y con el alma muy saturada de ilustración y de sentimientos humanos se obtiene sólo la personalidad del erudito estéril o del hombre bondadoso sin carácter. Ya hemos expresado en líneas anteriores que, al revés, el mero dinamismo sin contenido espiritual constituye más bien una muestra de incultura.

El filólogo que escudriña misterios del pasado en su gabinete y el sabio que en su laboratorio trata de descubrir algún secreto más de la naturaleza pueden ser y son sin duda hombres cultísimos, pero obran en esos momentos como especialistas. Mas el especialismo, flor muy superior de la cultura, tiene que ser una flor rara y para pocos.

La piedra de toque en que se juzga al hombre culto de término medio, la proporciona su saber reaccionar ante los problemas actuales. En este punto encontramos lo que es verdaderamente «vital» para la sociedad, lo que no hemos podido hallar en ese sistema vital de ideas de que habla el filósofo español que es muy difícil de precisar. Lo vital es que los hombres sepan reaccionar con actividad creadora ante las exigencias del día, creadora en verdad, pero movida por una conciencia clara de nuestros deberes y limitaciones, de los derechos de los demás y de las consideraciones que debemos guardarnos para embellecer nuestro tránsito por la tierra.

Fuera de su preparación científica y técnica—, ¿qué otra cosa les vamos a enseñar a nuestros futuros abogados sino que sean sacerdotes incorruptibles de la justicia, a nuestros futuros médicos, dentistas y farma-

céuticos que deben consagrarse con rectitud y abnegación a extirpar el dolor y las enfermedades, a nuestros profesores que deben ser todo amor para el alma encantadora de los niños y el alma inquieta de los jóvenes y a todos en general que deben buscar el bien, la armonía y la verdad como los supremos valores del hombre?

No quiere decir esto que creamos en la existencia de una justicia, de un derecho, de un bien en sí. Tal actitud equivaldría a caer en un realismo medioeval del cual nos encontramos muy distantes. Pero el hecho es que, dentro de su relatividad, esos valores existen. Existe la justicia aunque se la tuerza todos los días y muchos pobres sufran por falta de ella. Existe la bondad no obstante los caracteres malvados que se complacen en el daño de sus semejantes. Existe la honradez a pesar de que pululen los pillos y los desvergonzados. Existe el valor y no empece para ello que haya millares de cobardes. Existe la caballerosidad al lado de seres vulgares y ordinarios. Existen estos valores y otros más aunque triunfen momentáneamente los menguados que los desconocen o los niegan. Se mantienen como conquistas que se han venido imprimiendo con los siglos en el alma humana, o por lo menos, en las almas selectas que son las salvadoras de la cultura. Los caminos y canales trazados por los hombres en la superficie de la tierra, los campos cultivados, los parques y jardines plantados en ella no tienen nada de absoluto; pero existen como un bien que las generaciones se van transmitiendo con el mensaje de conservarlos y mejorarlos. Los caminos, campos y jardines son valores de la tierra. Las virtudes son los caminos y jardines del alma. Todo ello es el fruto de la labor secular de la fuerza creadora y de las tribulaciones del hombre. Es nuestra heredad que debemos cultivar y hacer progresar para embellecer y mejorar la vida.

Ortega y Gasset ha preconizado para la realización

de los fines de que venimos hablando la erección de una Facultad de la Cultura; pero pensamos que tal facultad sería una redundancia y que las finalidades que podrían señalársele corresponden a la Facultad de Filosofía. Es verdad que entre nosotros esta no ha tomado todavía en sus manos la realización de una misión semejante. Es una labor que queda por hacer y no cuesta ver que en esta deficiencia se encuentra tal vez otra de las razones de la crisis universitaria.

Por medio de sus investigaciones científicas las universidades contribuyen a la conquista de nuevas verdades dignas de inspirar certidumbres, que enriquecen nuestros conceptos del mundo y aumentan el poder del hombre sobre las fuerzas materiales. La busca de la verdad es una de las más nobles ocupaciones del espíritu, que supone a veces no poco valor y heroísmo de parte de los que se consagran a ellas. A las aplicaciones prácticas de los descubrimientos científicos debe por otro lado la humanidad la casi totalidad del bienestar de que disfruta. Entre nosotros, por falta de tradición científica, de publicaciones suficientes, de personal e instalaciones adecuadas, de ambiente en una palabra, no ha llegado todavía la investigación científica a retener la densidad que ocupa en las universidades del viejo mundo. Que haya profesores preparados para dedicarse especialmente a las tareas de la ciencia y que dispongan de laboratorios y bibliotecas bien equipados son las piedras angulares para hacer labor científica. En la carencia de estas condiciones, en la falta de medios para conseguirlas, en la disconformidad, en fin, entre las aspiraciones y las posibilidades de realizarlas puede quizás encontrarse otro antecedente de nuestra crisis universitaria.

Ya hemos insinuado que la Universidad de Concepción para hacer labor científica ha organizado el estudio de los ramos básicos de la Facultad de Medicina en institutos dirigidos por profesores *full-time* especial-

mente contratados. Así funcionan los institutos de Fisiología, Anatomía Patológica, Histología, Biología, Anatomía y Bacteriología. Los tres primeros se hallan a cargo de los profesores señores Alejandro Lipschütz, E. Herzog y K. Haenckel, respectivamente, que gozan de una alta reputación científica. También es bastante conocido por sus trabajos científicos el profesor Ottmar Wilhelm, director del Instituto de Biología. Algo semejante se puede decir de los doctores E. Solervicens y L. Moraga, directores de los últimos institutos mencionados (1).

Sin ser contratados ni *full-time* otros profesores hacen también labor científica importante. El doctor Guillermo Grant, profesor de Patología, es autor de un Tratado de Patología General que ha sido premiado por sociedades científicas. El doctor Alcibíades Santa Cruz, profesor de Botánica, ha escrito un Tratado de Botánica recibido con general aprobación.

Nuestra Facultad de Ciencias Jurídicas busca también dar una orientación científica a sus estudios. Ha establecido al efecto el funcionamiento de dos bien organizados seminarios.

El cultivo y fomento de las letras no ha sido tampoco indiferente para nuestro Instituto. A su servicio está destinada la revista ATENEA que circula como un alto exponente de nuestra cultura en todos los pueblos de habla castellana y es solicitada con interés desde los centros universitarios estadounidenses y de otras partes del mundo. Además la Universidad de Concepción ha instituído premios anuales para las mejores obras literarias y científicas que se publiquen en el país.

(1) La Universidad de Concepción dispone de edificio propio para el Instituto de Fisiología. El destinado a Anatomía e Histología se acaba de terminar y se inaugurará dentro de corto tiempo. Se ha iniciado el Instituto de Biología, cuya construcción, que se acaba de contratar, costará a la Universidad poco más de 1.300.000 pesos.

Aunque algo se ha venido haciendo entre nosotros en los últimos años en materia de Extensión Universitaria este servicio no ha alcanzado ni con mucho el magnífico desarrollo que ostenta en casi todas las universidades norteamericanas. Por medio de conferencias, de cursos cortos y folletos éstas llevan la ilustración y la información a cuanto habitante del Estado las necesiten y por medio de los cursos por correspondencia tienen discípulos en el mundo entero.

* * *

Last, but not least, la universidad debe cuidar del bienestar de sus estudiantes. Para eso es *Alma Mater*, madre benigna. Puntos esenciales constituyen en este sentido la atención que se ha de prestar a la educación física y a la existencia de casas confortables mantenidas por la universidad y que libren a los estudiantes de las pobres y a veces sórdidas casas de pensión a que se ven condenados por ahora. En caso de enfermedad la universidad debe prestar completa ayuda a los estudiantes de escasos medios. Así lo practica la Universidad de Concepción; pero ésta no ha podido todavía ni construir el estadio que tiene proyectado para dar a la cultura física el desarrollo que concibe, ni levantar las casas de estudiantes que tanto desea. No lo ha podido por falta de recursos. Para despojar a la Universidad de Concepción de parte de sus entradas algunos insisten en las necesidades de la beneficencia. Con la falta de reflexión y la sobra de emoción sentimental propias de espíritus perezosos ven lo que salta a la vista, enfermos que sufren, y no el mal que germina un poco más disimulado alrededor de ellos, vidas en flor condenadas a una muerte prematura. Si es grave que los enfermos carezcan de lo necesario, ¿no es quizás más grave aun que jóvenes sanos se conviertan en enfermos, en piltrafas de la tuberculosis y de

los vicios, porque no se les ha sabido dar ni la educación general y física que les conviene, ni casas confortables, ni alimentación adecuada? En estas incomprendiciones se halla otra de las raíces de nuestra crisis universitaria.

El Consejo de la Universidad de Concepción tiene en tabla un proyecto de Centros de Estudios que deben funcionar en cada facultad y de un Centro de Estudios de Filosofía y Sociología para el profesorado y el alumnado de todas las facultades. Estos centros estarían integrados por profesores y alumnos en conveniente proporción. Estudiarán desinteresadamente y sin otro fin que llegar a soluciones de problemas de importancia nacional, o relacionados con las materias de cada escuela o de carácter filosófico y sociológico. Se espera con estos centros, intensificar la inteligencia mutua entre profesores y alumnos, acudir a salvar las desorientaciones ideológicas de los jóvenes y acostumbrarlos a juzgar clara y serenamente las cuestiones del caótico mundo contemporáneo.

Algunos grupos estudiantiles creen que la solución del problema universitario depende de la implantación de ciertos postulados caros para ellos, como ser la participación de los estudiantes en los cuerpos directivos de la universidad y en las facultades, la asistencia libre, la docencia libre. Agita estas enseñanzas tanto ardimiento juvenil como inexperiencia. De todas las universidades del mundo, según entiendo, las de la República Argentina desde 1918 y las de España recientemente son las únicas que han acordado a los estudiantes participación en los consejos directivos. El ensayo en la Argentina no ha dado resultados satisfactorios. Ha introducido en la vida universitaria muchos de los vicios y miserias propios de la mezquina politiquería electoral. Supongamos que esto no fuera así. ¿Podrá contribuir la presencia de los estudiantes en

los consejos y facultades a intensificar la investigación científica, a allegar más recursos para los laboratorios, a contratar sabios y profesores competentes en el extranjero o en el país? Me parece que no. Para hacer con acierto el contrato de un profesor extranjero es menester estar al corriente de la vida científica universal dentro de la especialidad de que se trate. Y ningún estudiante puede hallarse en esta situación. Algo análogo puede decirse de los demás asuntos universitarios. Para la conveniente solución de todos ellos se requiere preparación administrativa o docente y a menudo un caudal de experiencia que nunca se improvisa.

La asistencia libre de los estudiantes a clase es, en el mejor de los casos, un arma para señalarle la puerta a un mal profesor. Mas, en realidad, los jóvenes no necesitan de este medio para boycotear con éxito a quien lo merezca. Y es un arma de doble filo porque hay peligro de que se abuse de ella sin razón. Tal vez se podría acordar esa libertad para los últimos dos o tres años del curso.

En cuanto a la docencia libre no es aceptable que cualquiera, sin calificaciones previas, pueda ocupar una cátedra universitaria. Esta significa una situación de dignidad y de responsabilidad, de las más altas que se encuentran en el orden intelectual—, y es justo que a quién pretenda ocuparla se le exijan los títulos y antecedentes de su competencia. Planteada así la cuestión queda reducida más o menos a la aceptación de profesores extraordinarios tal como existe hoy día en nuestras universidades.

Entre profesores y alumnos debe haber colaboración continua. A los jóvenes hay que oírlos en todo momento para saber de sus necesidades e inquietudes, de sus desorientaciones y desalientos y proporcionarles cuanta ayuda moral, intelectual o material sea posible. Pueden los jóvenes prestar una cooperación muy eficaz.

en comités integrados con miembros de las facultades para preocuparse del bienestar estudiantil y en muchos detalles de la extensión universitaria. Tanto en esto como en obras de servicio social, según lo hemos indicado antes, han dado muestras los círculos estudiantiles de abnegación y de capacidad para trabajar con buen éxito.

Pero que tengan cuidado nuestros jóvenes de que el señuelo de vanas quimeras,—ya sean lealmente tales o no pasen de encubridoras de la pereza—, no los arrastre a perder el precioso tiempo que deben dedicar a sus estudios y a su propio perfeccionamiento. La ascensión espiritual es una ascensión que no termina nunca. El que cree haber llegado a la cima y detiene su perfeccionamiento pasa a quedar entre los rezagados. En los pequeños talleres de la edad media, para ser maestro era menester haber pasado antes durante el tiempo necesario por los grados de aprendiz y compañero. A nadie se le podía ocurrir entrar de la calle a dirigir de buenas a primeras el taller al lado del maestro. Este es el orden natural y justo de las cosas y nuestros estudiantes pueden meditar en el ejemplo que, no por venir del medioevo, deja de ser sabio.

Si a nuestra época la ha sacudido una tremenda crisis económica no es menos sensible la crisis espiritual que la atormenta. Cuánta desorientación de las inteligencias, cuánto desfallecimiento de la voluntad, cuánta falta de fe en todo, cuánto afán de goce sensual. A las universidades corresponde, en gran parte, salvar y saber conservar los valores éticos y jurídicos que la humanidad indudablemente posee y estudiar las nuevas formas de vida que las necesidades de la época reclaman, de manera que, sin destruir lo bueno que tenemos, se pueda crear para los hombres un mundo mejor.

Las universidades han menester para realizar su múltiple misión de personal abnegado, de amplios re-

cursos económicos y de autonomía. En el orden de las actividades académicas esta no debe reconocer otros límites que los que aconsejan la lógica, la seriedad y la dignidad misma de la universidad. Ella puede organizar sus estudios como lo estime más conveniente y conferir los grados académicos según las reglas que establezca. Pero en tratándose de títulos profesionales tiene que hacerse sentir la tuición del Estado. Tales títulos no puede otorgarlos sino éste por medio de comisiones nombradas por la Superintendencia de Educación.

Las universidades norteamericanas gozan de gran libertad y pueden otorgar títulos profesionales. El régimen que preconizamos de supervigilancia por medio de una Superintendencia, funciona con excelentes resultados en Bélgica y en Italia y se aplica igualmente a las universidades fiscales y particulares. No existe en estos países una universidad privilegiada sino que todas gozan de una justa libertad académica y todas también se someten por igual a las condiciones de garantía que les impone el Estado en resguardo de la sociedad.

James Joyce

ARABIA

LA calle de North Richmond era una callecita tranquila excepto a la hora de salida del colegio de niños de «Los hermanos cristianos». Al final de esta callecita y destacándose de todas las otras casas había una de dos pisos situada en medio de un sitio cuadrado. Las otras casas de fachadas café, se miraban con imperturbable indiferencia como gente que ya se conoce y se sabe decente. El primer dueño de la casa había sido un sacerdote que murió en el salón que quedaba detrás. El aire, adentro de las piezas, de estar encerrado, tenía olor a húmedo, y en la despensa detrás de la cocina, las paredes estaban cubiertas hasta arriba con papeles viejos inservibles. Entre éstos yo encontré algunos libros forrados en papel en cuyas páginas se podía leer en una letra muy airosa: «The Abbot» por Walter Scott. «The Devout Communicant» y «Memoirs of Vidocq». El último de estos libros me gustó más que los demás porque sus páginas estaban amarillentas. El jardín silvestre que quedaba detrás de la casa sólo tenía un manzano y uno que otro matorral. Bajo uno de éstos encontré el mango de la bicicleta del dueño antiguo, todo enmohecido. El había sido un sacerdote muy caritativo; en su testamento había dejado su dinero a varias instituciones y los muebles de la casa a su hermano. Cuando llegaron los cortos días

de invierno caía una niebla espesa ya antes de que termináramos de comer, y al salir a la calle encontrábamos que las casas se tornaban más oscuras. Un pedazo de cielo arriba, de color violeta, variaba entre todos los matices de este color, y hacia él los faroles de la calle elevaban sus débiles luces. El viento frío picaba y nosotros jugábamos hasta tener el cuerpo caliente. Nuestros gritos hacían eco en la calle silenciosa. Sin darnos ni cuenta jugando y corriendo, llegábamos detrás de las casas a los praditos de jardín y dejábamos allí los puños peleando con los chicos de las otras casas. El jardín quieto y silencioso se llenaba a olor a caballo de un establo vecino donde un cochero hacía sonar musicalmente las espuelas y arneses. Después al volver a la calle ya la luz de las cocinas iluminaba los patios, y si mi tío aparecía nos escondíamos en los rincones en la oscuridad hasta verlo entrar a la casa. En otras ocasiones mirábamos a la hermana de Mangan que se asomaba al umbral y llamaba a su hermano a tomar té. Podíamos ver así desde nuestro rincón como miraba ella la calle de un extremo a otro. Nosotros esperábamos hasta ver si ella entraba o salía y si se quedaba allí salíamos de nuestro escondite resignados. Ella nos esperaba y su figura se destacaba en el umbral de la puerta entreabierta. Su hermano le hacía bromas antes de obedecerle, y yo me quedaba observándola desde la reja. Al moverse su cuerpo se balanceaba y yo le miraba la trenza de pelo brillante y su vestido que seguía el vaivén de su cuerpo.

Cada mañana yo me tendía en el piso del salón de enfrente y contemplaba su puerta a través del visillo corrido hasta una pulgada del suelo, para poder verla y no ser visto. Yo corría hacia el hall, cogía mis libros y la seguía. Yo iba detrás siguiéndola y mirándola todo el tiempo y al llegar al punto donde nuestros caminos se separaban, yo apuraba el paso y la pasaba. Y esto se repetía cada mañana. Jamás la había yo hablado, y sin

embargo, su nombre era como el grito que hacía bullir mi sangre joven y efervescente.

Yo llevaba su imagen a todas partes, aun a los lugares menos a propósito para el romanticismo. En las tardes de los sábados cuando mi tía iba al mercado y yo también tenía que ir y traerle los paquetes, caminábamos entonces los dos a través de las calles bajas empujados por borrachos y vendedoras, entre los juramentos e insultos de los trabajadores, las estridentes y repetidas letanías de los muchachos de las tiendas, que parados y cuidando los barriles con carne de cerdo, escuchaban los cánticos populares de los cantores ambulantes que pasaban. Y todos estos sonidos se mezclaban para darme una sensación de vida y fuerza. Y yo me imaginaba llevar un cáliz a través de una multitud de enemigos. Su nombre venía a mis labios en la forma de extrañas plegarias y alabanzas que ni yo mismo comprendía. Mis ojos se humedecían (sin saber yo por qué) y a veces un torrente de sangre me quemaba y llenaba el pecho. Poco me detenía a pensar en el futuro y no sabía si podría o no hablarle algún día y contarle mi secreta adoración. Y mi cuerpo era como un harpa por la que sus gestos y palabras resbalaban como dedos que la hicieran sonar.

Una tarde me fuí atrás al salón en que había muerto el cura. Era una tarde lluviosa y obscura y no se oía ni un sonido en la casa. A través de los vidrios rotos escuché el sonido que hacía la lluvia al enterrar sus finas agujas de agua en la tierra de los praditos del jardín. Y entonces una lámpara distante brilló a lo lejos. Me sentí feliz de poder ver tan poco. Y todos mis sentidos parecían apagarse y dejarme, entonces me oprimí fuertemente las manos y murmuré: «¡Amor mío», «Amor mío!», repetidas veces.

Por fin un día me dirigió la palabra. Al pronunciar ella las primeras sílabas yo me confundí tanto que no supe qué contestar. Me preguntó si iría yo a «Arabia».

No recuerdo si le dije sí o no. El bazar va a estar estu-
pendo, me dijo: a mí me encantaría ir.

«¿Y por qué no puede Ud. ir?» le pregunté.

Mientras hablaba daba vueltas a un brazalete de plata alrededor de su muñeca. No podría ir porque esa semana habría retiro en su convento. Su hermano y otros dos niños, peleaban por sus gorras y yo solo estaba parado en la reja. Ella tomó una de las espigas inclinando su cabeza hacia mí. La luz de la lámpara que encendieron en la casa del frente, tocó la graciosa curva de su cuello, alumbró su cabellera y resbalando tocó con su luz la mano que apoyaba ella en la reja. Descendió después por un lado de su vestido y tocó el borde blanco de su enagua, apenas visible cuando ella estaba parada así descansando.

—«Qué bueno para Ud»., dijo ella.

«Si voy, le dije, le traeré algo».

Qué de innumerables locuras se adueñaron de mi pensamiento de día y de noche, después de esa tarde. Yo deseaba aniquilar los tediosos días de intervalo.

Rabié contra el trabajo del colegio. Por la noche en mi dormitorio y en el día en la sala de clase, su imagen venía a interponerse entre mí y las páginas que yo luchaba por leer. Las sílabas de la palabra «Arabia», venían llamadas por mí a través del silencio en que mi alma se deleitaba y me envolvían en un encantamiento oriental. Pedí permiso para ir al bazar el Sábado por la noche. Mi tía se mostró sorprendida, y dijo que esperaba que no se trataría de alguna fiesta de los Masones. Contesté a muy pocas preguntas en la clase. Pude observar cómo la cara de mi maestro pasaba de la amabilidad a la dureza: él esperaba que yo no empezaría a flojear. Yo ya no podía mandar sobre mi vagabundo pensamiento. Escasamente tenía paciencia con los serios trabajos del vivir que ahora que se entrecruzaban entre mí y mis deseos se me ocurrían juegos de niños, feos y monótonos juegos de niños.

El Sábado por la mañana le recordé a mi tío que yo quería ir al bazar esa noche. El estaba ocupado frente al armario del hall en busca de una escobilla para su sombrero y me contestó cortantemente:

«Sí, muchacho, ya sé».

Como él estaba en el hall no pude ir al salón del frente y tenderme cerca de la ventana. Dejé la casa de mal humor y me encaminé lentamente hacia el colegio. Sentí el aire a mi alrededor atrozmente duro e inmediatamente me falló el corazón.

Cuando volví a comer mi tío aun no había llegado a la casa. Sin embargo todavía era temprano. Me senté a observar el reloj, durante unos instantes y cuando su tictac empezó a irritarme, dejé la pieza. Subí por la escalera y llegué hasta la parte alta de la casa. Las piezas frías, altas, desamparadas y melancólicas me liberaron y fuí de una pieza a otra cantando, desde la ventana del frente ví a mis compañeros jugando abajo en la calle. Sus gritos me alcanzaban debilitados e indistintos e inclinando mi frente contra los vidrios, miré hacia la obscura casa en que ella vivía. Debo haber estado allí una hora viendo nada más que la figura vestida de café que mi imaginación forjaba, apenas acariciada discretamente por la luz de la lámpara en la curva del cuello, en la mano sobre la reja y al borde bajo el vestido

Cuando volví abajo después, encontré a la señora Mercer, sentada cerca del fuego. Ella era una vieja y arrogante mujer, la viuda de un prestamista, que coleccionaba estampillas para fines de beneficencia. Yo tuve que soportar la charla en la mesa del té. La comida se prolongaba por más de una hora y aun mi tío no llegaba. La señora Mercer, se paró y se fué: sentía mucho no poder esperar más; pero eran más de las ocho y no le gustaba quedarse a fuera tan tarde de la noche porque el aire no le hacía bien. Cuando ella se fué, yo

empecé a medir la pieza con mis pasos apretando los puños. Mi tía dijo:

«Yo temo que tendrás que posponer por esta noche tu ida al bazar.»

A las nueve oí la llave de mi tío en la cerradura de la puerta del hall. Le escuché hablar a solas y oí el vaivén del armario del hall al recibir el peso de su abrigo. Yo podía perfectamente interpretar estos signos. Una vez que él hubo comido la mitad de su comida le pedí que me diera el dinero para ir al bazar. Se le había olvidado.

«A estas horas ya la gente está en sus camas durmiendo su primer sueño»—dijo. Yo no sonreí. Mi tía le dijo enérgicamente:

«¿Acaso no puedes darle el dinero y dejarlo ir? De todos modos le has hecho esperar hasta bastante tarde.»

Mi tío pidió excusas de haberse olvidado. Dijo que él creía en el antiguo refrán: «Sólo trabajo y ninguna entretención, hacen de Jack un simplón». Me preguntó a dónde iba y una vez que le hube repetido por segunda vez, me preguntó si conocía «La despedida del Arabe de su cabalgadura». Cuando yo dejaba la pieza él empezaba a recitar las primeras líneas del trozo a mi tía.

Sujeté bien apretado en mi mano el florín a medida que dirigía mis pasos hacia abajo de la calle de Buckingham hacia la estación. La vista de las calles invadidas de vendedores y alumbradas de gas me recordó el propósito de mi viaje. Tomé un asiento en vagón de tercera clase de un tren desierto; después de un intolerable atraso el tren salió lentamente. Subió por entre ruinosas casas y sobre el río que centelleaba. En la estación de Westland Row, una muchedumbre de gente se empujaba hacia los vagones, pero los porteros los rechazaban diciéndoles que ese tren era especial para el bazar. Yo me quedé solo en el carruaje va-

cío. Después de unos cortos instantes el tren se detuvo cerca de una improvisada plataforma de madera.

Yo salí al camino, y vi cerca de la esfera alumbrada del reloj, que eran diez para las diez. Frente a mí se elevaba un gran edificio que ostentaba el mágico nombre.

No pude conseguir entrada de seis céntimos y temiendo que el bazar pudiera cerrarse entré ligero, por la puerta que giraba entregando un chelín a un hombrecito de mirada cansada.

Me encontré en un gran hall que estaba cortado en la mitad por una galería. Casi todas las ventas estaban cerradas y la mayor parte del hall, en la obscuridad. Me pareció reconocer el silencio que invadía las iglesias después de las ceremonias. Me encaminé hacia el centro del bazar con timidez. Unas pocas personas se agrupaban cerca de las ventas que todavía no cerraban. Frente a una cortina, en que se podía leer «Café Chantant» escrito con luces de colores, dos hombres contaban dinero en una bandeja. Yo escuché el sonido de los céntimos al caer.

Recordé con dificultad a qué había venido, me dirigí hacia uno de los puestos y examiné los vasos de porcelana y los juegos de té floreados. En la puerta del kiosko, una mujer joven hablaba y reía con dos caballeros. Pude notar su acento inglés y escuché vagamente su conversación:

«¡Oh! ¡Jamás tal cosa!»

«Sí pero Ud. lo hizo!»

«¡Oh! Yo no lo hice!»

«¿No dijo ella eso?»

«Sí, eso se lo oí decir».

«Oh allí hay un.....»

Observándome la joven se me acercó y me preguntó si quería comprar algo. El tono de su voz no era muy halagador. Parecía haberme hablado sólo por cumplir con su deber. Yo miré humildemente los dos grandes

jarros que parecían dos guardianes a cada lado de la entrada de la obscura puerta del kiosko, y murmuré:

«No, gracias.»

Entonces la joven cambió la posición de uno de los vasos y se volvió a donde los dos jóvenes. Volvieron a hablar del mismo asunto. Una o dos veces la joven me miró sobre el hombro.

Yo me atardé frente a su escaparate, aunque sabía que mi estadía era vana, por hacer creer que mi interés en sus ventas era real. Después me fuí lentamente hacia el centro del bazar. Dejé caer los dos peniques contra la moneda de seis céntimos que llevaba en el bolsillo. Oí una voz decir adentro al otro extremo del hall que las luces se iban a apagar. Ahora la parte alta del bazar quedó a oscuras.

Escudriñando entre la obscuridad, me ví a mí mismo como una criatura llevada y burlada por la vanidad, y mis ojos se quemaron de angustia y de rabia.

(Traducción directa del inglés y especial para ATENEA).

Robert Krautmacher

DISQUISICIONES LINGÜÍSTICAS

QUIEN puede idear algo absurdo, quién algo cuerdo que los antepesados no hubieran ideado ya?

¿Sabría Goethe, al escribir estas líneas en su Fausto que la sentencia era la traducción casi verbal de Terencio:

Nullum est jam dictum,
quod non sit dictum prius?

Me acojo a esta divisa amparadora para justificar el atrevimiento con que me lanzo a un terreno tan escabroso con mi humilde contribución filológica de entusiasta hispanófilo, apoyándome, además, en una sentencia con que Jenaro Espinosa puso punto final a su inspirado y valiente artículo en uno de los últimos números de esta revista, sentencia del siguiente tenor:

«Es inútil pretender fijar los idiomas, reducirlos a una cosa rígida; con aspirar a que se cumplan las reglas gramaticales ya es suficiente».

Muchos filólogos procuran explicar el origen de las modificaciones fonéticas simbólicamente, comparando las palabras con las piedras que el río arrastra y que, al pulirse, van perdiendo, poco a poco, su estructura primitiva.

Esta comparación es errónea, porque la palabra, una

vez suscitada a la vida, no posee una duración perpetua a despecho de todas las academias de lengua que autorizan o sancionan su forma o empleo o la declaran viciosa. La palabra no es un objeto sino una acción, un proceso continuo, que consiste en la combinación simultánea de una representación mental con un movimiento de los órganos fónicos, o dicho más breve, de una imagen mental con otra fonética; por eso los entes lingüísticos tampoco son comparables a los seres animales que crecen, maduran y mueren, sino a las costumbres y usos, las instituciones y actividades del hombre que son modificados continuamente. Puede que algún uso desaparezca, lo que nada significa para la vida de la totalidad; algo nuevo y mejor lo va reemplazando. Así la lengua en su totalidad no conoce ancianidad ni tiempos de decadencia. Lo que desaparece, merece desaparecer; con perfección siempre mayor se hace la adaptación a las condiciones exteriores de la vida y las necesidades del individuo.

El idioma no es un cuerpo rígido, yerto, sino uno vivo, que se rejuvenece y remoja de sí mismo y se desarrolla teñido a veces con nuevas formas del dialecto regional. Hasta un genio como Goethe tenía todavía estas reincidencias a lo regional. En sus escritos se notaba la influencia del dialecto de Francfort y lo defendía en sus *Conversaciones con Eckermann*: «No hay que dejarse quitar su derecho, el oso gruñe según la cueva en que nació».

No es fácil trazar los límites entre una lengua literaria y su dialecto. Considerado bajo el punto de vista filológico el holandés puede ser calificado como un dialecto del alemán, pero esto es del todo imposible al tomar en cuenta su historia y literatura. El alemán bajo se llama un dialecto del alemán alto, sin embargo, se diferencia de éste mucho más que los diversos idiomas eslavos entre sí.

A menudo se oyen juicios falsos sobre la relación exis-

tente entre lenguaje literario y dialecto. Creen muchos que se relacionan como norma y arbitrariedad, o que la literatura sea la correcta, el dialecto la falsa, opinión que no corresponde a los hechos. Cada dialecto es tan correcto como la correspondiente lengua literaria. También la literaria ha sido antes un dialecto regional. Por causas políticas se eleva un dialecto al modelo, se hace instrumento de la clase influyente y acaudalada, de los poderes públicos, de la religión, en suma, llega a erigirse en lengua literaria. Y con la literatura gana en aprobación general, y, a medida que se consolida, los otros dialectos pierden la aptitud para una expresión más refinada de los pensamientos. Entonces, uno siente la lengua del bajo pueblo como algo innoble. En todo caso, constituye un prejuicio que el dialecto sea algo más vulgar que el idioma literario; es al revés: la literaria se ha formado del dialecto.

El diputado alemán Bamberger dijo el 11 de Noviembre de 1871 en el recién creado Reichstag: «Vos los señores diputados del norte habláis el alemán alto, que proviene de nuestro sur, mucho mejor que nosotros los meridionales, por no ser vuestra propia lengua, conforme a la filosofía del pueblo: que «en casa del herrero, cuchillo de palo».

Es cosa sabida que en España el dialecto de Toledo fué elevado a lengua oficial de las cancellerías bajo el reinado de Sancho I. El toscano es la base del italiano moderno y el alemán de Meissen la del alemán de hoy día, generalizado por la traducción de la Biblia, por Lutero.

La dialectología forma una rama importante de la ciencia lingüística moderna. Enorme diferencia existe entre un filólogo y un literato; éste cultiva sólo las más hermosas plantas cual buen jardinero, aquel, el botánico, se interesa hasta por la más despreciable maleza. El literato, se indigna al oír una palabra como «achunchado» y lo llama barbarismo, poniéndola en

la lista negra de las voces, recomendando usar por ella perplejo, corrido, azorado, mientras el filólogo de la talla de José Rufino Cuervo se acerca a la gente obrera, y, al oír una frase como «endei patrón» se echa a investigar la procedencia de palabra tan original; se mete en la cocina, para oír hablar a la cocinera, cuando dice: «Me viene haciendo humo otra vez, jante me duelen los ojos». Y como buen botánico vuelve feliz con la nueva especie al estudio para formar asaz una nueva ley fonética.

Llamar un dialecto una lengua viciada sería tergiversar las relaciones de los hechos lingüísticos, y no hay cosa más desacertada que hablar de los vicios de lenguaje, o de pronunciación viciosa, tanto más cuanto que estos términos son del léxico, de la ética, impropios de la lingüística, pues la lengua tiene tan pocas virtudes. Curioso es que el alemán, para designarlos, acude a la terminología patológica, tildándolos de sarcomas, de tumores cancerosos.

¿Quiénes son los que emiten tales juicios? Son los literatos, poetas, poetastros, académicos, academizantes con ribetes de estéticos.

A todos éstos oponemos que el lenguaje regional es una de las fuentes más copiosas del idioma, y el buen sentido del idioma castellano, «le genie de la langue», ha llevado a lo absurdo las teorías de tales dómines, desmenuzadores, que vituperaban todo lo regional como Luzán en España, Boileau en Francia y Gottsched en Alemania, por el acertado empleo de las voces regionales tanto en la novelística como en el drama. Un Ricardo Palma lleva al rango literario una palabra como «bochinche» y mil otras lindezas. Léanse Santiván y Mariano Latorre. Así sostiene uno de los más renombrados críticos literarios, Cejador y Frauca, que el término más vulgar del folklore que sale en lugar oportuno de la pluma de un escritor castizo, es mejor que el más refinado galicismo o palabra extranjera que sólo usa una

minoría de presumidos autores por vanidad, para darse humos de letrados. «Cototo», es incomparablemente más genuino que «entumecencia», porque revela aún matiz de sentimientos y «la minuta» cien veces mejor que el «menu», tinglado que garage, piloto que chofer, balompié que futbol, explorador que boy-scout, porque cada una incluye un concepto.

Cito otra vez a Cejador: «Los españoles academizados sin saberlo ignoran que cuanto más puro criollo escriban los americanos, escribirán más puro y castizo castellano, como escribirán más castizo el santanderino, el aragonés, el burgalés, el extremeño que emplean las voces de su tierra. Eso sí que no emplean galicismos ni latinismos como los borrajeadores de periódicos en España y en América. Antes el habla criolla de toda la América retraería el idioma literario hacia sus fuentes y así escribiríamos como en el siglo XVI, porque apenas difiere del habla del siglo de oro el habla popular de América y España. El que se apartó de ella es el idioma literario por imitar el francés y por allegarse al latín. Venga, pues, ese lenguaje criollo a limpiar el idioma literario de las sandeces eruditas con que lo estropeó la Academia pretendiendo «limpiarlo, fijarlo y darle esplendor». Yo quisiera saber cómo se dicen esas cosas criollas tan linda y gráficamente en gabacho y en chapurrado periodístico agabachado y en el planchado lenguaje de los discursos académicos. Salga, pues, afuera y brille a la luz del día esa habla popular castiza americana para que los españoles la saquen de entre el vulgo de las sierras y vegas, y campee con todo su antiguo esplendor este nuestro riquísimo y admirable idioma castellano.

Echemos una mirada a la gramática.

La lengua literaria ha sido prensada en moldes gramaticales a modo de un código jurídico. Pero con eso no se constituye todavía en legislador, pues éste prescribe lo que hay que hacer y amenaza al que no cumple.

La ley gramatical es ningún fantasma de papel sino que fija únicamente lo que es de uso al día de hoy. Registra los hechos del uso actual, analiza la estructura de la lengua. Su utilidad como norma es igual a cero, la norma la da el uso, que se puede saber por la lectura de los buenos escritores. Por algo dice Horacio: «*Usus arbitrium est, et jus et norma loquendi*». Si la gramática tuviera derecho legislador, bastaría conocerla de memoria para salir el más airoso escritor. El mejor fabricante de violines que conociera a la vez las notas, sería el más grande violinista. ¿Es así? En cuanto al castellano, dice Andrés Bello, lo mismo: «Para mí la sola autoridad irrecusable en lo tocante a una lengua es la lengua misma». Desgraciadamente, el mismo Andrés Bello ha sido el autor de la opinión errónea y muy vulgarizada entre el profesorado chileno de la eficiencia extraordinaria de la gramática para llegar a un buen estilo, por su famosa definición: «Gramática es el arte de hablar y escribir bien».

Los filólogos modernos ya no piensan así. El arte, enseña el Dr. Rodolfo Lenz, se aprende únicamente con el ejercicio perfeccionado, si se quiere, metódicamente una facultad o disposición natural que ha de tener el individuo: una exposición teórica de las dificultades de un arte podrá ser de cierta utilidad, pero ningún pedagogo moderno seguirá creyendo que los alumnos lleguen a hablar y escribir la lengua literaria mediante el aprendizaje mecánico de esquemas, de conjugación, de definiciones buenas o malas de las partes de la oración, o haciendo el llamado análisis lógico de trozos de buenos autores.

Los representantes de la escuela antigua, los acérrimos defensores del análisis lógico hablan generalmente en tono de pecho de su convicción superior. De ahí la forma apodíctica de sus juicios. No conocen más que la alternativa—o lo bueno, o lo falso. No hay cosa más tonta, que discurrir, por ejemplo, sobre asuntos tan futi-

les como si se debe decir obscuro u oscuro, setiembre o septiembre. No hay argumentación más pueril que la que se basa sobre la etimología. El modo del pensar lingüístico se opone a menudo, al llamado buen sentido que se acoge a estas exterioridades. Hablamos de un «animal cansado», es decir, un animal que está cansado; pero un «hombre cansado» es uno que cansa. Compárese un «libro muy leído» y un «hombre muy leído»— En mi vida me he visto en tal aprieto», dice Lope de Vega en su famoso soneto; pero lo que el poeta quiere decir es, que NO se ha visto en tal aprieto. ¿Dónde, pues, queda la lógica? Perdición viene de perderse y desperdiciar significaría entonces NO perderse, porque el prefijo des-incluye una negación, es privativo, y lógicamente: «El no desperdiciaba ocasión» significaría, que él la perdía, pues dos negaciones dan una afirmación. Luego, ¿es lógico?

Oigamos al sabio Andrés Bello: «Se ha errado no poco en filosofía suponiendo a la lengua un trasunto fiel del pensamiento. En el entendimiento dos negaciones se destruyen necesariamente una a otra, y así es también, casi siempre en el habla; sin que por eso deje de haber en castellano circunstancias en que dos negaciones no afirman. No debemos, pues, trasladar ligeramente las afecciones de las ideas a los accidentes de las palabras».

Nada se puede argumentar en contra del uso de ciertas formas morfológicas, tampoco el que carecen de lógica, sólo que no son usadas todavía, que todavía no tienen el poder, porque cuestiones lingüísticas son cuestiones del poder. Nuestra tradicional sintaxis escolar parte siempre del punto de vista lógico, a pesar de que en esta materia ya es de dominio general que las relaciones lingüísticas, no son siempre explicables por la lógica sino por la psicología. No pueden ser aprobadas ni condenadas, a base de la lógica, pues son en parte alógicas. Con términos como «anomalías» o «giro

genial del castellano», no se explica nada (véase Capítulo XXIX. Apéndice II de A. Bello), hay que buscar la causa intrínseca en la psicología. No se trata ya de si las nociones pueden ser representadas en la mente, sino percibidas con el sentir. Por consiguiente, no puede haber formas falsas propiamente dichas. Si el niño dice por analogía *escribido* en lugar de *escrito*, entonces la forma *escribido*, dice visto bajo el punto filológico, no es falsa sino inusitada, tal como cuando alguien dice por primera vez: He roto los lazos. El quien lo empleó por primera vez, falló, debiendo decir *rompido*, pero esta falta ya no es falta hoy, sino falta rectificada y sancionada, es decir, de uso correcto. *Escrito*, *roto*, *absuelto*, en lugar de *escribido*, *rompido*, *absolvido* son formas aisladas y el idioma tiene la tendencia de juntarlas a grupos mayores de palabras. La disminución de los grupos psicológicos es en general una tendencia en la evolución de la lengua.

Así se ve, que la contemplación lingüística del idioma no coincide con la gramatical, porque contempla los fenómenos de la lengua bajo el punto de vista biológico y no legislador. Claro que las formas nuevas estorban antiguos derechos propietarios. El amigo del buen sentir siente éstas como fricciones dolorosas de malestar, y sus lamentos sobre decadencia de la lengua, corrupción del sentir lingüístico, no cesan jamás. Sólo el lingüista, se siente feliz, porque le dan el material para probar que estas fuerzas destructoras para el literato, son las fuerzas eternas que rigen la evolución de los idiomas, que han hecho de las lenguas primitivas aquellos maravillosos instrumentos de la cultura.

Y esto es lógico, porque la humanidad progresa en ideas y no es dable que la expresión de las ideas se estanque y no prosiga. Sería una desgracia, si el vocabulario no progresara a medida que avanzan las ideas. Por eso vamos conformes con la tesis de Jenaro Espinosa, en su último artículo en esta Revista: «Es inútil

fijar los idiomas, reducirlos, a una cosa rígida; con aspirar a que se cumplan las reglas gramaticales, ya es suficiente».

Además, en casos en que el dominio de una regla gramatical cesa de ser imperioso, el sentir lingüístico, del buen escritor gana en expansión y no es nada de lamentar que en cuestiones de la lengua el tino seguro del artista pueda crear nuevos rumbos. Que los fundamentos y la construcción bruta del idioma queden intactos, eso sí, pero, caso curioso, de todas las aberturas y rendijas del edificio brota, sin embargo, en ameno ramaje la multiplicidad de nuevos botones y retozones burlándose de toda regla, traspasando la línea recta trazada para encadenar estos libertinajes según el decir de los dómines jardineros.

Me acuerdo todavía del enorme alboroto causado por una frase que el venerable maestro cervantista Enrique Nercasseau y Morán pronunció en 1917 con motivo de la Fiesta de la Raza a la que le habían invitado la colonia española de Santiago, que era la siguiente: «Desde hoy queda tendido un lazo de amistad entre vosotros y mí, que sólo puede romper la muerte» frase que en el mundo literario, en los círculos doctos y cenáculos de poetas santiaguinos provocó una alarma inconcebible, dando materia a innumerables artículos de la prensa.

En *El Sur* de Concepción, se lee a menudo frases como «El cometa que se viese en el año de 1801 reaparecerá este año» o «El discurso que pronunciase el señor X», o «La fiesta que se diese anoche en honor del señor Y», etc.

Mirándolas superficialmente alguien podría creer que se trata del pretérito primero del subjuntivo por tener el aspecto exterior de éste. Pero por el sentido se conoce que es indicativo, porque «viese» corresponde a «viera» o que se «había visto» y el aparente subjuntivo se explica fácilmente como un antiguo pluscuamperfecto lati-

no «viderat» transformado en viera. Este pluscuamperfecto del modo indicativo se encuentra sólo en frases relativas en el lenguaje moderno. Mucho más uso tenía en castellano antiguo, hasta en las frases dominantes. Los romances del Cid están salpicados de él, por ej.: «Como lo oyera Don Rodrigo» escribiera sus cartas», que viniesen le decía». En «Vida de Santa Oria», de Gonzalo de Berceo leemos la siguiente: «No dormiera la noche». Y como expresa acción que ya estaba terminada antes que otra también pasada, lo encontramos en frases compuestas, v. gr. «El amor que le ficiera no olvidaba». «Ovo el Rey dubba que asmarien los homes que por tal lo ficiera» (había hecho).

Muy temprano tenía este pluscuamperfecto ya la significación del pretérito 2.º del subjuntivo que corresponde exclusivamente a la proposición dependiente v. gr., «Por poco le oviera la cabeça cortada». El pretérito 2.º del subjuntivo «viera ha perdido la idea de la anterioridad, la que conserva, empero, el pluscuamperfecto del indicativo «viera».

Ahora bien, la forma externa del pluscuamperfecto indicativo seduce al escritor inexperto a tomarlo por un subjuntivo, y, por consiguiente, a reemplazarlo por el pretérito 1.º del subjuntivo. Resulta entonces la frase: El cometa que se viese anoche.... un disparate. Parece que esta nueva forma está tomando mucho incremento en nuestros días y diarios, pues se lee a menudo en los renglones de *El Sur*: La fiesta que se realizase, etc. Parece que el aumento de su uso es producto de la vanidad y del afán de distinguirse cueste lo que cueste de aquellos que siguen los caminos allanados de la rutina o del buen decir. Y como el diario es casi el único alimento espiritual de la mayoría del pueblo, es posible que este afectado giro se propague, porque huele a nuevo artículo de moda.

Por ventura, los que hoy pagan su tributo a la diosa Moda, mañana rinden culto a otra deidad. El mal es

tan antiguo como la lengua misma. Molière ya se burlaba de los estilistas de su tiempo en las *Précieuses Ridicules*, y en la antigüedad, Quintiliano prevenía a sus contemporáneos de la rebuscada afectación en el estilo «Nihil est odiosius affectatione», y el sabio Séneca se mofaba de los falsos artistas de lengua «qui duodecim tabulas loquuntur» de los que se empeñaban en resuscitar la lengua archi-arcaica de la Ley de las Doce Tablas.

Recuerdo en las novelas de Paul de Cocq un tipo francés que para distinguirse o para darse humos de fino cree embellecer su lenguaje con el uso inmoderado del subjuntivo: «Il faudrait que vous parlassiez avec Monsieur Chose afin que vous l'informassiez de votre état et que les autres cherchassent ce qu'ils voulaissent». Este mal cunde también entre nosotros.

Existe otro subjuntivo que está colándose clandestinamente en el castellano de la gente culta y sobre todo de los cronistas del diario, p. ej.: Su casa era la más suntuosa que jamás hubiesen construído en este pueblo». Así se escribe, pero no es lenguaje hablado, pues la formación de la lengua resulta del hablar y no del escribir. Primero era la lengua, en seguida la escritura, que debe subordinarse a la lengua hablada. Lo expresa Goethe, pero en términos más agudos: «La escritura es un abuso de la lengua».

Y Lessing, el «praeceptor Germaniae» quien echó los fundamentos a la lengua clásica alemana, ha dicho, no sabemos si era por broma:

«Mi prosa me ha costado siempre más trabajo que mis versos.»

Paul Valéry

CUANDO MIRO DE PRONTO...

CUANDO miro de pronto mi verdadero pensamiento, no me consuelo de tener que soportar esa palabra interior sin persona ni origen, esas efímeras figuras y esas infinitas empresas que su facilidad misma interrumpe, que se transforman una en otra sin que nada cambie con ellas. Incoherente sin parecerlo, instantáneamente nulo como espontáneo, el pensamiento, por naturaleza, carece de estilo.

Pero no cada día tengo el poder de proponer a mi atención algunos seres necesarios, ni de fingir los obstáculos espirituales que constituirían una apariencia de comienzo, de plenitud y de fin, en vez de mi insoportable fuga.

Un poema es una duración en la cual respiro, lector, según una ley preconcebida. Doy mi aliento, o las máquinas de mi voz; o sólo su poder, que con el silencio se concilia.

Me abandono al adorable impulso: leer, vivir donde conducen las palabras... Su aparición está escrita. Su sonoridad fué escuchada. Su serie está compuesta de acuerdo con una meditación anterior, y habrán de precipitarse, en grupos magníficos, en la resonancia. Aun mis asombros están asegurados y, ocultos de antemano, forman parte del número.

Movido por la escritura fatal, y si el metro siempre futuro encadena ineludiblemente mi memoria, siento

cada palabra en todo su poder, por haberla esperado indefinidamente. La medida que me transporta y que coloro me preserva de lo verdadero y de lo falso. Ni la duda me divide, ni la razón me obsede. Ningún azar,—sino una posibilidad extraordinaria que se continúa. Encuentro sin esfuerzo el lenguaje de esta felicidad, y pienso, por artificio, un pensamiento enteramente cierto, maravillosamente previsor,—con lagunas calculadas, sin tinieblas involuntarias, cuyo movimiento me ordena y cuya cantidad me colma; un pensamiento singularmente acabado.

(Traducido por OSCAR VERA L.)

EL CEMENTERIO MARINO

(Traducción de «Le cimetière marin») (1).

*Este tranquilo techo de palomas
entre pinos palpita, y entre tumbas;
¡allí el Sol justo irisa con sus fuegos
el mar, el mar que siempre recomienza!
¡Recompensa después de un pensamiento
es contemplar la calma de los dioses!*

*Puro esfuerzo de luz fugaz consume
más de un diamante de sutil espuma,
y ¡cuánta paz parece concebirse!
Cuando sobre el abismo un sol descansa,
trabajos puros de una eterna causa,
refulge el tiempo, y el que sueña sabe.*

*Tesoro estable, Templo de Minerva,
no escondido filón, masa de calma,
Agua intranquila, Ojo que atesoras
bajo un velo de llama tanto sueño,
¡mi Silencio! . . . Edificio en el alma,
tejado de oro de mil tejas, ¡Techo!*

*Templo del Tiempo, tiempo de un suspiro,
a tu pureza asciendo y me acostumbro;*

(1) «Le cimetière marin» fué publicado en el libro «Charmes» (de la palabra latina *carmina*: poemas) en 1922.

mi mirada marina me circunda,
y el centellear sereno disemina,
como a los dioses mi suprema ofrenda,
soberano desdén sobre la altura.

Como la fruta se diluye en goce
y con deleite trueca su ausencia
por una boca en que su forma muere,
aspiro aquí mi emanación futura,
y el cielo canta al alma consumida
el cambio de las playas en rumor...

Seguro cielo, ¡mírame cambiante!
Después de tanta extraña y poderosa
ociosidad, después de tanto orgullo,
a tu brillante espacio me abandono;
pasa mi sombra encima de las tumbas
y su frágil fluctuar ya no me espanta.

Desnuda el alma al fuego del solsticio,
admirable justicia luminosa
de armas despiadadas, ¡te sostengo!
Puro te vuelvo a tu lugar primero,
¡mírate!... Pero el devolver la luz
una oscura mitad de sombra encierra.

Para mí, sólo a mí, sólo en mí, cerca
de un corazón, del verso en el origen,
entre el suceso puro y el vacío,
de mi grandeza interna,—umbría, amarga
y sonora cisterna,—el eco espero
que haga en el alma eterno son futuro.

¿Sabes?, falsa cautiva del follaje,
golfo que muerdes estas flacas rejas,
a mis ojos secretos deslumbrantes,
¿qué cuerpo a su fin lento me convida?
¿qué frente de este osario lo fascina?
Aquí una chispa piensa en mis ausentes.

Lleno de un fuego sin materia, hermético,
 fragmento terrenal bajo la luz,
 grato lugar, de antorchas dominado,
 compuesto de oro y piedra y frescos árboles
 do el mármol tiembla sobre tantas sombras:
 en él duerme el mar fiel sobre mis tumbas.

¡Perro espléndido, aparta a los profanos!
 cuando con pastoril sonrisa, solo,
 apaciento, corderos misteriosos
 y blancos, el rebaño de mis tumbas
 ¡las prudentes palomas de él aleja,
 los varios sueños y ángeles curiosos!

El porvenir aquí sólo es pereza.
 Rasca el nítido insecto en el erial.
 El aire, en quizás qué severa esencia,
 todo recibe, ardido ya y deshecho....
 Ancha y vasta es la vida, ebria de ausencia,
 y dulce la amargura, y clara el alma.

Los muertos duermen bien bajo la tierra
 que los calienta y seca su misterio.
 El Sol en lo alto, el Sol sin movimiento,
 a sí mismo conviene, en sí se piensa....
 Diadema perfecta, testa entera,
 ¡yo soy en tí el secreto devenir!

¡Yo, sólo yo contengo tus temores!
 ¡Mis flaquezas, mis dudas, mis violencias
 son el defecto de tu gran diamante!
 Pero en su noche grávida de mármoles
 un pueblo vago oculto en las raíces
 lentamente por tí se ha decidido.

¡Se ha diluído en una ausencia espesa,
 roja arcilla bebió su blanca especie,
 a las flores pasó su don de vida!

De los muertos, ¿do están las frases íntimas,
el arte personal, las almas únicas?
La larva hila donde brota el llanto.

Grito agudo de vírgenes urgidas,
ojos y dientes, párpados mojados,
lindo seno que juega con el fuego,
sangre que brilla en labios que se rinden,
dones postreros, dedos que los niegan,
¡todo bajo la tierra se incorpora!

Y tú, grande alma, ¿aún un sueño esperas
que el color de mentira ya no tenga,
que el mar y el oro aquí a los ojos lucen?
Cuando seas vaporosa, ¿cantarás?
¡Todo huye! ¡Ah! Porosa es mi presencia;
la santa impaciencia también muere.

¡Pobre inmortalidad negra y dorada,
consoladora horrible y laureada
que halla en la tumba un seno maternal!
¡Triste mentira, y piadosa astucia!
¿Quién no conoce, muerte, y no rechaza
tu cráneo hueco con su risa eterna?

Padres profundos, huesos solitarios
que soportando tantas paletadas
ya sois la tierra bajo nuestros pasos,
el roedor gusano irrefutable
no es para los que estáis bajo la losa:
vive de vida, y está siempre en mí.

¿Amor, tal vez, u odio de mí mismo?
Tan cerca está de mí su diente oculto
que cualquier nombre puede convenirle.
¡Qué importa! Toca, anhela, sueña, ve,
quiere mi carne, y aun sobre mi lecho,
vivo a este vivo de pertenecer.

¡Zenón! ¡Cruel Zenón! ¡Zenón de Elea!
 ¿Me atravesaste con tu flecha alada
 que vibra y vuela, pero nunca vuela?
 ¡El son me engendra y mátame la flecha!
 ¡Qué sombra de tortuga para el alma,
 inerte Aquiles caminando, el Sol!...

¡No, no! ¡De piel! ¡A la era sucesiva!
 ¡Rompe tu forma pensativa ¡oh cuerpo!
 ¡tu origen bebe, oh, seno, de los vientos!
 Exhalada del mar, una frescura
 mi alma me devuelve... ¡Dios salobre,
 ¡ah! ¡de tus olas resurjamos vivos!

¡Sí, inmenso mar dotado de delirios,
 piel de pantera y clámide en jirones
 por millares de ídolos de sol,
 ebria de carne azul, hidra absoluta
 que te muerdes la cola deslumbrante
 en un tumulto idéntico al silencio,

el viento se levanta!... ¡Hay que vivir!
 ¡Abre y cierra mi libro el aire inmenso
 y la ola en polvo de la roca brota!
 ¡Páginas deslumbradas, id al viento!
 ¡Olas, romped! romped, aguas jocundas,
 ese tranquilo techo de los foques!

EL HIBRIDISMO RELIGIOSO (1)

UN alma como la de Manuel de Lacunza imprime su excepcional relieve, en la vulgaridad y el hibridismo religioso de nuestra época colonial. En la extraña obra de Lacunza *Venida del Mesías en gloria y majestad* se expresa con ardor y congoja solitaria, una de las pocas tragedias metafísicas que haya conocido nuestro medioevo americano. No está demás recordar que el libro todavía enigmático para la Exégesis moderna, puesto en el *Index librorum prohibitorum* fué escrito por un jesuíta chileno, que siente con honda amargura la tragedia de su orden disuelta, su disentimiento con la edad en que vivía y el penoso ostracismo que le deparó la vida. Manuel de Lacunza, chileno de acomodada familia, profesa en uno de esos conventos criollos del siglo XVIII, poblados de amplios huertos, nutridos con las fáciles rentas de las grandes haciendas nativas, donde los Padres de la Compañía ejercen uno como secreto e incontrastable poderío. La vida allí parecía fácil; pequeñas querellas de frailes, mesa abundante, visitas de ilustres personajes que vienen a asesorarse con la táctica tradicional de San Ignacio. En los ejercicios anuales, el Convento bulle de huéspedes notorios que al mismo tiempo que conviven con los sacerdotes y meditan la patética prosa de San Ignacio, quedan para siempre bajo la influencia de la potente Orden. Pero de Europa vienen ya las tempestades de una nueva edad razonadora; es la época de la Ilustración, el año de gracia de 1767 en que S. M. Carlos III expulsa a los jesuítas de sus posesiones ultramarinas. El real mandato cae como una catástrofe en aquella vida colectiva hecha de intereses e influencias firmemente plantadas, que era la de los Padres. Los jesuítas deben huir sin que puedan llevar siquiera una parte de su vasta

(Corresponde este ensayo al Capítulo V de los Ensayos sobre la vida colonial hispanoamericana publicados en las entregas anteriores de ATENEA.

riqueza. Las despóticas Cortes europeas—como si ahora se vengaran de la envolvente estrategia de la Orden—, no quieren nada con los jesuítas. La razón francesa, el empirismo inglés están bariendo todo ese mundo de poderes extraños y fuerzas supersticiosas que fué el mundo Barroco. El espíritu técnico y materialista que nace, pide un Universo regido por la razón sensata, un mundo de relojería. Y Manuel de Lacunza, alma atormentada y anacrónica, que había emigrado de Chile en plena juventud, recién ordenado de sacerdote, vive en Italia más de treinta años, de dura soledad y destierro. En su humilde celda italiana, pobre, con los hábitos raídos—pues sólo cada tantos años recibe una carta o algún pequeño socorro de su lejana familia,—establece un diálogo con Dios al través de la caldeada prosa de las Escrituras. El no quiere nada con los comentaristas modernos que suelen poner la religión al servicio de una sociedad oportunista y laxa; y uno de los pocos libros que lo sosiegan es el Apocalipsis. Los tiempos son ya los que en la triste simbología de San Juan, anuncian la lívida presencia del Anticristo. Cumplidas las tétricas Profecías, habrá de venir de nuevo Jesús en «gloria y majestad», a establecer la justicia y la paz en un mundo convulsionado por todos los horrores.

Y la raza proscrita—símbolo de sí mismo—, los judíos, desempeñarán en este nuevo evo, un papel preponderante. Si en la primera venida los hijos de Sión no reconocieron a su Mesías, ahora ellos verán: la Edad Antigua y la Edad Nueva, habrán de reconciliarse en el seno de Dios. Una vigilia febril ensimisma al escritor religioso en la interpretación de las más agitadas alegorías del Apocalipsis, lo posee una terrible hambre de Dios que no se satisface con las fórmulas e interpretaciones humanizadas del apetito místico que elaboró el hombre moderno, y prefiere recibir proféticamente, la descarga de Jehová. Hay algo de misterioso en la vida y la obra patética del jesuíta chileno—quizás alguna lejana ascendencia hebraica,—cuyo tono y audacia intelectual contrastan con la falta de elevación y de acento trágico de nuestros otros escritores religiosos. Estos, como el Obispo Villarreal, habían atendido más bien a los problemas de su jerarquía religiosa; a la unión de los dos «cuchillos», poder civil y poder espiritual, donde el último por el hecho de dirigirse al alma, a lo inmortal, prevalece sobre el poder civil que sólo custodia la vida material y perecedera. O bien a su público de devotas, y en la discusión teológica de la Universidad y el Colegio, exponen en culterano lenguaje o en intrincada álgebra escolástica—según fuera la calidad del auditorio, cualquier minucia de moral y costumbres o hecho milagrero. Religión que como

no se elabora en la vasta soledad atormentada de una conciencia, se queda en la fórmula sin sentido, en la vana liturgia, en la prescripción o el respeto mágico.

Así se apagó en la América colonial, el alto humanismo religioso en que se proyectara el alma moderna desde el siglo XVI. Más que la Mística predomina en nuestro medioevo americano, la Superstición. Toda Mística aspira a la Unidad, pues la criatura para sumirse en Dios y penetrar su esencia, se esfuerza por borrar el obscuro dualismo que le ofrece el mundo exterior. En un proceso purgativo el espíritu se clarifica, se descarna para recibir la luz divina, para hallar esa calma beatífica que es la más alta aspiración religiosa. Lo contrario del sosiego místico, de esa Unidad e identificación entre el Creador y la criatura, es la pluralidad y el terror supersticioso que vaga sin rumbo en medio del mundo inconciliable y contradictorio. El Dios de la mística, el Sumo Bien, es el grado final de la escala, en cuyo primitivo peldaño, adherido todavía al Mundo, yace el demonio obsesionado y vociferante. No se llega a Dios sino a través de una conquista espiritual, después de haber salvado ese clima enrarecido de la tentación, cuando el alma derribó todo sus fantasmas. La experiencia mística es individual y diferenciada, mientras que el terror supersticioso es colectivo e informe.

El Diablo de la Superstición y no el Dios de la Mística, es el que sale al encuentro de estos conquistadores, violentos y rústicos hombres de la Edad Media, más que del Renacimiento, que descubren el paisaje americano. Es la figura «descomulgada y abominable del diablo» la que un cronista como Fernández de Oviedo ve encarnada en esos «behiques» o «bohiques» de las Antillas que ejercen tan extraño poder mágico sobre los indios. Y como si se avergonzara de ese inconfesado terror que le producen los brujos pintarrajeados de la nueva tierra, agrega el cronista este comentario deleitoso: «El diablo como es antiguo astrólogo, deciales el día que había de llover u otras cosas de las que la natura tiene por oficio (1)».

De esta manera a la superstición que ya traía el soldado de España, se agrega el mito aborígen. Los testimonios que reúnen los Inquisidores, los casos de herejía o de relación diabólica compilados por el diligente Medina en sus libros sobre el Santo Oficio poco tienen que ver con la Exégesis cristiana, y si con esta ciencia moderna—entonces insospechada,—que es la Etnología. Para la mente aldeana y simple de muchos conquistadores y muchos curas, un producto como el de la coca, bajo cuyo ensi-

(1) Historia General y Natural de las Indias.

mismamiento los brujos del Perú entran en un mundo de magia y de misterio, no puede ser sino una terrible invención diabólica. Y los procesos de la coca, de los hechiceros que dialogan con la yerba famosa inquiriendo el porvenir; de los enamorados sin esperanza que pidieron a la hoja estupefaciente la eternidad de la sensación, ocupan innumerables páginas. No siempre el hechizado confía en el poder de la terrible droga y quiere aumentar su efecto por medio de una extraña liturgia. Visita una sepultura indígena y ofrece a las almas de los indios muertos sin bautismo, coca y maíz, o bien nombrando al diablo Macarandón, reza treinta y tres credos por el alma condenada; echa el zumo de la planta en una taza, concentra su voluntad y se dispone a ver cosas maravillosas. Mezclando la coca con bravío aguardiente y el jugo de otras plantas nativas, se llega al estado orgiástico, a esas fiestas de brujos que persiguieron—sin lograr extirparlas—los Inquisidores de Lima y de El Cuzco (1). El «sabbat» medioeval encontró así dentro del hibridismo étnico de nuestra colonia, formas y aportes insospechados.

La imagen del terror cósmico se concreta en el Diablo. Pudiera escribirse una historia del diablo en la América Española para la cual han contribuído con noticias muy interesantes etnólogos y folkloristas como el cubano Fernando Ortiz, el argentino Ambrosetti, el uruguayo Granada. Lo curioso es precisar el aporte étnico a la Religión hispánica, predominantemente negro en países como Cuba, e indio en el Perú y Bolivia. Ya se ha rastreado la genealogía de algunos de esos demonios que turbaron el sueño de nuestros bisabuelos. El fiel analista de Potosí distingue muchas formas de la posesión diabólica como las bestias demoníacas, la obsesión y el estado de energúmeno. El diablo toma las formas y las costumbres de la sociedad que lo ha creado. Es a veces la terrible bestia «espantosa y feroz como un animal cerdoso», que en una obscura noche de Potosí sale al encuentro de un joven trasnochador, exhalando horripilantes gruñidos. «Metiéndosele por entre los pies, se abrazó del pescuezo del cuitado y así lo llevó corriendo hasta la parroquia de San Bernardo, que dista más de ocho cuadras (2)». Un ave María rezada a tiempo, o un escapulario, que más por rutina que por devoción, conservaba la víctima en el cuello, pueden librarlo del demonio. Y al día siguiente, la medioeval ciudad comenta que el joven tenorio de agitada vida, hizo confesión general, cedió sus bienes y se retiró a un convento.

(1) Medina.—*Inquisición en Lima*, particularmente el tomo II.—Cap. XXI—págs. 221 a 243.

(2) Archivo Boliviano.—Anales de Potosí.

Otra vez, en una fría y obscura noche potosina, golpean con violencia en el taller de un herrero. Este se levanta. Tres hombres vestidos con ropas de alguaciles, le traen a herrar una mula. —Apremia, señor herrero, dicen con voces roncas y mandonas. Con los ojos aun llenos de sueño, empieza el criollo Vulcano su tarea. «Al remacharle los clavos sintió el dicho oficial ser manos y pies de gente. Acabado el herraje le dieron los fieros e infernales ministros un pañuelo, diciéndole: Id mañana y dad este pañuelo a Fray X, y que él os pague el herraje». Luego que amaneció—sigue narrando la crónica,—el herrero cumplió la orden. El religioso a quien la infernal encomienda iba dirigida recibíola con horror, conociendo que el pañuelo era de una mujer cuyo entierro celebrara el día antes». El cronista—por no ser indiscreto—no nos continúa revelando ese enigma diabólico entre el sacerdote y la mujer condenada. En cuanto a la mula, por el hecho de su esterilidad e hibridez, parece en aquellas altas tierras andinas, uno de los símbolos y avatares del diablo.

El demonio que presentan estos cronistas coloniales, difiere así bastante del que entró en el laboratorio del Dr. Fausto, con una alta provocación metafísica. No es un problema de poder o conocimiento el que utiliza para tentar a sus rústicas criaturas. En los instintos elementales de esta sociedad atrasada—lujuria, codicia, vanagloria—teje sus infernales redes. Y sus patas de macho cabrío empujan al lascivo; compra el alma de otro por una mina escondida en la alta cordillera, o lo hace blasfemar—cuando está borracho,—por puro alarde individualista. También ocurre que el Diablo ya domesticado, habituado a esa vida de minucias y pequeñas querellas formales que fué la de nuestra sociedad criolla a partir del siglo XVII, se entretiene en picantes travesuras. Mandinga en la mitología nativa, por ejemplo en la región del Plata y en el Alto Perú, es el diablillo burlón que esconde los objetos, hace reír intempestivamente al fraile mientras lee el grave latín, de sus oficios y se convierte en la preocupación y el tormento de las dueñas de casa. Mandinga, el espíritu ágil e inponderable, es el que esconde el hilo, las tijeras y las agujas de la señora, o bien despierta e incomoda a los moradores de la casa al ruido de unas piedrecillas que resbalaban por el tejado. En esta creación importuna, en este diablillo casero, toma ciudadanía americana el animismo y hasta el humor y la tendencia a la travesura, de los esclavos negros» (1).

(1) Véase sobre este problema de Mandinga el ensayo de Julio Noé. *La religión en la sociedad argentina del siglo XVIII*. Anales de la F. de Derecho. B. Aires, 1914, y Granada. *Superticiones del Río de la Plata*.

A esta mente un tanto infantil que el medio geográfico y el choque de las razas, han aproximado a lo primitivo, no penetra la idea monoteísta del Dios cristiano, sino bajo la forma plástica de la Liturgia y el asombroso hecho milagrero. Con cierto afán oportunista el misionero y el cura, excepto algunos apóstoles belicosos y violentos como el obispo Zumárraga en México y el cura Valverde en el Perú, intentaron conciliar la idea cristiana con el rito indígena, traduciendo las verdades de la fe a la imaginación del indio, sin muchos escrúpulos ortodoxos. La Pedagogía religiosa jesuítica se impuso a las demás órdenes, porque fueron los soldados de Loyola los más audaces en esta tentativa. Del folklore aborígen tomaban los padres jesuítas—cuando era preciso,—el símbolo, la imagen y corporización, para su abstracta e importada idea religiosa. Proceder de otra manera, quizás hubiera sido inútil. Aunque abrace la nueva fe y sea lavado con el agua del bautismo, el indio americano sigue—en el fondo de la conciencia—adorando a sus antiguos dioses. En el Perú por ejemplo, en los dos primeros siglos de la conversión, era frecuente que los indios violaran las sepulturas de los cementerios cristianos o de las Iglesias donde estaban enterradas sus familiares para inhumarlos de nuevo en las huacas incaicas. Sólo en la huaca, con sus objetos de uso íntimo y la coca y el maíz—provisiones para el lejano viaje—piensa encontrar reposo el alma del indio. En pleno siglo XIX, sorprende al general argentino Paz, en un pueblecito próximo a Potosí, un eclipse de sol. Ello produce singular alboroto en el pueblo. Los indios creen que su Dios, el alto Dios de la cosmogonía andina, los abandona para siempre. Los habitantes—escribe Paz—«corrían las gallinas, castigaban los perros y estropeaban los niños, para que gritasen la muerte del sol». Pero lo curioso del hecho es que el cura no se afana en sacar a los feligreses del engaño: prefiere mantener a los indios en su saludable espanto mágico. Así asegura, aunque de manera indirecta, su propio poder (1).

En Cochabamba, presencia el viajero Scrivner hacia 1862, es decir después de bastantes años de Liberalismo e ideas europeas, una fiesta en que lo indio y lo católico se han hermanado (2). En el dulce otoño cochabambino, se abren las primeras tinajas de chicha, y los dueños de la sagrada bebida celebranlo con misa y procesión de la Virgen. Cumplido el oficio religioso, un cortejo de músicos y muchachos, se dirigen con la imagen a una hacienda de los alrededores, donde han de destaparse los

(1) Gral. J. M. Paz. *Memorias*.—Tomo I, pág. 106.

(2) Scrivner, *Costumbres de Cochabamba*. En Revista de Buenos Aires. Tomo IV, 1863.

primeros toneles. Abierta ya la gran cuba una mujer presenta a la Virgen, el primer vaso y ¡humedece del dorado licor, los labios de la imagen. Cumplido este ritual, puede empezar la orgía. Bajo el ropaje católico continúa subsistiendo el viejo sacrificio incaico cuando la primera chicha se derramaba en honor de la Diosa Tierra. Y la imagen, y la mujer que sirve el vaso, son ahora los símbolos traspuestos de la Tierra fecunda.

Lo que hiere a la conciencia nativa, es la pompa de las ceremonias. El Barroco español prolifera en la América colonial con nuevas formas ornamentales, desparrama las abultadas tallas de sus púlpitos dorados, trae para la fiesta religiosa el henchido motivo frutal de la tierra caliente. ¿Qué no hay en esas puertas o en esos tabernáculos de olorosa madera de las iglesias peruanas o mexicanas? Ese mundo de formas sexuales, de abundancia inquieta e indiferenciada—semejante al arte de las tierras calientes del Asia, al de Java o Indochina—que había sido el de los mayas de Yucatán, parece haber influído aunque no fuera sino por su aliento geográfico, en el arte mexicano del seiscientos y del setecientos. Luego las naves de la China traen a la costa pacífica de México lacas, porcelanas y sedas, que aumentan la riqueza improductiva de la aristocracia. Y un mestizo escéptico, como Concolocorvo puede decir en ese curioso itinerario de la vida hispanoamericana en el siglo XVIII que es el *Lazarillo de Ciegos Caminantes*, al hablar del templo y la religiosidad criolla: «No hacen más que distraer el pueblo para que no se aplique a lo que debe y le conviene, atrayéndole solamente por medio de la curiosidad, que consiste en el artificio o música. Una iluminación extravagante esparcida en todo el templo sólo ofrece humo en lugar de incienso» (1).

Antes el burlón Concolocorvo nos ha dado en su libro un verdadero inventario volteriano de todos los objetos de brillo o fascinación pueril que encontrara en iglesias y conventos, sin excluir aquellos santo-cristos jesuítas que por medio de escondida cuerdecilla hacían gestos de afirmación o negación, demasiado humanos.

El milagro significa para las órdenes religiosas de la época colonial lo que el aviso para una empresa comercial de hoy: una forma de penetración y propaganda. El milagro materializa la Religión; la hace palpable y mensurable. No hay conciencia crí-

(1) Concolocorvo *El Lazarillo de ciegos caminantes*.—Edición de Buenos Aires, 1908, pág. 172.

tica, y el espíritu está dispuesto a creer las mayores patrañas. La Iglesia para afirmarse, inventa a la medida mental del ambiente en que actúa, toda una técnica, todo un arte del milagro.

En el Santiago de Chile de mediados del siglo XVII, hace notar Vicuña Mackenna—era el Convento de San Francisco el de mayor crédito y fama, porque asentó su labor religiosa en una nutrida propaganda milagrera. En las murallas del vasto corredor, en la sala del Capítulo, se exhiben los retratos de los antiguos frailes cada uno de los cuales tiene una hoja de servicios maravillosos y sobrehumanos. El sencillo pintor del Convento reproduce en balbuciente estilo la escena del milagro, o la efigie de su extraordinario autor. Al pie del cuadro se narran en adornadas letras la ocasión y el suceso milagrero: «El siervo de Dios, fray Juan de Cañas, estando ocupado en la obediencia, se ahogó en el río Maipo, y después de un día se halló su cadáver en la orilla custodiado de una multitud de pájaros que no lo habían tocado. Lo trajeron aquí para sepultarlo, y al entonarle el responso le comenzó a salir sangre de narices como si estuviera vivo» (1). Esta inscripción y el nombre de Fray Juan de Cañas, que empieza a penetrar en la memoria de las gentes, atraen al Monasterio limosnas y donativos; el siervo de Dios, ya no sólo realiza sus milagros a la orilla del río Maipo, sino en las casas y las calles santiaguinas. Todo ello se traduce en tráfico de exvotos, en nombradía de la Orden, en tangible poder.

Ñoños e ingenuos, como aquella vida desprovista de alta preocupación religiosa, suelen ser los milagros. Uno de los que se practican con más éxito es el de las imágenes aparecidas. El Santo Cristo de la Veracruz, es en Potosí, una de esas devociones talismánicas, surgidas por arte de milagro, cuyo legendario misterio las hace más atrayentes y eficaces. Una mañana de 1550, cuando el párroco de la Iglesia de San Francisco, se dirige a misa, encuentra en el atrio del templo una curiosa caja de madera, «en forma de cruz». La hace llevar a la Sacristía y aparece ante sus ojos deslumbrados «aquel asombro de la Escultura, portentoso de maravillas y padre de Misericordias que es la imagen de la Veracruz». escribe un entusiasta cronista. Dentro del extraño bulto, una papeleta que decía: «Para mí buena iglesia de San Francisco de Potosí». Nada más, y los hagiógrafos discurren si la milagrosa estatua de desconocido origen, cuyo rostro sólo pudo ser esculpido por manos celestiales, vino de Panamá en lento galeón o descendió por los aires hasta la ciudad potosina. Ya lanzado en aquella maravillosa actitud milagrera, el Santo Cris-

(1) V. Vicuña Mackenna.—*Historia de Santiago*.

to de la Veracruz, no deja sorpresa por hacer. Cuando se efectúa su procesión, «de sólo verlo ha sucedido con muchos pecadores salir fuera de sí, e impelidos de fuerza sobrenatural, dar gritos y derramar copiosas lágrimas, clamando misericordia». El es como el barómetro de la vida potosina. «Sudó arroyos de sangre cuando en el año de 1580, por el alto precio de la plata, los habitantes de la ciudad se entregaron a toda clase de orgías». Otra vez, para anunciar una tregua en las guerras civiles potosinas del siglo XVII. Y el sudor más copioso que el cronista recuerda, fué el de 1672. Admira también en la imagen su «sacratísima barba de pelo natural que cuando se le corta con ánimo de devoción, y por conservarlo como reliquia, le vuelve a crecer». De tanto tiempo que permanece en la rica capilla que le construyeron los mineros potosinos, le han salido canas; y para un sermón de cuaresma de 1702 un religioso franciscano mostró a la compungida multitud, unos hilos de plata que sus manos habían arrancado de la poblada barba de la imagen» (1).

Casi todos los milagros potosinos, fuera de los estacionales y periódicos del Cristo de la Veracruz, tienen alguna relación con la industria minera. La ciudad sufre de tiempo en tiempo, apuradas crisis en su economía fundamental: ora escasea la plata a causa de la tosca explotación de algunos filones, o bien han bajado los precios. El año de 1560 nos dice el cronista Martínez Vela fué uno de esos años de pesimismo económico, pero por Diciembre unos mineros encontraron en el sitio de Cotamita hundido en profundo sacavón, «una hermosísima cruz de plata blanca, con listas de color rosicler, teniéndolo todos por feliz pronóstico de que volvería la mano de Dios a dar nueva licencia al cerro, para que diese toda la vida poderosos metales» (2). Bajo tan divinos y alegres augurios, se abre el año de 1567, que fué de prosperidad.

A veces, en una ciudad como Potosí, donde la fácil riqueza abona tantos vicios y pasiones, el milagro no es enteramente ortodoxo y cubre de piedad cómplice el delito infraganti, principalmente el delito sexual. El cronista y hagiógrafo Martínez Vela nos cuenta, sin soñar que el episodio es digno de un cuento italiano, cómo las ánimas del Purgatorio protegieron a una adúltera que yacía con su amante, mientras el marido entraba a la alcoba a sorprenderlos. Ella se encomendó a las Animas de quienes siempre fué devota, y el ofendido esposo en vez de descubrir a su rival, encuentra un grupo de bellas y alegres señoras que depar-

(1) V. Martínez Vela, *Anales de Potosí*, en Archivo boliviano, págs. 294, 460-462.

(2) Martínez Vela.—Id. . .

ten con su mujer. El Otelo criollo saluda al locuaz grupo femenino, y retrocede tímidamente. Entretanto huye el amante. Después el marido pregunta a la mujer: ¿Quiénes eran esas hermosas señoras que te hacían compañía? —Unas amigas, responde la adúltera. Para dar satisfacción a lo religioso, agrega Martínez Vela que la mujer salvada por la intercesión de las Animas, se arrepintió de sus culpas y no delinquiró más (1).

Así la Religión toma en la Aldea criolla un vulgar carácter talismánico. El alto monoteísmo de la Biblia parece demasiado abstracto para estas gentes que piden a la divinidad el remedio de sus pequeñas necesidades, que quieren hacer a los santos cómplices de sus miedos, prevenciones o chismorreos. El santo vestido, más que el Dios inmaterial, hace plástico el sentimiento religioso de nuestra Edad Media americana. A cada santo, a cada imagen, se le confía una protección o un encargo determinado. Hay el santo partero que como San Nicolás de Tolentino hace fecundos los vientres de las mujeres estériles y facilita el nacimiento de las criaturas; hay otro que protege en los veranos cálidos de las devoradoras langostas, o el viejo campesino Isidro, que guarda escondidos grifos de agua, o Rosalía de Palermo, a quien se encomiendan contra las pestes y los temblores de tierra.

En la curiosa «Bibliografía de la Imprenta en Buenos Aires», colectada por don Juan María Gutiérrez se leen los apóstrofes que les dedicaban las novenas; las frases rituales con que se les honraba, ya que para acentuar su tendencia mágica la Religión colonial asigna una gran importancia al texto, a la palabra precisa. La beata nativa repite sin entender, prolijas oraciones: «coronas de gozos» en versos culteranos donde se alaba al santo con retorcidas metáforas barrocas. Este acto mecánico de repetir la conceptuosa oración, de aprenderse de memoria las décimas octosilábicas que constituyen su florilegio, encierra toda la rutina de la religiosidad colonial. Después de expeler aquellas sílabas, dijérase que el alma queda libre. Se cumplen con farisaica minuciosidad esas devociones repartidas en cifras o estaciones simbólicas (trece martes de San Antonio, siete domingos de San José, nueve viernes de la Dolorosa) y parece grave omisión interrumpirlas. Desde el negro bozal hasta el aristócrata blanco, como lo ha hecho notar José Ingenieros, encuentran en la fiesta religiosa una forma de deporte o de sociabilidad; la Iglesia reemplaza al Club o al Casino. La muerte tiene un color tétrico y una presencia aparatosa por el natural temor a lo

(1) Martínez Vela.—Obra citada.

desconocido y principalmente porque la vanagloria familiar suele cifrarse en la pompa de unas exequias. Para la hora de la muerte la devoción ha preparado esas oraciones y ejercicios de bien morir, que acumulan los ejemplos terríficos, las palabras impresionantes. El hombre en aquel trance, ya se entrega a su confesor. Y el Cura, como un Director de Orquesta, preside el cortejo de mujeres que rezan, o encienden las pálidas velas. Si el hombre es previsor, ya habrá comprado su ataúd y la cera de la ceremonia; habrá dispuesto en algún codicilo de su testamento el número de misas que se le deberán dedicar y la liturgia y acompañamiento de su entierro. En cuanto muere, la casa se cubre de colgaduras negras. Madame de Aulnoy en su viaje español, habla de esos trajes de luto «que imponían miedo al más valiente» y describe la costumbre de las viudas de pasar el primer año en «una habitación tapizada de negro», sin que en ella penetre el menor rayo de sol (1).

Son los nervios de la mujer los que más sufren bajo esa extraña mezcla de patetismo, superstición, miedo y espectáculo, que es la religión colonial. El viajero Bougainville observa en la Casa de Ejercicios para mujeres que los jesuitas mantienen en Buenos Aires, las manchas de sangre que dejaron sobre los muros los cuerpos azotados por la disciplina. La religión jesuita—escribe el viajero—separa dichas mujeres durante dos semanas al año, de la comunidad familiar. Ofrece a los nervios femeninos toda una temporada variada de meditaciones, oración, confesión y flagelación. Es una «verdadera vuelta al mundo» desde una comarca pálida y aterrorizada por el delirio y la neurosis religiosa, el regreso de las mujeres a sus hogares. (2). Además de las casas de Ejercicios, existen en la ciudad colonial los Beaterios. El Beaterio recoge a la mujer que no conoció el amor, a la fea, a la privada de dote; frecuentemente también a la que se sintió llamada por una vocación indefinible.

Un día en El Cuzco ha crecido tanto la congregación de Beatas Nazarenas, que fué necesario construirles un nuevo edificio. El traslado de las «beatas» de su antigua a su nueva morada, originó la más extraña fiesta. El domingo 13 de Agosto de 1747, escribe el analista de El Cuzco, «salieron en comunidad con coronas de espinas, cruces sobre los hombros y velo en el rostro. De los labios de las doncellas que procesionalmente recorren la ciudad, surgen hosannas y cantos místicos». Pero repara también el cronista que detrás del poético desfile, avanzan sobre sillas de

(1) *Relation du voyage d'Espagne.*

(2) Bougainville. *Voyage autour du monde.* Paris, 1772.

mano, cuatro viejas religiosas a quienes invalidaron los años y la reclusión conventual. Llegan las vírgenes a su nueva morada; la multitud entona los últimos himnos, y tras de las devotas mujeres vuelve a echarse la remachada puerta del ascetismo colonial, proyectado contra la vida.

El intelectualismo de la Independencia, las ideas francesas o británicas que traen en sus cuellos de encaje o en sus pelucas filosóficas un Miranda, un Nariño, un Rivadavia, anhelan en vano destruir ese pasado lastre de supersticiones; la turbia alma mágica que sedimentó la Colonia. Se forman Logias masónicas y los ideólogos urbanos juegan al Liberalismo. Pero ocurre que cuando ya los españoles son expulsados después de Ayacucho, afirmándose el poder de la Aristocracia criolla, el propio medio americano, la presión bárbara de la tierra, se vuelve contra sus Libertadores. Las ideas extranjeras de Libertad y tolerancia han sido el disfraz de una lucha económica que no se decide por Bolívar ni por O'Higgins ni por Rivadavia, sino por la contrarrevolución que ahora organizan los elementos autóctonos. Páez en Venezuela significa la contrarrevolución frente a Bolívar, como en Chile Portales frente a O'Higgins y Freire, y en Argentina Rosas frente a Rivadavia. Estos caudillos americanos expresan en oposición al jacobinismo liberal que hizo fermentar la Independencia, uno como retroceso al pasado, a lo Colonial. Y en formas tan coloniales como las de la Religiosidad criolla suelen asentarse esas obscuras tiranías de un Rosas, de un Dr. Francia, de un García Moreno. Pequeños grupos urbanos seguirán manteniendo las ideas importadas de progreso y liberalismo; las sutiles construcciones intelectuales con que la mente razonadora del siglo XVIII quiso transformar la naturaleza humana, pero ellos nada significan contra esta bárbara y estancada voluntad colonial que viene del vasto campo, o de la híbrida plebe ciudadana.

Un sociólogo como Ramos Mejía, ha estudiado la importancia del factor religioso en las masas que movía Juan Manuel de Rosas: en el gaucho campañista, o en aquellas comparsas de negros y mulatos bonaerenses entre los cuales halló el feroz «Restaurador de las Leyes» sus más entusiastas adeptos. Para Ramos Mejía esta plebe rosina había trocado el «Ave María purísima» de la época colonial, por el «Viva la Federación», o el «Mueran los salvajes unitarios». En ambos casos, el lema y la palabra tienen el mismo poder de magia y de conjuro; la misma fuerza fanática.

Un hombre como Rosas interpreta frente al ideólogo importado

como Rivadavia, el retardado y violento destino de aquella plebe no polarizada todavía por las ideas revolucionarias. El tirano de Buenos Aires costea y estimula los cohetes, la música y el aguardiente de su plebe revuelta. El clérigo criollo, predicador macarrónico, guerrillero y jinete porque esos treinta primeros años del siglo XIX han sido de guerra y vivac permanente, es una de las bases sobre las cuales se asienta la tiranía contrarrevolucionaria. El odio que en la Colonia se tenía por el hereje es reemplazado bajo la república gauchesca de Juan Manuel de Rosas, por el odio al «unitario» al que también suele llamarse «impío» y «masón». La plebe «federal» se distingue como las cofradías religiosas de la época colonial, por la insignia y el escapulario fetichista.

Los soldados del Ejército de Rosas—escribe Ramos Mejía—habían sustituido la Santa Cruz por la Santa Federación. Según el concepto místico que tenían de su ayuda, podían decir Castigo de la Federación como en otros casos el lenguaje popular, decía: Castigo de Dios (1).

Y la tradicional intolerancia religiosa, deviene intolerancia y hervor político. Impasible como un Jefe de horda asiática, Juan Manuel de Rosas se ve venerado en vida por la negrería bonaerenses, por el gauchaje que lo miró bien hombre, o por el cura criollo que desempeña junto al tirano el papel de esos diáconos bizantinos o popes rusos, junto a sus bárbaros y tiarados señores.

Fenómenos semejantes podríamos observar en esas tiranías teocráticas que son el Paraguay del Dr. Francia, o el Ecuador de García Moreno. El adusto teólogo de La Asunción del Paraguay recibe del fetichismo y temor de las masas, una como divinización en vida. «Paso al Supremo», dice el pueblo mestizo cuando el Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, se digna salir a la calle. Se cierran puertas y comercios y ninguno se atrevería a levantar la vista. Aunque odian al Tirano no le harían nada, porque según ellos fuerzas sobrenaturales lo protegen. Todo el Dr. Francia es un intocable «tabú».

Así prolongan estas tiranías americanas de los años siguientes a la Independencia, el carácter teocrático de la sociedad colonial. Después, cuando ya había penetrado más el Liberalismo y la República, cada forma civil moderna que quisimos adaptar—registro y matrimonio laico, educación del Estado, tolerancia de cultos, desvinculación de bienes eclesiásticos, separación de la Iglesia y el Estado—significó en nuestros pueblos un combate y una conquista, más superficial que profunda, contra esa híbrida Esfinge de nuestra superstición nativa.

(1) Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*, T. II, Cap. II.

Jorge Herrera S.

VOCES TRAS EL MURO

HASTA el viernes, señora Harrison. Adiós, Manolo. ¡Ah!, se me olvidaba la pez de castilla. Voy a buscarla, con su permiso...

—No se moleste, Anda tú, Manolo, corriendo.

El niño obedece. Vuelve en unos cuantos segundos, con las manos vacías. La voz infantil asegura:

—No está en ninguna parte. Y dirigiéndose al violinista, exclama:

—Tal vez en las carteras de su abrigo...

Debía haberlo pensando. Mas... Siente el deseo de que se haya extraviado definitivamente. Es un incidente ridículo. Pero, ya es tarde. Sus manos hurguetean por las amplias carteras, y exhiben el objeto perdido, a los ojos inquisidores de la mujer y del niño. Experimenta una sensación de vergüenza y a la vez de abandono, de laxitud. Se produce un silencio pesado que gravita sobre las tres cabezas. Enrojece, súbitamente. Por fin sus labios exprimen unas cuantas palabras confusas:

—¡Esta memoria, señora...! ¡Qué tontería!... Bueno me voy...

Y con paso apresurado, como quien huye de algo o de alguien, baja sin conciencia la escalera. Ya en la puerta, y sin decir una palabra, vuelve la cabeza, como para imponerse del efecto que ha producido su torpeza. y sale a la calle con la caja de su violín a cuestas.

Afuera, el frío cortante del viento. Después, la obscuridad de la calle, que lo envuelve, que se enrolla, a su cuerpo como una bufanda de tinieblas. Y por sobre todo esto, la convicción adquirida desde tiempo atrás, de tener que recorrer media ciudad, para conseguir unos pocos bocados de mala comida. Pero también algo de tibia soledad.

Y echa a andar, de prisa como todas las veces, sumergiéndose en la obscuridad como un punto negro en una mancha de tinta.

La noche es una enorme caja de resonancia, para sus pasos. El taconeo constante, repetido, su roce lento, perdurable, es una melodía odiosa como los golpecitos vacíos de un péndulo. Quiere libertarse de su insistente permanencia. Se detiene por un momento, lo bastante para aspirar un poco de frío. Ahora, sus pasos, ya no tienen sentido. Ni siquiera los oye. No oye nada. No siente nada. No sabe nada. Ni siquiera sabe que es un hombre vestido de negro, que camina por una calle obscura, con un violín colgando de su mano derecha.

Es la hora en que la ciudad empieza a concentrarse en sí misma. Las casas recortan con trazos borrosos su silueta en la inmensa vastedad gris del cielo. Parecen somnolientas moles de granito. Casas viejas, tan antiguas, como el sabor desolado de la noche. Muy avaras de su atmósfera interior. Muy a lo lejos, alguna lanza por sus ventanas, palabras de luz, a los ojos ansiosos de los transeúntes.

Hay entre éstos, hombres y mujeres, que a veces van juntos, confundidos en un solo cuerpo. Son bultos opacos de silencio, que van dejando tras sí, un sentimiento, casi muscular, de vaciedad, de tristeza indefinible. En sus semblantes apenas perceptibles, se adivinan extrañas tragedias, algo así como una muerte o una enfermedad sin esperanza. Cada bulto, es una tragedia, que se diluye en la sombra. Y de pronto, la calle, es un largo callejón de penitentes. Se advierte la falta inexplicable de roncos sollozos. Se hace necesario el estupor del grito...

Empieza a sentir. Las articulaciones le pesan, flojas, así como le pesa el violín en su mano derecha. Sigue caminando, aunque un poco más lentamente. Como una máquina, de gran precisión, funciona su cuerpo. Como una máquina detenida, duerme su cerebro. Cree que debe pensar. Si, pensar fuertemente, con energía. Pero sus recuerdos, todo lo que ya fué en el tiempo, todo ha desaparecido como si hubiera resbalado como una moneda por un bolsillo roto. Y lo que ha de venir, lo que espera agazapado a la vuelta de la esquina... Oh, la acera está destruída. Ha dado un traspiés. Sí, está demasiado obscuro. La noche está muy espesa. ¿Qué queda entonces? Y dice entredientes: «Tengo ganas de fumar». Pero no se encuentra cigarrillos. Es un verdadero contratiempo, porque... Si, siente grandes deseos de fumar. Varios cigarrillos a la vez. De aspirar mucho humo. De devolver mucho humo, por la nariz, por la boca. Bueno, estoy pensando... y, por qué no... es tan poca cosa... Si pidiera un cigarrillo... No podría, alguien... Es tan poca cosa...

Un hombre alto, que termina en un sombrero gris de alas quebradas, está detenido frente a él. Se ve obligado a detenerse. Se le ven brillar unos ojillos penetrantes como agujas. Una mano enguantada sujeta una cigarrera entreabierta. Ofrece con un ademán. Decididamente, ha debido venir soñando... No comprende, pero acepta. El otro lo mira con curiosidad enfermiza. Lo moldea con los ojillos brillantes. Mira como un policía. Cree odiarlo de pronto. Dice: «Gracias», y se marcha sin comprender nada.

Siente ahora algo así como una vaga alegría. Después de mucho, se ha encontrado. Eso es todo. Poco a poco, con deleite casi sensual, va reconociendo los diversos repliegues de su «yo». ¿Se amaba? ¿Supo que había andado largamente? ¿Pensaba con los músculos? Pero también sé que soy un violinista que da clases a domicilio. Que vengo de casa de la señora Harrison, donde enseñé a Manolo la técnica de los «trémolos» y de los «staccato». Pero si esto es elemental. Y ahora, ¿voy a encerrarme en mi cuarto? ¿Era eso todo? ¿Y la pez de castilla? Ah, pero si eso ocurrió hace diez años...

Notó que tenía fuerzas, mucho ánimo, hasta para engañarse. Ahuecó los labios, y trató de silbar cualquier cosa. Pero, había llegado.

Una puerta que chilla y se abre. Olor a maderas podridas. Atmósfera cargada de humedad. Un pasadizo que vive en simbiosis con un farol de luz amarilla. Otra puerta. En seguida, los cuatro muros del cuarto, como la palabra clave, conocida, hacia lo cotidiano y eterno.

Luego, lo de siempre. El violín, casi por sí solo, va a dormir sus notas en la mesa. El sombrero, a engarfiarse en la perilla del catre. El abrigo, cuidadosamente doblado, se quiebra en el respaldo de una silla. Y él, quiere librarse de esa sistematización de sus actos. Pero el hábito es más fuerte, y va a apoltronarse junto a la ventana, con el rostro pegado a los cristales, por los que se filtran la ciudad y sus efluvios.

Caen de pronto, desplomadas las paredes de la habitación y empieza el vagabundeo inevitable. El continuo ir y venir a través de un lejano país de sombra.

La noche se abre como una boca y tiende su mano negra de misterio y de ausencia de todo límite. Como una cascada de lentas y silenciosas aguas, poco a poco, va inundando su conciencia.

Piensa, entonces, en extraños dolores que tal vez, no son de nadie, en el rostro envejecido de algunos hombres, en el andar

cansado de alguien a quien no conoce, y que pasa ante su visión, con la fugacidad de un pájaro ceniciento de pesado vuelo.

Luego sus labios se entretienen en jugar con el aroma de unas cuantas frases que vienen oscilando desde un poco más allá de sus sentidos. Es algo parecido a la alegría tristemente ingenua del niño, que lanza al espacio la clara maravilla de unas pompas de jabón. Así dice por ejemplo: «La luz amarilla, mi soledad y mi esperanza». O también: «Las cosas que hablan de su silencio en una oración que no se dice».

Y una densa neblina de angustia, se cierne definitivamente sobre su cuerpo,

Toda noción, todo conocimiento, van quedando atrás como en un salto hacia la nada. La realidad y sus elementos, mueren derrotados bajo esta zona de raras emanaciones, en que tiembla como un párpado, lo desconocido.

Sus manos, van de súbito, a los cristales empapados de humedad. Las mueve una fuerza extraña, ajena a toda voluntad. Y hunden un dedo en el agua inmóvil del cristal, y lo recorren caprichosamente a lo largo de su helada extensión. Como una radiante melodía, largamente acariciada en el Tiempo, se anuncia un nombre de mujer: María Soledad.

Se queda unos segundos en suspenso, como ante la presencia de algo grande e inesperado, visto a través de un lente en que se confunde el sueño y la realidad. Pero ahí está ese nombre, dividiendo millares de gotitas, y haciendo brillar intensamente sus sensaciones. Invadiéndolo, como el temblor de una mirada clara y profunda. Irrumpiendo en la habitación, con un sordo rumor de abejas nupciales.

Se levanta mecánicamente y con paso ebrio, va hasta un rincón de la pieza. Del ropero, saca una cajita de madera que coloca sobre la mesa. La abre emocionado, y de entre un montón de papeles y de cuerdas de violín, sus manos, temblando, extraen un medallón dorado que brilla al beso de la luz. En su interior, hay el rostro de una mujer. Como los ojos de un condenado a muerte, que por última vez ven a un ser querido, así sus ojos leen el reverso de la fotografía devorándolas, aquellas palabras gastadas escritas con letra diminuta «Recuerdo de María Soledad».

Sus labios se contraen en un rictus de pena y de amargura. Luego, con la fuerza de las cosas fatales, camina aceleradamente por las blandas avenidas del recuerdo, hacia un pasado no muy lejano de su vida. Un pasado lleno de horas intensas, inolvidables. Un pasado que todavía lo hace vibrar de desesperación y que re-

mece con fuerza, las aguas siempre quietas, sin olas, de su vida un poco olvidada de sí misma.

Fué una tarde del último verano, roturada de sol. Era el día de su estreno como profesor, en casa de la señora Harrison. Al finalizar su tarea, la señora no disimuló sus deseos de oírlo tocar. No puso inconvenientes. Era la primera vez... y empezó a hacer cantar su instrumento. La madre y el hijo, escuchaban sentados en medio de la habitación. El daba la espalda a la ventana por donde entraban ráfagas de aire caliente. El violín dejaba escapar una melodía plena de luz, de alegría suelta, liviana como un susurro. De pronto, las notas eran como un remolino de hojas secas que hace danzar el viento. No supo cómo, pero lo cierto fué que él sintió también el deseo violento, de girar rápidamente. No pudo contenerse, y dió media vuelta, siempre tocando. Era bastante. Estaba frente a ELLA.

En la casa fronteriza, se corrieron los visillos de una de las ventanas del segundo piso. Una mujer lo miraba suavemente. Recuerda que no tuvo ninguna sorpresa. Por el contrario, saludó con una sonrisa. Como se saluda a un viejo amigo, a quien se encuentra después de mucho. Tenía la seguridad de haberla visto antes. Ya en otra, o en otras ocasiones, se había topado en alguna parte con su rostro, de ausencia, su tristeza dormida, y la esperanza de su rostro, a punto de morir como un crepúsculo. No le eran desconocidos esos ojos tejidos de bruma, lejanos, como despidiéndose. Ni tampoco, su cabellera de color incierto, libre y larga cayendo a borbotones, sobre los hombros. Conocía también su boca, siempre muda, siempre arrullando silencios...

Sigue tocando, briosamente. Como si de la vitalidad de sus notas, dependiera la presencia, la existencia misma de ese rostro que lo domina con la influencia de su clima enigmático. Mas, de improviso, se deavanece como una sombra. Vuelven a juntarse los visillos. Las cuerdas del violín, reciben entonces, el efecto de la huída, y producen un golpe seco, ronco, pero lastimero, que es como un llamado o una advertencia. La ejecución, había terminado.

Sus pensamientos se desbordan desorganizadamente, giran como pájaros, en torno a ese golpe de cuerdas, seco, ronco, pero lastimero... Ahora, lo ve todo con claridad: es el mismo que oyó más de una vez, cuando ELLA huía después de sus extrañas visitas, allá en la penumbra de su cuarto.

Con rapidez vertiginosa, acuden a su memoria, esa serie de sucesos, tan alejados de la realidad, de su marco opresor, y que ocurrían en un plano tan distinto al de su vida ordinaria. Quiso vivir nuevamente uno de ellos. Cualquiera, al azar. Tocaba la

«Elegía» de Massenet. Lo recuerda. Sus nervios seguían el ritmo cadencioso de la melodía. La obscuridad era completa en el interior de su cuarto. Su soledad, ancha y abierta... Estaba triste, como todos los días, acorralado en sí mismo. De pronto, tras los cristales, como un índice de lo mágico, se perfiló un rostro de mujer. Un rostro sin consistencia, sin espacio. Un rostro de humo. Se sintió temblar, como un sentimiento de grandeza, de dominio sobre todas las cosas. Ese rostro, esas líneas, eran el resultado de su arte. Eran su creación de artista. ELLA era suya, absolutamente suya, y nadie... pero, ya emprendía la huida incomprensible, haciendo gemir brutalmente a su violín.

Después de aquella tarde inolvidable del encuentro, sus ansias la esperaron inútilmente junto a la ventana. En vano su violín la llamaba con sus notas ardientes. Todo esfuerzo fué estéril. Ya no volvió a la paz de su cuarto.

Fuó preciso conformarse entonces, con sorprenderla acá, en su propia casa, donde ella vivía, respiraba como una mujer, donde ya no era una sombra, donde ella pisaba el entarimado de su habitación...

Quiso saber a toda costa, algo de su existencia.

Se decidió a interrogar a Manolo. Descubrirla en su realidad.

—¡La señorita María Soledad!... ¿Le gusta a Ud.?

Supo de sus labios, que era extranjera. Vivía sola con su padre, que era pastor de una iglesia anglicana. No salía nunca de su casa. Sin embargo antes, iba a la iglesia con su padre, los días que había ceremonia, donde ella tocaba el violín. ¡Porque ella también tocaba el violín! Como un ángel, según decían los vecinos. Ahora, apenas si se le veía una vez que otra asomada en la ventana, mirando pasar los transeúntes, o si no, hacia arriba, con los ojos coloreados de distancia... Siempre muy abrigada con un chal de lana a las espaldas.

Reveló extrañeza. El niño se explicó:

—Sí, porque dicen que está muy enferma. Que tose mucho, y que a veces, bota sangre por la boca...

El hálito frío de sus palabras, le deformó el rostro. La verdad, amenazante, tremenda, resonaba como una carcajada sarcástica.

Y cuando ella apareció, como obedeciendo al llamado de su música, se sintió más que nunca, estrechamente ligado a su destino. Sus menores gestos, repercutían en su interior, como formando parte de su contextura, como adheridos a los latidos de su corazón. Sus ojos se buscaban para fundirse en un solo todo. Se cruzaban sus pensamientos. La supo dentro de él.

Así, se sucedieron los días. Pasaron cerca de cuatro semanas,

rebosantes de una felicidad algo mezclada de extraña angustia. Nuevamente Manolo y sus palabras.

—Sabe, su amiga le ha mandado un regalo...

Y le entregó el medallón, que ahora junto con el recuerdo apreta febrilmente en sus manos.

Le exigió, vehemente, un relato detallado.

Había ido a la casa del frente con un encargo de su madre. María Soledad, al verlo, lo llevó a su habitación para hablarle. Estaba intensamente pálida y las palabras salían con dificultad. Me preguntó mucho por Ud... Hasta si yo lo quería... Y agregó: «Lo has de querer mucho, porque ha sufrido tanto como yo»... «Todos los que sufren, son buenos, y hay que quererlos, Manolo» Finalmente, se había desprendido del cuello este medallón, como un recuerdo para Ud...

Todavía, a pesar del tiempo transcurrido, siente en los labios el calor que puso entonces en ellos, cuando llevándose a la boca, el objeto, lo besó apasionadamente.

Aquella tarde, su rostro no apareció tras los cristales... Manolo aseguró que había oído la voz del padre que le insinuaba que guardara cama cuanto antes.

Salió a la calle debatiéndose entre una ternura infinita y una desolación que era como el presagio de una gran desgracia. Tenía la garganta seca. Se enroló en el torbellino, de un bar que hacía llegar a los transeúntes, el contagio epiléptico de un jazz-band. Sus emociones habían sido fuertes. Bebió. Bebió mucho, sin medida, como nunca.

Esa noche, durmió pesadamente. Su actividad onírica lo hizo concebir un sueño trágico, una pesadilla que lo ahogaba. Unos hombres pequeñitos, todos vestidos de negro, muy ceremoniosos, se agrupaban en torno a la caja negra de su violín, y sumando sus fuerzas, lo sacaban sigilosamente de la pieza. El gritaba frenéticamente, que no se lo llevaran: «Es toda mi vida», decía. «Ladrones, que va a ser de mí y de mi arte». Pero ellos corrían velozmente, sin oír, a través del aire. El los seguía desesperadamente por las aceras. Pero era una competencia muy desigual. Se perdieron en la noche. El siguió corriendo, hasta que rendido, cayó sin conocimiento. Despertó sobresaltado.

Su soledad fué más ancha, más abierta desde entonces. Su tristeza, más honda. Sin saber por qué, muy a menudo, se sorprendía llorando. Llegó el día de su clase, como una promesa.

Al entrar a esa casa que ya había llegado a serle querida, miró al frente. La puerta estaba semi-entornada. Levantó la vista. Las ventanas, cerradas y los postigos, todos corridos.

Como un enajenado, subió precipitadamente la escalera. Era

algo horrible, que lo convulsionaba, lo achataba, le hacía llegar sus colores de frío, al frío de las sienes. El ya lo sabía. Tenía que ser así...

Manolo lo recibió apesadumbrado.

—¿Cuándo fué?

—El mismo día que le mandó el medallón... A media noche... De repente... Se la llevaron unos hombres vestidos de negro... En una caja negra como la del violín...

Golpes en la puerta. Una mujer que grita con impaciencia:

—Es la tercera vez que lo llamo a comer. ¿Va a venir esta noche o no?

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL DR. FEDERICO JOHOW ⁽¹⁾

I. EL EDUCADOR Y ORGANIZADOR

FEDERICO Johow nació en Kolmar, Pomerania, el 5 de Febrero de 1859. Había cumplido, pues, 74 años cuando la muerte lo alcanzó, el día 30 de Abril de 1933.

Significativo agüero para su vida puede considerarse ese año de su nacimiento. Pues, es el mismo que vió aparecer aquella magna obra que debió revolucionar las ciencias biológicas: la obra de Charles Darwin «Sobre el origen de las especies por obra de la selección natural». Realmente, es a la biología a la que Johow consagró su vida. En primer lugar, la eligió como materia central de sus estudios universitarios. Terminados éstos con los exámenes honrosamente rendidos de Doctor y de docencia secundaria, tomó parte, en los años 1882 a 1883, en un viaje de investigación organizado por la Academia de Ciencias de Berlín, que fué dirigido a las islas del Mar Caribe y a las fuentes del Orinoco. Condensó en varias monografías los resultados cosechados en esta ocasión.

Ya coronado de éxito, se estableció el Dr. Johow, en 1884, como «Privatdozent», en la Universidad de Bonn. Rápida fué su ascensión; pues, para las costumbres universitarias alemanas era breve el intervalo de 4 años, después del cual se le nombró profesor extraordinario, en 1888.

Con esto había llegado a la cumbre su carrera en Alemania. Ya un año más tarde resolvió trasladarse a Chile. Eran esos los momentos en que Chile se hallaba ocupado en rehacer la estructura total de su educación pública, empezando, con sabio cri-

(1) Discurso pronunciado en la velada conmemorativa celebrada por la Sociedad Científica Alemana.

terio, con la reconstrucción de los fundamentos. Se había logrado ya echarlos para la instrucción primaria, mediante una nueva organización de las Escuelas Normales, y se quiso ahora, en lógica progresión, continuar la misma obra para el grado inmediatamente superior: los colegios secundarios. Para dotar a éstos de un contingente de profesores que estuvieran del todo a la altura de la ciencia y de los progresos pedagógicos de la época, debía servir una nueva escuela universitaria, el Instituto Pedagógico, primero de su género en Ibero América.

Al tener conocimiento de estos planes, mediante el llamado del Gobierno chileno, en busca de profesores alemanes para el nuevo seminario de educadores, Johow se entusiasmó por cooperar en la empresa. Contratado en compañía con varios compatriotas, fué escogido entre éstos como director del Instituto Pedagógico. Así le cupo la parte principal de la organización de este plantel. No faltaron dificultades. La Revolución del 91 que eliminó a Balmaceda, significó también un golpe para el Instituto fundado por este Presidente. Felizmente, la política educacional no varió y sobrevivieron a este remezón tanto el Instituto Pedagógico como su dirección. Después de 3 años, Johow renunció a esta última, concretándose en adelante a sus cátedras.

Enseñó las ciencias biológicas en el Instituto Pedagógico durante 36 años, de 1889 a 1925. También se hizo cargo de la cátedra de botánica en la Escuela de Medicina. ¿Cuál ha sido el espíritu que animaba a esta su enseñanza? El mismo se expresa acerca de este punto, en una de sus publicaciones, en los siguientes términos: «Hemos tratado, los profesores alemanes, de substituir la apreciación meramente descriptiva de los fenómenos de la naturaleza, por la biológica y la evolucionista». Y refiriéndose especialmente a su cátedra de la Escuela de Medicina, dice que se ha preocupado por dar su lugar debido, al lado de la sistemática, «a la parte biológica de la botánica y dentro de ella preferentemente a la fisiología experimental de las plantas y a la histología».

Esto por lo que concierne a la materia, al contenido de su enseñanza. Pero también significaba un importante progreso la forma en que organizó los estudios de su alumnado. Para que resalte mejor la trascendencia de este aspecto metodológico o pedagógico, como podríamos decir, de su acción de educador, séame permitido resumir uno de los pensamientos contenidos en el discurso fúnebre que le dedicó su colega de medicina, el Dr. Juan Noé. Dejóse establecido en ese conceptuoso discurso que los grandes éxitos obtenidos en la segunda mitad del siglo pasado por los biólogos de Alemania, se han debido especialmente

a la perfecta organización de la investigación colectiva, al «ejército de investigadores» que se formó en los institutos universitarios de aquel país. «La Alemania debe, pues, su gran progreso y su avance sobre los demás países en los estudios biológicos del siglo pasado, a la organización de los laboratorios científicos del Estado».

Pues bien, salido él mismo de uno de estos institutos, consideró el Dr. Johow de su deber crear también en el nuevo suelo de sus actividades una atmósfera parecida de labor de investigación que trajera a Chile ventajas científicas de igual índole. La fundación de institutos biológicos premunidos de útiles y material de estudio de calidad perfecta, constituía el medio para aquel fin.

En esta forma y con tal espíritu organizó la Sección de Biología del Instituto Pedagógico y el Gabinete Botánico de la Escuela de Medicina. Les suministró colecciones de altísimo valor e instaló un Laboratorio modelo de microscopía y fisiología vegetal. Con un orgullo bien fundado gustaba mostrar estas sus obras a los visitantes. Merece especial mención entre las colecciones el gran Herbario que standarizó según normas universales, enriqueciéndolo incansablemente por medio de un vasto intercambio, el que ha contribuído grandemente a dar a estos institutos chilenos renombre internacional. Ante todo, el Herbario didáctico de plantas chilenas, por él formado, queda sin par en el mundo.

La enseñanza universitaria fué la vocación propiamente tal del Dr. Johow. De ahí que a ella permaneciese fiel en todo el trayecto de su actividad profesional. La completó por la enseñanza secundaria dedicándose a ella durante un período medio de su vida: los años de 1893 a 1907. El Instituto Nacional, el Liceo de Aplicación en sus dos secciones, de Hombres y de Niñas, y la Escuela Militar lo contaron entre su profesorado. La historia de la enseñanza secundaria chilena tendrá que reservarle un lugar duradero, porque ha recibido de su parte una influencia profunda. Ella provino, por una parte, de los programas de historia natural que redactó para la reforma del año 1893, cabiéndole la tarea de reagrupar estas materias conforme al nuevo plan de distribución, el llamado sistema concéntrico.

En segundo lugar, le proporcionó a la enseñanza secundaria esa falange de profesores de biología en cuyas manos el ramo ha dado valiosos frutos para la formación de numerosas generaciones.

En cuanto al espíritu que el Dr. Johow supo imbuir a este grado de la enseñanza, se nota también su tendencia hacia la

profundización y la elevación. Fué ella la que lo llevó a incluir en el programa hasta el coronamiento de la ciencia biológica: la teoría de la evolución. Un gran paso, pero que no dejó de despertar oposición. Esta nació desde los mismos círculos con que todavía en el año 1866 don Diego Barros Arana había tenido que luchar por la implantación de las ciencias naturales en el Liceo. Fué tanto más de celebrar que asignatura tan discutida tuviera por principal representante en el profesorado a un educador genial que con un talento didáctico innato reunía un dominio soberano de la palabra llegando a manejar también el idioma castellano con soltura y elegancia. Dadas tales cualidades del maestro, no es de extrañar que sus alumnos de largos años atrás sigan recordando con entusiasmo el encanto de sus clases.

II. EL INVESTIGADOR

Sería largo enumerar la lista de las publicaciones en las que el Dr. Johow ha dado cuenta de su labor de investigación. También en Chile consagró su colaboración a las más importantes revistas científicas, así como los «Anales de la Universidad de Chile», el «Boletín del Museo Nacional», la «Revista Chilena de Historia Natural» y las «Actas de la Sociedad Alemana Científica».

Gozaban de su predilección los estudios botánicos; pero, espíritu abierto a todos los lados del problema biológico, no cerró los ojos ante los rasgos interesantes de la vida animal que encontraba en su camino. Da testimonio de esta amplitud de su radio de investigación el trabajo publicado en 1911 sobre los onicóforos chilenos, en el cual, basado en largas y laboriosas observaciones, dió una valiosa contribución a la ubicación científica de este género, describiendo además una nueva de sus especies por él descubierta en Chile.

En botánica, su labor va desde el estudio de determinados órdenes y grupos—como, p. ej., los helechos de Juan Fernández, las plantas de cultivo del mismo archipiélago, las cactáceas de los alrededores de Zapallar— a la investigación de los procesos fundamentales de la biología vegetal—así sus varios trabajos sobre polinización—y aun, elevándose a temas de más vasto alcance, a la exploración de la totalidad del reino vegetal comprendido en un territorio determinado—como la flora de Juan Fernández y la flora de Zapallar, obra que dejara como legado a su país adoptivo.

Lo dicho deja reconocer ya que, además de los servicios que Johow prestó al desarrollo de la sistemática, no descuidó de nin-

guna manera el lado biológico de su ciencia. Y muy incompleta quedaría una apreciación de su personalidad de investigador, si ella dejara de caracterizar la manera propia cómo él consideró al gran problema fundamental de la biología. A este respecto, fué darwinista convencido, y en las discusiones más recientes se puso del lado de Augusto Weismann. Para él era un hecho científicamente comprobado que el plasma germinativo no puede ser alterado por las experiencias de la vida del individuo—naturalmente abstracción hecha de la eventualidad de un deterioro directo. Así vió en el plasma germinativo al director inexorable del destino del hombre, al soberano dictatorial de la vida. No quiso nunca hacer concesión alguna a cualquiera forma de Neo-Lamarckismo, a la tesis de la transmisibilidad de los caracteres adquiridos. A los procesos de adaptación al medio ambiente les negó la facultad de dotar a la raza de nuevos rasgos los que, según él, solo pueden formarse por obra de la variación natural y de la selección.

Para dar una idea de la forma en que Johow llevó a cabo el estudio de un tema determinado, haremos un breve análisis de aquella de sus obras que ocupa el rango más alto entre las publicadas hasta hoy día: los «Estudios sobre la flora de las islas de Juan Fernández», fruto de dos viajes de exploración y que dió a luz en 1896.

El autor mismo nos ha proporcionado los datos comparativos que mejor que nada permiten medir el nivel a que se eleva en este su trabajo. Pues, en la primera parte, que contiene la historia botánica de Juan Fernández, caracteriza y reproduce los resultados a que han llegado los que fueron sus predecesores como investigadores de las islas. Todos ellos hicieron obra fragmentaria echando luz únicamente sobre uno que otro de los problemas botánicos. Johow, por lo contrario, elaboró un todo integral en forma sistemática.

Pueden distinguirse dos aspectos de esta obra, uno de índole receptiva y otro productivo. Aquel se basa sobre una vasta labor de colección y observación. Se hallan exactamente descritas todas las especies encontradas en las islas y estos datos descriptivos son completados por el panorama de las formaciones de vegetación.

Ahora, más allá de esta exposición razonada de los hechos directamente observados se eleva una labor de interpretación personal, de conclusiones lógicas. Mediante ulteriores abstracciones llega el autor a resultados científicos de transcendencia general, prestando su contribución a la suprema tarea de la ciencia: la inducción de leyes. Esta parte productiva de la obra se

halla expuesta en el capítulo intitulado «Análisis evolutivo de la flora de Juan Fernández».

Miremos más de cerca algunos de los razonamientos allí desarrollados. Siguiendo a Wallace, clasifica Johow a las islas del mar en continentales y oceánicas, viendo un ejemplo típico de las últimas en el archipiélago de Juan Fernández y atribuyendo a ambas clases un origen posterior al de los continentes correspondientes. En consecuencia, las islas deben haber recibido del continente su población vegetal y animal. Pero no por esto se conservará esta población eternamente idéntica con la del continente. Más bien, dos causas harán que la flora insular obtenga un carácter propio, endémico: por una parte, la adaptación de ésta a las condiciones particulares del ambiente insular y, por otra, la conservación de especies venidas desde el continente, pero que con el tiempo desaparecen en este último por obra de cambios geológicos o climáticos que no se hacen extensivos a la isla.

La ciencia ha buscado las leyes que rigen tal diversificación que se produce en la flora insular, y Johow se propuso la tarea de comprobarlas para el territorio por él estudiado. Concretemos dos de los resultados a que pudo llegar. Primero: Siendo del todo más pobre en familias, géneros y especies la flora de islas lejanas que la del continente, esta pobreza relativa es mayor para las especies que para los géneros, y mayor también para los géneros en comparación con las familias. Estos hechos fueron constatados por Johow en forma matemática, objeto para el cual se impuso el penoso trabajo de formar una estadística precisa de la existencia de los diversos tipos en el continente y en cada una de las tres islas. En resumen, estableció los siguientes valores: La flora de Juan Fernández posee en especies sólo el 3% de las del continente, en géneros más del 9%, en familias cerca del 30%.

La segunda de las leyes por Johow comprobadas se refiere a la relación existente entre el grado de peculiaridad de las plantas y el tiempo que ha transcurrido desde su inmigración, siendo que entre las plantas endémicas de una isla contarán con las más larga existencia en esta aquellas que, comparadas con las plantas continentales, presenten los caracteres morfológicos más divergentes. A este respecto, pudo el Dr. Johow clasificar las plantas estudiadas en cinco grados de antigüedad derivando de ahí cinco períodos evolutivos de las islas mismas.

Baste lo dicho para mostrar que los «Estudios sobre la flora de Juan Fernández», recorren el círculo completo del proceso de investigación científica. Desde la observación y catalogación

cuidadosamente ejecutadas de las plantas de un territorio determinado avanza el investigador, guiado por el hilo del razonamiento científico, hasta a redescubrir los acontecimientos ya enterrados en la obscuridad de los tiempos idos, reconstruyendo las peripecias pasadas de la vida y de la evolución de los seres existentes en este suelo así como del suelo mismo.

III. EL HOMBRE

Como hombre, perteneció Federico Johow a dos mundos. Fiel hasta el término de su vida a su patria, fué un activo colaborador de las instituciones culturales alemanas en Chile, desempeñando la presidencia de varias de ellas.

Pero su sentimiento se aclimató profundamente en Chile. Amaba a esta tierra y no quiso dejarla cuando se vió libre para hacerlo. También sintió vivo interés por los asuntos nacionales del país, de lo que dió prueba aun en los últimos años cuando elaboró un gran proyecto de plantaciones indígenas en los nuevos terrenos conquistados al Mapocho, declarándose dispuesto a servir de administrador ad-honorem de tal jardín botánico legítimamente chileno.

Su concepción filosófica del mundo tenía una clara orientación biológica. Fué con criterio de biólogo que apreciaba todas las manifestaciones de la vida. Según este modo de ver, los rasgos de la personalidad que se reciben por la transmisión hereditaria, tienen una importancia incomparablemente superior a todo cuanto podamos adquirir por el aprendizaje en el curso de la vida individual. Imbuído en este criterio estaba ante todo el concepto que el Dr. Johow tenía de la influencia del factor raza en la vida del individuo y en la historia humana en general.

Sin embargo, aquel criterio biológico no tenía un alcance puramente fisiológico. Apreciaba la raza precisamente como raíz y fundamento de cualidades de índole espiritual. Nada tenía Johow de materialista, ni aun en sus concepciones filosóficas acerca de la esencia del mundo. Mas bien, reconoció la primacía del espíritu, y hubo un tiempo en que le oímos citar con predilección las palabras entusiastas con que H. St. Chamberlain abre el capítulo de su obra «Las bases del siglo XIX» en el que ha glorificado la figura del más alto representante de un ideal espiritual de vida: el Cristo.

Muchos de los valores de su persona los debía el Dr. Johow a la tradición en que se había criado. Su familia formaba parte de aquellas capas de la sociedad alemana que desde numerosas generaciones han mantenido un elevado standard de cultura.

De ahí en gran parte la impresión de lo orgánico que se desprendía de su personalidad, el aire de humanidad cultivada, de plenitud espiritual.

A tal influencia de la tradición se agregaban, como fuerzas propias, su vigor y su bondad personales. Todo lo cual dió por resultado esa figura impresionante en que la hombría varonil y la profundidad del pensador se unían con el estilo del cumplido caballero.—WILHELM MANN.

LA FILOSOFIA DE CHUAN DSI (1)

I.—LA CHINA MILENARIA

OS charlaré hoy sobre la filosofía de un filósofo chino. Sobre las ideas fundamentales de la China milenaria. De aquel país que, más que país, parece continente; más que continente, humanidad. Pues, protegido por seguras fronteras naturales, salvo aquel trecho del norte en que se construyó la gran muralla, reúne en sí todos los elementos necesarios para la vida. Considerado desde nuestras remotas playas, se nos ofrece como una inmensa unidad. Y tal visión tiene su razón de ser, pues ella es proverbial. Sin embargo, el equilibrio cultural de la China es la resultante de fuerzas contradictorias.

Aun geográficamente, esta contradicción está bien pronunciada. El Norte es la región del Löss. Los vientos de occidente cubrieron el paisaje con una gruesa capa de tierra finísima, haciendo desaparecer las brusquedades de las serranías y envolviendo el campo en un velo amarillo. El chino del Norte, es un reflejo de ese paisaje: es serio, sobrio y falto de fantasía creadora. La parte austral del país, en cambio, está llena de alegres colores y el paisaje varía constantemente de formas. El chino del Sur es apasionado, vehemente y de ingenio chispeante.

La historia material y cultural de la China es un eterno flujo y reflujo de corrientes que emanan ya del Norte, ya del Sur. Frecuentemente se produce una síntesis de ellas, pero siempre se deshace después de algún tiempo y se inicia un período caótico que significa renovación de los valores.

La filosofía china es igualmente un flujo y reflujo de dos grandes sistemas filosóficos, arraigados en lo más profundo y elemental del alma popular, pero que se elevan a las más sublimes suti-

(1) Conferencia dada el 8 de Junio de 1932, en el Ministerio de Bienestar y Trabajo, Santiago.

lezas del espíritu humano, sin perderse en la vaguedad de la abstracción. Como es natural, estos sistemas tienen también sus conexiones con las particularidades geográficas a que ya me referí.

Para conocer sus principios debemos remontar 2,500 años en la historia humana, al sexto siglo antes de Jesucristo. En aquella época vivían sus dos grandes expositores: Confucio o Kung Dse y Laotse o Laudán.

Para comprender sus ideas, es preciso saber que vivían en una época de decadencia política y moral. Después de la era legendaria de los emperadores mitológicos Yau, Chun y Yü, la dinastía de los Chang se apoderó del Gobierno y lo mantuvo hasta 1,122 años antes de Jesucristo. Al finalizar esta etapa de su historia, la China se encontraba en gran desorden, al que puso fin la dinastía de los Chou, con la cual se inició un gran florecimiento político y cultural. Pero precisamente en el siglo VI se produce nuevamente un estado caótico: los príncipes feudales se sublevan contra el poder central; se inician luchas seculares entre los Estados; los gobernantes oprimen al pueblo, empleando los tributos para fines egoístas y descuidando la regulación de los ríos, aquella constante pesadilla de la China.

Surgen en aquel tiempo las eternas preguntas de la humanidad: ¿cómo remediar este estado calamitoso de las cosas? ¿Cómo restablecer la felicidad de los hombres? Y como consecuencia de ellas, aquellas otras más profundas: ¿qué es el individuo? ¿qué es la felicidad? ¿qué es el universo?

Confucio, el prohombre del Norte, cree poder solucionar la crisis de su tiempo, insistiendo en la necesidad de profundizar el problema de la ética, educando al individuo para transformarlo en un ser más perfecto. Exige entereza y honradez, saber, humanismo y valentía. Le atribuye especial importancia a las virtudes del gentleman, y es de opinión que el entendimiento es fácil entre verdaderos gentleman. Para él, la cuestión es esencialmente formalista. No le preocupa mucho el más allá.

Laotse, su contradictor, el prohombre del Sur, trata de penetrar, precisamente, a los escondrijos más profundos y remotos del espíritu humano. Trata de contestar las últimas preguntas que podemos hacer. Aun más: cree que la solución de los problemas de su tiempo sólo puede provenir de una contestación a aquellas preguntas. Su sabiduría la condensó en 81 sentencias que constituyen el Tao Te King, una de las obras más maravillosas que haya creado el genio humano.

Chuan Dsi, de quien quiero hablaros hoy, le pertenece a la escuela de Laotse. Sus ideas son semejantes a las de su maestro, pero la suerte nos conservó la mayor parte de su obra. «El verdadero libro del país austral de las flores» (1) de manera que disponemos de una exposición completísima del taoísmo, como se denomina esta escuela. Chuan Dsi vivió 200 años después de Laotse.

II.—EL TAO

Como ya lo manifesté, el taoísmo es un sistema filosófico completo; penetra hasta la esencia misma del universo y del individuo y deriva de esta visión, conclusiones prácticas sobre la filosofía aplicada, es decir, el comportamiento del individuo dentro de la sociedad y sus creaciones.

Para esta escuela, el universo está caracterizado por una unidad absoluta. Lo más grande y lo más pequeño, lo más profundo y lo más superficial, lo natural y lo humano: todo obedece a un principio fundamental. Este principio es el tao, el sentido del universo,

Chuan Dsi describe el tao empleando una riqueza inaudita de parábolas y metáforas, sin desconocer que se trata de un principio que no se puede explicar por medio de palabras, pues «el sentido de que se puede hablar no es el sentido». (XXII-6). He aquí una de sus parábolas:

Las orillas de la sombra preguntaron a ésta: A veces te inclinas, a veces te eriges, a veces tu cabello parece desordenado, a veces te presentas bien peinada; a veces te sientas, a veces te levantas; a veces corres, a veces te detienes. ¿Cómo ocurre esto?

La sombra contestó: Viejecito, viejecito, ¡qué superficial es esa pregunta! Yo soy, pero no sé por qué. Soy como la concha vacía de la cigarra, como la piel que perdió la culebra. Tengo el aspecto de algo, pero no lo soy. A la luz del día soy fuerte. En lugares sin sol y de noche me vuelvo pálida. Dependo de aquel otro (del cuerpo), tal como ese depende de otro tercero. Cuando viene, también vengo. Cuando se va, lo acompaño. Cuando es fuerte y vigoroso, también lo soy. Y si lo soy, ¿para qué me preocupo del por qué? (II-11).

El sentido, es, pues, la causa de todos los fenómenos, tanto en lo que se refiere al tiempo como al espacio, a la naturaleza como al mundo humano. Lo compenetra absolutamente todo.

Este es el sentido: es bondadoso y es fiel, pero no se manifiesta por medio de acciones, y no tiene forma externa; se le puede comunicar a otros, pero no

(1) He utilizado la excelente versión al alemán de Richard Wihlelm, publicada por Diederides, Jena.

le puede concebir; se le puede poseer, pero no se le puede ver; sin origen, es su propia raíz. Existía antes que hubiere cielo y tierra... Existía antes del tiempo, pero no es alto; se encuentra allende del espacio, pero no es profundo; existía antes del cielo y la tierra, pero no es viejo; es más viejo que la más remota antigüedad, pero no es anciano. (VI-1).

Para Chuan Dsi, el sentido es algo semejante, aunque mucho más amplio, que nuestro principio orgánico.

Ahí tenéis a mi cuerpo—dice—, con todas las partes de que se compone. ¿A cual de ellas debo obedecer? ¿A todas? ¿Pero entonces cada parte tiene su propio ser? Quiere decir que se encuentran frente de mí cual la servidumbre. Pero la servidumbre no se puede gobernar ella misma... Debe haber un patrón que la maneje. (II-2).

La función esencial del individuo consiste en conocer el sentido fundamental, lo que, como veremos, sólo se consigue intuitivamente, mediante la contemplación y meditación.

La visión del sentido es la fuente de una riqueza ilimitada:

La esencia de la naturaleza es inagotable. —dice Chuan Dsi—y la gente cree que es perfecta. Su esencia no se puede conocer y la gente cree que tiene algún término. Quien esté en posesión del sentido, en escala ascendente, un dios y en escala descendente, un príncipe (X-3).

El mundo material y espiritual son simples exteriorizaciones de esta fuerza elemental. Debido a nuestra posibilidad de poder participar en ella, estamos ligados a lo eterno.

Podemos observar que la leña termina alguna vez—dice—, pero el fuego continúa ardiendo siempre. No podemos concebir que termine alguna vez. (III-4).

Pero este principio no se limita al mundo exterior, sino que compenetra todo nuestro ser humano, los sentimientos y la razón. Chuan Dsi se preocupó de la solución de problemas filosóficos que sólo muy pocos de los filósofos occidentales han tocado y se nos presenta para hablar en términos de nuestra cultura como el pensador más moderno que existe.

En cuanto a la lógica, p. e., para anticipar una idea que desarrollaré más tarde, resuelve, con toda claridad las antinomias que produce el punto de vista humano, contrapuesto al eterno:

El estado en que el yo y el no-yo no se contradicen—manifiesta—se llama el punto angular del sentido. Es el punto céntrico alrededor del cual giran las contradicciones, de manera que todo se justifica en lo infinito. Desde este punto de vista, la afirmación y la negación tienen valor infinito. (II-3).

O en otro pasaje:

El que acepta la afirmación y no entiende nada de la negación, el que acepta el orden y no sabe nada del desorden, no conoce las leyes del cielo y de la tierra, y las condiciones del mundo. (XVII-4).

Pero para concebir el sentido es preciso abarcar los problemas con cierta amplitud. Chuan Dsi parece haberse dado cuenta de un fenómeno muy conocido en la física moderna: aquel de que las leyes no rigen para fenómenos demasiado pequeños. Al menos, ¿qué otra interpretación se le quiere dar a estas palabras:

El sentido se obscurece cuando nos limitamos a observar pequeñas partes perfectas del universo (II-3).

III.—METODOLOGÍA

El tao o sentido es una fuerza viva, y, por lo tanto, su concepción es algo intuitivo. Su posesión le transmite absoluta seguridad al individuo y resuelve las aparentes contradicciones. Una conversación entre Chuan Dsi y Hui Dsi, el gran sofista de aquella época, con quien Chuan Dsi se deleitaba en discutir los problemas lógicos, ilustra muy bien esta afirmación.

Paseandose a lo largo de un río, Chuan Dsi exclamó:—¡Que alegremente saltan los salmones del agua!

Hui Dsi contesta:—Vosotros no sois un pez, ¿cómo podéis conocer la alegría de los peces?

Chuang Dsi:—Vosotros no sois yo, ¿cómo podéis saber que no conozco la alegría de los peces?

Hui Dsi:—Exacto, yo no soy vosotros, de manera, que no os puedo conocer. Pero es también seguro que vosotros no sois un pez, y de esto se desprende que no podéis conocer la alegría de los peces.

Chuan Dsi termina la discusión:—Dejadnos volver al punto de partida. Vosotros habéis dicho: ¿Cómo podéis conocer la alegría de los peces? Y al decirlo, sabíais muy bien que la conozco, y no obstante habéis formulado la pregunta. Yo conozco la alegría de los peces de la alegría que me acompaña cuando me paseo a lo largo del río. Es decir, existe un conocimiento intuitivo que es superior a las indagaciones lógicas y que las resuelve en nada.

De ahí también el menosprecio que Chuan Dsi le tiene a la mera literatura. La suprema intuición es algo que se puede vivir, pero que no se puede expresar racionalmente. Os citaré sobre el particular la parábola del carrocerero y el duque:

Carrocerero:—¿Me permite V. M. preguntarle qué está leyendo?

Duque:—Las palabras de los santos.

Carrocerero:—¿Viven esos santos?

Duque:—Han fallecido hace mucho tiempo.

Carrocerero:—¿Entonces V. M. está leyendo los residuos y las escorias de los hombres de la antigüedad?

Duque:—Un carrocerero no debe criticar lo que yo leo.

Carrocerero:—Vuestro peón lo concibe desde el punto de vista de su profesión. Cuando uno procede con excesiva holgura al construir una rueda, no será duradera. Cuando uno se precipita, no quedará bien. Cuando uno no procede ni con holgura ni con precipitación, resultará. No es posible describirlo por medio de palabras, hay en esto un secreto del arte. . . Lo que los hombres de la antigüedad no pudieron expresar se lo llevaron consigo a la tumba. De manera que, en efecto, V. M. está leyendo los residuos y las escorias de los hombres de la antigüedad. (XIII-10).

Chuan Dsi le atribuye pequeña importancia a las palabras, pues constituyen un medio sumamente imperfecto para describir el contenido del pensamiento:

Lo que el mundo aprecia en el sentido—dice—es lo que contienen los libros. Pero los libros no contienen nada más que palabras. Lo que les da valor a las palabras son las ideas. Existe algo por lo que se guían las ideas, pero esto no se puede transmitir por palabras. . . Por eso: el que conoce no habla, el que habla no conoce. (XIII-1;).

O esta hermosísima metáfora:

Las redes existen por los peces; si pescamos los peces, nos olvidamos de las redes. Las palabras existen por las ideas; si tenemos ideas nos olvidamos de las palabras. ¿Dónde encontraré a un hombre que se haya olvidado de las palabras, para que pueda conversar con él? (XXVI-10).

De estas consideraciones fluye una conclusión muy interesante: la dificultad de interpretar la historia, ya que lo único que se conserva son los hechos petrificados, y no disponemos de ningún medio para experimentar la influencia de las fuerzas que constituyeron la causa inmediata de aquellos hechos:

Aquellos libros —dice Chuan Dsi—refiriéndose a las historias—contienen las huellas de los antiguos reyes, pero no aquello debido a lo cual han dejado estas huellas. Ud. se limita a hablar sobre estas huellas. Una huella es ocasionada por los pasos, pero no es un paso. (XIV-8).

IV.—COSMOLOGÍA

Después de haberos dado algunas nociones generales sobre el sentido y la metodología de Chuan Dsi, analizaré algunos capítulos importantes de su metafísica. En primer lugar, su cosmología.

Es quizás la parte más difícil de su sistema. Para Chuan Dsi, el conocimiento se produce mediante la intuición. Para poder avanzar hacia lo absoluto, es preciso quebrar las formas humanas, las categorías de nuestra razón. Y eso es imposible. Por eso no podemos avanzar más allá de una vislumbre de lo absoluto:

Un individuo que posee el sentido—dice—se libera de la causalidad que determina la existencia y la muerte. Es accesible a la sabiduría humana que los gallos cantan y que los perros ladran. Pero el sabio más grande no puede explicar por qué razón las cosas se han formado así como se presentan, y no puede saber en qué sentido se desarrollarán en el futuro.

Las dos teorías que suponen que el mundo no ha sido creado o que ha sido originado por alguien, no se separan del mundo de los objetos, y son, por lo tanto, en el fondo, igualmente erradas (XXV).

Este juicio, pronunciado hace 2,300 años y que dice relación con una controversia fundamental de la filosofía occidental, es verdaderamente sorprendente. Pero quizás más extraño os parecerá esta opinión:

El cielo es lo absoluto. . . Si se le trata de conocer, no se le debe buscar en lo finito, pero tampoco en lo infinito. (XXIV-14).

A nosotros esto nos puede aparecer como una contradicción, pero para Chuan Dsi la visión fundamental del universo, es una unidad, y el cielo, que para el taoísmo significa, además, la espontaneidad, y que es algo absoluto, tiene que comprender tanto lo finito como lo infinito, haciendo desaparecer esta antinomia, que sólo existe en nuestra filosofía occidental.

La cosmología de Chuan Dsi trata de circunscribir, por lo tanto, en forma metafórica, algo que sólo se puede vislumbrar en forma imprecisa, pero que no se puede expresar racionalmente.

Distingue diferentes etapas de la evolución. En la primera todavía no existían los objetos; en la segunda, hay objetos, pero todavía no se han separado los unos de los otros; en la tercera se separan los objetos, pero no existe todavía la valoración; finalmente, desde que hay valoración se ha obscurecido el sentido, porque lo finito trata de abarcar lo infinito, un proceso que tiene que conducir forzosamente a contradicciones. Naturalmente, en el mundo limitado se hace sentir el latido de lo absoluto, pero en forma imperfecta.

El mundo de la realidad—dice Chuan Dsi—, en que se ha obscurecido el sentido, se iguala a la música que se produce por las cuerdas. El mundo allende de la realidad y del obscurecimiento del sentido, se iguala a la música pura que se produce sin el empleo de las cuerdas (II-5).

En el principio—dice en otro pasaje—fué el no-ser del no-ser (ser puro), lo inexpresable. De eso surgió la unidad. Esta unidad se llama la vida. Lo que todavía no tiene forma es el concepto. Lo que produce los objetos mediante su constancia y movimiento y es la causa de la ley inmanente de los objetos determinados, se llama la forma. La forma corpórea, que protege la vida espiritual de una manera que se manifieste el efecto especial de ambas, se llama la naturaleza. Si se cultiva la naturaleza, se regresa a la vida. En su suprema manifestación, esta vida coincide con lo original. . . Si adoptamos una actitud de aislamiento, frente al mundo exterior, nos unimos con las fuerzas del cielo.

y de la tierra. Esta unión es algo encubierto. Se manifiesta como una locura, como una inconsciencia. Esa es la vida mística. (XII-8).

Como se ve, el elemento constitutivo fundamental del universo es mucho más complicado de lo que supone nuestra filosofía occidental. Es una sola fuerza que comprende tanto lo material como lo espiritual. La realidad es algo complejo, en que se interponen diferentes fuerzas que se derivan de la unidad elemental. La individualidad, o el ser-así, como la llama Chuan Dsi, está contrapuesta al no ser-así, o sea, al ser puro, que es lo absoluto. Entre lo uno y lo otro hay una contradicción, al parecer irresoluble, pero que el hombre superior, puede hacer desaparecer mediante la intuición de lo absoluto, que le es accesible.

En otro pasaje, Chuan Dsi se expresa sobre el problema en esta forma:

Lo que lo llena todo sin interrupción, es el espacio; lo que perdura sin principio ni fin, es el tiempo; lo que existe en la vida y en la muerte, lo que existe en el principio y en el fin, sin que se pueda ver en su forma, es la eternidad. La eternidad existe sin ser-así. Los objetos individuales se originan en el no-ser-así. . . El no-ser-así es una sola unidad. El llamado se cobija en él. (XXIII-3).

Si analizamos el origen trascendental del mundo visible, encontraremos un instinto insaciable: si analizamos las formaciones exteriores, observaremos un apareamiento continuo. Lo insaciable y lo continuo lo denominamos el no-ser-así; está ligado a los seres individuales por un orden determinado. (XXV).

Y finalmente:

El principio obscuro es serio y tranquilo; el principio claro es poderoso y eficiente. Lo serio y tranquilo proviene del cielo; lo poderoso y eficiente, se desarrolla en la tierra. Cuando los dos se reúnen y producen armonía, se originan los objetos. Existe, además, una fuerza secreta que ordena estas actividades, pero no se puede ver su forma. . . La vida tiene un principio de que mana; la muerte tiene un término al cual se dirige. El principio y el término se alternan sin interrupción, y no es posible conocer la última causa. (XXI-4).

V.—EL CONOCIMIENTO

Ya he anticipado unas cuantas ideas de Chuan Dsi acerca de su teoría del conocimiento. Si profundizamos esta materia, nos encontraremos nuevamente frente a sorpresas inesperadas.

Como ya lo dije, para Chuan Dsi el universo es la realización del sentido, el que compenetra todas las manifestaciones de la vida material y espiritual.

El problema fundamental de la lógica consiste, según el taoísmo en establecer la posición del individuo frente a la realidad-

Nuestra vida es finita—dice Chuan Dsi—, y el saber es infinito. Es peligroso abarcar algo infinito con algo finito. (III-1).

Sin embargo, es evidente que el más amplio saber no puede ser perjudicial, siempre que se le ordene en la debida forma.

Poseer infinitas contradicciones—expresa—eso significa ser rico. (III-1).

Sin embargo:

la suprema perfección consiste en detener el conocimiento en el límite de lo que no se puede conocer. (II-7).

Por otra parte, la lógica que él reclama es una lógica de orden superior, basada en la visión del sentido. Sólo de esta manera se pueden resolver las aparentes contradicciones que se presentan a cada rato a la razón humana. En efecto, lo que él pretende es demostrar la relatividad del pensamiento humano. Pero su relatividad no es un valor en sí, sino que desaparece frente a lo infinito.

Las limitaciones—dice—no están basadas en el sentido de la existencia. El significado determinado no adhiere desde un principio a las palabras. Las diferencias provienen del razonamiento subjetivo. (II-7).

Y en otra parte:

Si se considera que lo que el hombre sabe no se iguala a lo que no sabe; que el tiempo durante el que vive no se iguala a aquel durante el cual todavía no existía, es lógico que quien trate de agotar estos inmensos campos con aquellos medios insuficientes, tiene que caer en errores y no puede llegar a conocerse. Si analizo los objetos desde aquí, ¿cómo puedo saber si el extremo de un cabello es bastante pequeño para determinar la extrema pequeñez? ¿Cómo puedo saber si el cielo y la tierra son bastante grandes para determinar la extrema magnitud? (XVII-2).

El peligro fundamental del individuo consiste en detenerse, en su afán de conocer, en un punto que no representa la verdad absoluta, en creer en verdades que no merecen el calificativo de tales:

¿Cómo se explica—pregunta—que se malgaste el espíritu y se nos ofrezcan meros conocimientos aprendidos? El espíritu se malgasta aprendiendo nombres sin sentido, y el saber se esteriliza en discusiones inútiles. (IV-1).

Frente a las extravagancias del racionalismo coloca Chuan Dsi como regulador de la razón humana al conocimiento intuitivo del sentido:

El llamado—dice—posee la verdad como un convencimiento interior. El hombre-masa trata de comprobarla, para mostrársela a los demás. Por eso se dice: donde hay necesidad de prueba, falta la intuición. El gran sentido no necesita de los nombres: gran prueba no necesita de palabras; gran amor no es cariñoso; gran virtud no discierne; gran valentía no es temerosa. (II-7).

En forma idéntica procede al tratar la psicología humana: en el fondo del individuo se manifiesta el gran sentido, pero así como su razón puede obscurecerlo cuando se separa de él, los sentimientos no controlados pueden producir semejantes extravagancias.

En el sueño puede ocurrir que uno beba vino—dice—y en la mañana despierta lleno de tristeza y congoja; puede ocurrir que en el sueño uno llore y se queje, y que en la mañana, salga a la alegre caza. Mientras uno está soñando, no sabe que se trata de un sueño. En el sueño, uno trata de interpretar el sueño. Sólo cuando uno despierta, sabe que estaba soñando. Así también hay un gran despertar, y de pronto conocemos el sueño de esta vida. Pero los locos se consideran despiertos y creen poder distinguir si son príncipes o pastores. Kung y tú, Uds. son grandes soñadores. Es también un sueño que yo te llame un soñador. Frases como éstas se denominan paradojas. Pero si encontramos después de diez mil generaciones a un gran llamado que logra resolverlas, nos parece como si lo hubiéramos encontrado entre la mañana y la noche. (II-9).

En otro capítulo dice:

Los hombres están encadenados. Se ahogan en sus obras, de manera que no se pueden arrepentir. Están condenados a la esclavitud, como si estuvieran amarrados con cordeles; se mueven mecánicamente sobre sus viejos caminos. . . Placer e ira, tristeza y alegría, trabajo y penas, inconstancia y temor. . . adhesión al mundo y soberbia, se originan. . . como el calor húmedo produce hongos. . . ¡Basta! ¡basta! (II-2).

Sim embargo, Chuan Dsi es todo menos que un pesimista.

Es un motivo de alegría—manifiesta—que existamos en la forma de un ser humano, pero es un placer infinito que este ser humano esté sometido a millares de metamorfosis, sin llegar jamás a un término. (VI-1).

Esta suprema felicidad está a nuestro alcance si nos sometemos a las leyes del sentido:

Quien se guía por sus sentimientos natos—afirma—, siempre actuará bien. ¿Para qué necesita de la sabiduría de los demás? Siempre tendrá razones fijas y precisas, que se forman por sí mismas en su alma. (II-3).

El peligro consiste en que nos arrastren nuestras pasiones, pues

cuanto más profundas sean las pasiones de un individuo, tanto más superficiales serán las manifestaciones de lo divino en él (VI-1)

y

toda capacidad corre peligro cuando se la exagera (XXIV-13).

VI.—EL INDIVIDUO Y EL UNIVERSO

Con estos antecedentes ya podemos entrar a analizar las ideas de Chuan Dsi acerca de la posición del individuo frente a la realidad. O como él mismo dice:

Conocer la acción de la naturaleza en su relación con la acción humana: he ahí el objetivo. El conocimiento de la acción de la naturaleza se produce por la naturaleza y el conocimiento de la acción humana se obtiene conociendo lo que se puede conocer y aceptando agradecido lo que está más allá del conocimiento. (VI-1).

El gran dilema de la naturaleza humana consiste en que su razón y sus sentimientos, actuando por su propia cuenta, nos colocan en discrepancia con el sentido. Lo esencial consiste, por lo tanto, en establecer el equilibrio.

Si nos rasguñamos y frotamos constantemente con el mundo exterior—dice Chuan Dsi—, la vida se pasa como si voláramos, y nadie puede detener su curso, ¿No es triste que sea así? (II-2).

¿Pero cómo evitarlo? Chuan Dsi contesta:

Lo celestial debe reinar en lo interior y lo humano en lo exterior. La vida descansa en lo divino. El conocimiento de la necesidad de una cooperación entre lo divino y lo humano descansa en lo divino y motiva la vida. (XVII-6).

Es decir, la unidad se establece por el sentido.

Encuentra palabras conmovedoras para describir las aberraciones humanas.

Quien sólo se dirige hacia afuera—expresa—, sin regresar a su propio ser, vaga cual un fantasma, y si encuentra lo que busca allá afuera, se convencerá de que lo que encontró es la muerte. Y si a pesar de esta destrucción de su espíritu continúa existiendo corporalmente, no es nada más que un fantasma vivo. (XXIII-3). ¡Qué triste la gente mundana, que sólo es un albergue para las cosas exteriores! Sólo conocen aquello con que se encuentran en su camino, pero no aquello con que no tropiezan. (XXII-10). No hay mayor desgracia que la muerte del alma. La muerte corporal no representa una desgracia comparable a aquélla. El sol se levanta de mañana y se pone en la tarde, y todos los seres se rigen por él. . . . Todos los seres tienen dentro de sí una fuerza que ocasiona su nacimiento y su muerte. Tan pronto un ser individual adquiere forma corpórea, esta fuerza se vuelve rígida mientras dure su existencia. Sus aspiraciones dependen de sus interrelaciones con el mundo exterior. . . . El hombre se presenta nebuloso debido a esta forma corpórea rígida. (XXI-3).

La influencia del ambiente es otra de las razones que le impiden al individuo a desarrollar su personalidad conforme a la fuer-

za divina del tao que lleva dentro de sí. Una bellísima metáfora describe: la situación de los tímidos por influencia del ambiente:

¿No habéis observado jamás a un mono trepador? Cuando dispone de plátanos, encinas y otros árboles, se mece en sus ramas como rey y señor entre ellos. Ni los cazadores más hábiles lo alcanzan a descubrir. Pero si está obligado a moverse entre arbustos bajos, avanza temerosamente, mira hacia el lado y tiritita de miedo. Eso no proviene de que sus músculos y huesos se hayan vuelto tiesos y no sean flexibles, sino de que las condiciones en que se encuentra no le son propicias. No puede demostrar su habilidad. (XX-6).

Frente a esta actitud del hombre imperfecto se encuentra la del superhombre, del llamado. Su posición consiste en contemplar las eternas leyes del sentido en la naturaleza y permitirles que entren plenamente en vigor en su propia personalidad. Pues el tao es creador, y la función elemental del individuo debe consistir en favorecer en forma excelsa esta tendencia creadora. El sentido existe en todas las cosas, tanto las materiales como las espirituales. Si nos cobijamos en él, podemos movernos libremente a través de los enredos que nos presenta (aparentemente) el mundo exterior.

Un buen cocinero—dice Chuan Dsi—cambia de cuchillo una vez al año, porque se limita a cortar. Un mal cocinero tiene que cambiarlo todos los meses, porque da picotazos. Es decir, el buen cocinero conoce la anatomía y mueve su cuchillo a través de la carne, sin violentar las leyes naturales que le prescriben cómo debe proceder al desmenuzar un animal. (III-2).

Por otra parte, no debe suponerse que este conocimiento de las leyes naturales sea el del especialista, de nuestro investigador científico.

Con un sapo—dice Chuan Dsi—no se puede hablar del océano, pues se limita a su hoyo. Con un pájaro veraniego no se puede hablar del hielo, pues está limitado por su tiempo. Con un especialista no se puede hablar sobre la vida, pues está limitado por sus teorías. (XVII-1).

El conocimiento de las leyes del sentido se puede vislumbrar intuitivamente, pero no se puede aprender.

Cuyo mundo interior es tranquilo y sólido, se desarrolla a la luz del cielo. Quien se desarrolla a la luz del cielo, es visible para el mundo sólo en lo que se relaciona con su vida exterior. (XXIII-2).

Un individuo que domina el sentido se eleva sobre el mundo:

Quien haya comprendido que lo que hace que un objeto sea un objeto, no puede ser un objeto.—dice Chuan Dsi—, dispone de un poder que no se limita a tra-

tar de establecer el orden en el mundo. Entra y sale del mundo corpóreo y se mueve a través del universo. Está libre del ir y venir, y se puede decir de él que el universo se encuentra a su absoluta disposición. Un hombre de este temple posee la suprema nobleza. (XI-5).

Abarcar todas las cosas en igual forma, sin prejuicios, sin predilecciones, eso significa ser comprensivo. Si se consideran como iguales todos los objetos, ¿qué es corto, qué es largo? El sentido no conoce principio ni fin; sólo para los seres individuales existe el nacimiento y la muerte. (XVII-5).

El superhombre se encuentra por encima de los hombres, pero vive en armonía con la naturaleza. Por eso se dice: Los que ante el cielo son miserables, son grandes ante los hombres; los que son grandes ante los hombres, son pequeños ante el cielo. (VI-4).

Lo esencial consiste en

tratar al mundo como mundo, pero no en permitir que el mundo lo rebaje a uno al mundo. (XX-1).

Habiendo llegado a esta suprema perfección, a la unidad mística con el universo, con las fuerzas del cielo—lo que, por supuesto, supone una actividad espiritual inaudita—, el saber humano se desvanece en nada.

La neblina original dijo (afirma Chuan Dsi): Yo floto y no sé lo que quiero; yo vago y no sé adónde me dirijo. Vagando, observo a brazos cruzados como todo se mueve dentro de su rumbo. ¿Qué necesidad tengo de saber algo? (XI-4).

VII.—EL PROBLEMA DE LA MUERTE

La sensación de la fuerza elemental del tao o sentido que penetra todas las manifestaciones de la vida y que podemos experimentar y desarrollar, en nosotros, sometiéndonos a su curso, le permite a Chuam Dsi vencer los horrores de la muerte. Ya había citado un párrafo de él en que dice que el fuego siempre continúa ardiendo. Refiriéndose al problema de la muerte, vuelve a insistir en la misma idea:

No obstante mi yo mortal será consumido por el olvido—dice—, hay en él algo que no está sometido a esta condición, sino que perdura. (XXI-3).

El individuo, como parte de procesos cósmicos infinitos, no lleva una existencia propia, sino que está ligado y sometido a transformaciones continuas, de las cuales la vida terrenal forma una pequeña etapa.

El cielo y la tierra son el padre y la madre de todos los seres—afirma—. Cuando se unen, se origina un ser corporal; cuando se separan, se origina el comienzo de algo nuevo. (XIX-1).

Con mayor detalle explica la misma idea al hablar de la muerte de su mujer.

Se produjo una mescolanza de lo que no se puede conocer y de lo invisible—expresa—y se transformó en una fuerza de acción; la fuerza de acción experimentó una metamorfosis y se originó algo corpóreo; lo corpóreo experimentó una metamorfosis y se produjo el nacimiento. Ahora hubo una nueva metamorfosis y ocurrió la muerte. Estos acontecimientos se alternan como la primavera, el verano, otoño e invierno, constituyendo el cambio circular de las cuatro estaciones. (XVIII-2).

VIII.—EL SANTO

La contemplación del sentido y su realización en el individuo le señalan a Chuan Dsi—como es lógico, después de lo que os he expuesto—el camino hacia la suprema perfección del individuo. Su ideal del santo se encuentra muy distante del occidental. Es muy diferente también del de Confucio, que, a su vez, se aproxima a la ideología occidental.

Chuan Dsi no reconoce el ideal del místico que se retira del mundo para dedicarse a meditaciones solitarias. Exige un individuo activo, dinámico, que viva en medio del tropel de este mundo, pero sin dejarse arrastrar por las corrientes mundanas. Su vida debe ser un ejemplo, pero no un ejemplo, conscientemente presentado a los demás, sino inconsciente, dominante, por su propia independencia, por la fuerza del tao que se realiza por medio de él y que arrastra a los demás sin presión de ninguna especie. El gran santo —dice

hace que desaparezcan las ideas propias de los hombres. (XXI-9).

El superhombre es una columna inamovible.

El corazón del hombre supremo—afirma—posee algo que le da estabilidad. Puede y debe someterse a las condiciones del mundo: por eso no pierde su personalidad. Cuando uno se transforma—dice—, adaptándose a las condiciones, pero conservando su personalidad, no existe en realidad transformación (XXII-10). El verdadero santo permanece en el mundo, pero no lo lastima, Y porque no lo lastima, el mundo tampoco puede lastimarlo. (XXII-10).

Esta seguridad del comportamiento en la sociedad humana alcanza a límites sobrehumanos:

Si fueran suyos todos los tesoros del mundo—exclama—, no los consideraría como una parte de su personalidad. Y si fuera príncipe de todo el mundo, no lo consideraría como una distinción personal. Su mayor satisfacción consiste en saber que todos los objetos tienen su patria y hogar y que la vida y la muerte son estados comunes. (XII-2).

Como se ve, la base de esta absoluta seguridad y corrección proviene del sentido que actúa a través del hombre.

Nacer y fallecer—dice en otro pasaje—, vivir y morir, tener éxito o desgracia, pobreza o riqueza, ser reconocido o despreciado, experimentar hambre o sed, calor o frío, estos estados se alternan regularmente como corresponde a la marcha del destino. No vale la pena permitir que estas cosas perturben la armonía interior, y no se debe permitir que penetren en el hogar del alma. Quien logra compenetrar toda la vida con esta armonía interior y no perder jamás su alegría; quien ofrece al mundo día y noche esta suavidad de primavera y se contenta con lo que se origine en su corazón, conforme al transcurso del tiempo: ese demuestra la suprema perfección de sus condiciones naturales. (V-4).

El hombre supremo—dice en otra ocasión—emplea su corazón como un espejo. No persigue los objetos y no se les aproxima; los refleja, pero no se apodera de ellos. . . Se fija en lo más insignificante, pero no se agota jamás y reposa allende del yo. Acepta sin excepción lo que el cielo le rinde, pero lo posee como si no tuviera nada. Es humilde. (VII-6).

El superhombre se convierte así en una fuerza del sino. Todo en él, es intuición y naturaleza. Es como una fuente de que emana una corriente . No hay en él nada de artificial y consciente.

Ser independiente sin reconocer principios rígidos—dice Chuan Dsi—; poseer moralidad sin hacer hincapié en el amor y el deber; poner orden a las cosas sin acción ni honra; poseer tranquilidad sin retirarse a la soledad; llegar a la ancianidad sin hacer ejercicios de respiración; olvidarse de todo y poseerlo todo en absoluta tranquilidad y acompañado de todo lo bello: ese es el sentido del cielo y de la tierra, la vida del verdadero santo. (XV).

Confucio había establecido como ideal la realización consciente del tipo del gentleman, sometido a los mandamientos del amor y del deber, es decir, trataba de influir sobre la sociedad. A él le contesta Chuan Dsi:

Quien se contenta con influir sobre el mundo exterior no es un verdadero llamado; quien tiene afecciones no posee el verdadero amor; quien depende del tiempo en su acción no es verdaderamente grande (VI-1).

No debe suponerse que Chuan Dsi patrocine la inmoralidad o que sustente los ideales de una vida inactiva. Nada más lejos de su ánimo, que esta mentalidad. Lo que él trata de demostrar, en primer término, es la insuficiencia y limitación de los medios humanos, para llegar a la perfección. Todo valor creado por el hombre es finito, pero lo que pretendemos—y que podemos pretender, ya que el sentido se manifiesta dentro de nuestra alma—es lo absoluto. Para realizarlo, debemos convertir esto absoluto en algo vivo, y todo lo demás, será nuestro por añadidura, pero como

parte de fuerzas infinitas que se manifiestan a través de ello. Chuan Dsi quiere romper, los moldes humanos, para establecer el reino de lo divino.

La vida del santo—llamado—dice—es la acción del cielo; su muerte es una mera transformación de la forma corpórea. En su tranquilidad es igual a la esencia de la noche; en sus aspiraciones es igual al movimiento del día. (XV).

El hombre, considerado como algo finito, está amarrado.

El amarrado—afirma—no puede soltarse él mismo; las circunstancias lo amarran, pero las circunstancias no son más poderosas que la naturaleza (VI-3).

Si logramos conducir al triunfo a las fuerzas de la naturaleza que imperan en nosotros, seremos verdaderamente libres.

Quien entienda hacer suya la esencia misma de la naturaleza—dice Chuan Dsi—y dejarse arrastrar por el vaivén de las fuerzas fundamentales, para moverse en aquellas regiones que no reconocen límites, ese ya no depende de ningún ser exterior. Por eso: el hombre supremo es libre del yo; el hombre espiritual es libre de las obras; el verdadero santo es libre de los hombres. (I-1).

Sobre el camino que conduce a esta perfección existe un diálogo sumamente interesante entre Kung Dse (Laotse) y Yen Hui, que nos transmite Chuan Dsi:

Yen Hui hace esta pregunta:

Si soy serio y humilde, diligente y sencillo, ¿lograré de esta manera la suprema perfección?

Kung Dsi le contesta: Absolutamente imposible. Esa clase de gente tiene un carácter fuerte. . . Pero sus pasiones son incalculables.

Yen Hui replica: Entonces no me someteré interiormente, sino que sólo en mi actitud exterior. Me ceñiré por los modelos de la antigüedad.

Kung Dsi contesta: Absolutamente imposible. Hay en eso un exceso de planes de reforma y muy poca reflexión.

Yen Hui, agotado: Yo no sé qué contestar. Te ruego darme un consejo.

Kung Dsi: Ayuna.

Yen Hui: Soy pobre. Desde hace meses no he bebido vino, ni comido carne.

Kung Dsi: Esa es la penitencia que prescriben los reglamentos de los sacrificios, no la del corazón.

Yen Hui: ¿Y cómo es esa penitencia?

Kung Dsi: Trata de establecer la unidad. Tú no oyes con las orejas sino con la razón. Tu razón no debe llevar una vida propia, pues de esta manera se esteriliza tu alma y no podrás concebir el mundo. Debes llenar el vacío con el sentido. Ese vacío es la cuaresma de tu corazón.

Yen Hui: La dificultad de seguir este camino se explica quizás por el hecho de ser yo Yen Hui. Si lo pudiera seguir, dejaría de existir como ser individual. ¿Es eso lo que entiendes por vacío?

Kung Dsi: Así es. Una vez que hayas alcanzado este estado, puedes entrar al presidio del mundo humano y moverte en él sin pertenecerle excesivamente. Si te dejan entrar, canta tu canción; si te deniegan la entrada, eso no te preocupará. . . Tú sabes que se puede volar con alas, pero no has oído que también se puede volar sin alas. Tú conoces la sabiduría que proviene de los conocimientos, pero jamás has oído que se puede ser sabio sin ningún conocimiento. (IV-1).

El superhombre que describe Chuan Dsi como el ideal humano es, por supuesto, humanamente hablando, absolutamente inútil. No pretende nada en este mundo. No quiere mejorarlo ni causarle daño. No le atribuye la menor importancia a las pretensiones y el afán de la gente. No le tiene a nadie odio ni envidia y tampoco les reconoce mérito alguno a los filántropos, los sabios, y los hombres de Estado. Descubre en todas estas manifestaciones las limitaciones humanas. En su mente jamás se manifestará la más leve intención de querer mejorar este estado de cosas o de rebelarse en contra de él.

Chuan Dsi lo concibe así. Y contesta:

¿Con qué clase de árboles me quieres comparar? ¿Con vuestros árboles de cultivo, como el peral, naranjo y otros que producen frutas? Apenas alcanzan a madurar sus frutos, ya se les maltrata y hace violación. Se les cortan los ganchos, se quiebran sus ramas. Sus frutos hacen peligrar su propia vida, y no cumplen sus años, sino que perecen a medio camino. . . Por eso me empeño desde hace tiempo en ser absolutamente inútil.

IX.—EL SISTEMA ÉTICO

El superhombre de Chuan Dsi se desarrolla como hemos visto, así como crece un árbol. Profundizándose en su propio interior, llega a identificarse con el sentido y su acción hacia afuera es el manar natural de una fuente. No hay en él ninguna intención.

Las mismas características se manifiestan en la ética de nuestro maestro. La nota fundamental de los santos occidentales, salvo muy raras excepciones, es su tendencia moralizante. También para Confucio, el problema moral es el punto angular de toda la existencia humana. Chuan Dsi afirma, en contradicción con esta opinión:

La utilidad de los santos para el mundo es pequeña, pero el daño que ocasionan es grande. (X-2).

Su primer afán consiste en demostrar la relatividad de las doctrinas morales establecidas por el hombre:

Asegurarse contra los ladrones que abren cajones, despojan bolsas y destruyen cajas, colocando cordeles alrededor de ellas y asegurándolas con candados, es lo que el mundo llama prudencia. Pero cuando llega un gran ladrón, coloca las cajas sobre sus hombros, los cajones debajo de su brazo y las bolsas sobre sus espaldas y huye, preocupado de que los cordeles y candados estén bien seguros. De manera, que aquel que es considerado como prudente por el mundo, no hace otra cosa que asegurar sus objetos en beneficio de los grandes ladrones. (X-1).

Cuando uno roba un bracelete—dice en otra ocasión—lo ejecutan. Cuando roba un país, se le reconoce como príncipe. Cuando vive en palacio, no hay para él nada más excelso que el amor y el deber. ¿No significa esto robar el amor y el deber y las doctrinas de los santos? (X-3).

Pero Chuan Dsi va más allá. No sólo son muy relativos los preceptos morales, sino que la inmoralidad es una consecuencia lógica y necesaria de la moralidad. Mientras más moralidad humana exista, tanto más inmoralidad tiene que haber. La una es causa de la otra.

Se dice: ¡no robar!—afirma—. Se dice: ¡no matar!... Pero si se introducen cosas que ocasionan dolor a la gente; si se acumulan bienes por los cuales la gente se pelea; si se produce un desconcierto entre la gente, de manera que no se les deja un momento de tranquilidad, y no obstante se exige que se atengan a aquellos mandamientos: ¿no se exige algo imposible?

Los príncipes de la antigüedad le atribuían toda ganancia al pueblo, y toda pérdida a ellos mismos... Si los gobernantes engañan diariamente: ¿cómo se puede esperar que los súbditos no engañen? Cuando la fuerza no es suficiente, hay que engañar; cuando el saber no es suficiente, hay que mentir; cuando la propiedad no es suficiente, hay que robar. ¿Quiénes, son, en realidad, responsables por la obra de los ladrones? (XXV-7).

La inmoralidad es, pues, un corolario inevitable de la pretendida civilización humana.

Si se fabrican almudes y baldes—dice Chuan Dsi—, para que la gente mida con ellos, se la instiga al mismo tiempo al robo. Si se emplean sellos y timbres para dar fe a los documentos, se instiga a la gente al mismo tiempo al robo. (X-3).

Por lo tanto, agrega,

mientras existan santos, no dejará de haber ladrones. (X-3).

Todos estos males se deben a la circunstancia de que los sentimientos humanos se desvían de su verdadera naturaleza. En vez de cobijarse en el sentido, el individuo cree poder actuar por su propia cuenta y edificar sistemas morales que pecan por su carácter finito, es decir, relativo y contradictorio.

No hay arma más peligrosa, que la voluntad—afirma Chuan Dsi—. La espada más afilada no se le iguala. No hay un ladrón más grande que la fuerza

de lo claro y lo turbio. Nada en el mundo se escapa a sus consecuencias. Pero no son estas fuerzas las que nos hacen robar. Es nuestro propio corazón el que nos convierte en ladrones. (XXIII-2).

Cuando el pueblo piensa demasiado en la ganancia—dice en otro pasaje—, ocurre que los hijos asesinen a sus padres, que la servidumbre asesine a sus príncipes, que se extraigan especies a mediodía. (XXIII-1.)

La ley fundamental que explica estas aberraciones de la naturaleza humana, es precisada por Chuan Dsi en los siguientes términos:

Considerado desde el punto de vista del sentido, no hay objeto que tenga valor o que no lo tenga; considerado desde el punto de vista de los objetos, cada cual se considera valioso y desprecia a los demás. (XVII-4).

Y en otra parte afirma:

Cuando los hombres disfrutan de un exceso de alegría, se fomenta exageradamente la fuerza de la claridad; cuando los hombres son excitados excesivamente, se exagera la fuerza de lo turbio. Un aumento de estas fuerzas produce una desviación del curso de las cuatro estaciones, un desequilibrio del calor y del frío.

De ahí que sea absolutamente inadecuado querer mejorar el mundo mediante la recompensa de lo bueno y el castigo de lo malo. El mundo es tan grande que no se puede influir en él por la recompensa y el castigo. (XI-1).

No hay posibilidad de mejorar al mundo mediante un perfeccionamiento de los mandamientos morales y de los valores creados por el hombre. Para que desaparezcan los males de que padece la humanidad, es preciso seguir el camino inverso.

¡Desprendeos de la santidad—exclama Chuan Dsi—, arrojad de vosotros el conocimiento, y los grandes ladrones se extirparán! ¡Arrojad las piedras preciosas, destruid las perlas, y los pequeños ladrones no se levantarán! ¡Quemad los sellos y destruid los espejos, y la gente será sencilla y honrada! ¡Destruid los almudes y quebrad los carruajes, y la gente no luchará más! Una vez que se extirpe toda la civilización de la tierra, la gente será razonable. (X-3). Debo repetir en este lugar que Chuan Dsi vivió hace 2.300 años.

Finalmente:

El amor al pueblo es el principio para dañar al pueblo. Tratar de terminar con la guerra mediante la realización de la justicia, eso significa colocar la raíz para nuevas guerras... Todo ideal realizado conduce al daño. (XXIV-2).

Frente al desorden ocasionado por la moralidad creada por el hombre, coloca Chuan Dsi el orden del sentido.

El cielo y la tierra tienen su eterno orden en sí—afirma—; el sol y la luna tienen su luz en sí, las estrellas tienen su orden en sí, los animales tienen su instinto de grey en sí, las plantas tienen su lugar de ser en sí. Si imitamos este

orden en nuestras acciones, podemos llegar a un fin. No se necesita el amor y el deber. (XIII-7).

El tao, como fuerza viva en el individuo, nos permite franquear, los precipicios a que nos conducen las pasiones desenfrenadas. El nos brinda la suprema libertad:

No es posible enjaular a un individuo—dice Chuan Dsi—, si no tiene apetitos debido a los cuales se le pueda haber. (XXIII-6).

El que posee el sentido, no puede ser arrastrado por el torbellino que ocasiona la civilización humana. Vive en este mundo, pero no le pertenece, Es bueno, pero sin ninguna intención.

Lo que yo llamo bueno—afirma Chuan Dsi—, no tiene nada que ver con la moralidad, sino que es la bondad del propio espíritu. Lo que yo llamo bueno no tiene nada que ver con el gusto, sino que consiste en permitirles su libre desarrollo a los sentimientos de la vida misma. Lo que yo llamo oír no tiene nada que ver con la percepción del mundo exterior, sino que es sencillamente una visión del propio interior. Lo que yo llamo ver no tiene nada que hacer con la contemplación del mundo exterior, sino que es una visión del propio ser. (VIII).

X.—LAS IDEAS POLÍTICAS

Las ideas de Chuan Dsi acerca de la ética son también fundamentales, como es de suponer, de antemano, para comprender sus ideas políticas.

En toda su filosofía nos encontramos con el concepto básico de que el malestar proviene de no imperar el sentido, la fuerza esencial del universo. El individuo puede elegir entre dos caminos: puede cobijarse en el sentido y convertirlo en fuerza viva, o puede lanzarse a la realización de sus quimeras personales. Tiene a este respecto libre albedrío. Si elige el segundo de estos caminos, no se hace culpable de algún pecado, como dirían nuestros santos occidentales, sino que penetra sencillamente en un infierno: en el infierno que le preparan sus razonamientos y sentimientos desenfrenados y faltos de control.

Es evidente que el Estado, como creación humana, está sometido en grado máximo a los peligros indicados.

Cada vez que se produce un gran desorden en el mundo—afirma Chuan Dsi—, la culpa la tiene la excesiva estimación de la razón. Desde el principio de la historia universal, está ocurriendo lo mismo: nadie se preocupa del pueblo humilde y trabajador, y todos se dedican a escuchar lo que dicen las cabezas intranquilas. Se menosprecia la vida sencilla que no pretende nada y se tiene estimación por las ideas brillantes. (X-3).

La consecuencia es un desorden cada vez mayor. Y eso a pesar de que los problemas políticos son infinitamente más sencillos que las demás cuestiones que preocupan al espíritu humano.

El gobierno del mundo en nada se distingue de cuidar los caballos—dice Chuan Dsi—: hay que alejar sencillamente lo que pueda dañar. (XXIV-3).

Lo esencial es esta idea es que el mundo peca, no por una falta de reglamentación, sino por un exceso de tentativas de establecer el orden, tentativas que están basadas en las mismas incongruencias e insuficiencia humanas que ya hemos llegado a conocer al tratar el sistema ético de Chuan Dsi.

El gran ejemplo del gobernante ideal lo ofrece, según nuestro filósofo, la antigüedad mitológica china. La acción de los antiguos príncipes —deja decir Chuan Dsi a Laudan (Laotse).

era de tal naturaleza que sus obras llenaban todo el mundo, sin que nadie se diera cuenta que provenían de ellos. Obsequiaban a todos los seres, pero nadie lo sabía. Su nombre no era nombrado, pero todos estaban contentos. Se apoyaban en lo inmensurable y se movían en el no-ser. (VII-4).

Y en otro pasaje:

Los verdaderos hombres de la antigüedad cumplían con su deber para con los prójimos, sin ligarse a ellos por la amistad. Para ellos, la ley era la esencia del Estado, las costumbres las consideraban como un medio que les facilitaba las relaciones, el saber lo reconocían como una exigencia del tiempo y la influencia espiritual les servía para atraerse a los hombres. . . Reconociendo el saber como una exigencia del tiempo, lo utilizaban para realizar su obra. (VI-1).

Esta cita es de especial importancia, porque nos demuestra que Chuan Dsi tiene una amplia comprensión por la cultura humana. El saber, la técnica, la ciencia, las leyes y costumbres, cuando actúan por sí solas, constituyen la causa de la decadencia, pero si forman parte del conjunto de movimientos basados en el sentido, desempeñan una función natural. Pero debemos guardarnos de atribuirles una importancia que no les corresponde.

Además, todos estos valores culturales desempeñan un papel absolutamente relativo. No hay cultura, en sí, pues lo único perfecto es la abstracción, lo que se independiza de los objetos, el no-ser-así.

Por más que Chuan Dsi reconozca, por lo tanto, el ejemplo de la antigüedad, se da cuenta de la imposibilidad de conseguir algún progreso en forma imitativa.

Para moverse en el agua, lo más conveniente es emplear un buque—, dice—. Para moverse en la tierra, lo más conveniente es utilizar un carruaje. . . La antigüedad y la época moderna están relacionadas entre sí como el agua y la

tierra. Las instituciones de la antigua dinastía de Chu y las del actual Estado de Lu están relacionadas entre sí como el buque y el carruaje. . . Las costumbres y las leyes de los diferentes príncipes de la antigüedad no son grandes por su concordancia, sino porque pusieron orden a las cosas. . . Las costumbres y las leyes tienen que acomodarse a los tiempos y deben, por lo tanto, variar. (XIV-4).

En segundo término, su relatividad proviene de ser insuficientes para solucionar o concebir siquiera los problemas que invaden al individuo desde el inmenso océano en que estamos colocados.

Giän Wu afirmó: Principio de Mediodía me dijo que cuando un príncipe ofrece un ejemplo vivo por su propia personalidad y gobierna a los hombres basándose en la justicia, nadie le denegará obediencia y tratará de perfeccionarse.

Dsiä Yü, el loco contestó: Ese es un engaño burdo y vulgar. Quien quiera mejorar el mundo por estos medios, se igualaría a un hombre que pretendiera cruzar a pie el océano o le quisiera cavar un lecho al Río Amarillo o pensara en cargarle un cerro a un mosquito. El orden del llamado: ¿es el orden de las cosas exteriores? (VII-2).

Como se ve, también el problema del Estado está íntimamente relacionado con el sentido. La sociedad humana y el Estado son para Chuan Dsi simples formas para realizar el curso del sentido.

Ser señor tiene su origen en la vida y se realiza por el cielo—afirma—; por eso es un misterio. Los antiguos eran señores de la tierra porque no actuaban y permitían que la vida del cielo siguiera su curso. (XII-1).

El estado ideal de Chuan Dsi tiene ciertos rasgos comunes con el Estado anarquista y comunista puro.

Donde impera la vida suprema en el mundo—dice—, no se considera a los merecidos como algo especial y no se selecciona a los talentosos. Los superiores se encuentran en su lugar tal como las ramas en el árbol, y la gente se encuentra en la campiña cual los venados. Son honrados y sinceros, sin darse cuenta que están cumpliendo su deber. Se aman mutuamente, sin darse cuenta que están practicando el amor. (XII-13).

Lo artificial de las creaciones humanas se convierte así en algo natural.

Yo sé que se debe dejar vivir y hacer al mundo—expresa—. No sé nada acerca de que se le debe ordenar. Dejarlo vivir, significa preocuparse de que el mundo no tergiverse su naturaleza; dejarlo hacer, significa preocuparse de que el mundo no se desvíe de su verdadera vida. (XI-1).

Como se ve, este dejar vivir y hacer no tiene nada que ver con nuestro *laissez-faire*. La vida es la realización del sentido, ese es el concepto fundamental de Chuan Dsi.

Permítele a tu alma que vague allende de la sensibilidad, concentra toda tu fuerza alrededor de la nada. Deja correr todas las cosas, y no tolera ideas propias; así el mundo estará en orden. (VII-3).

El verdadero llamado al gobierno es aquel que realiza en la forma más perfecta la idea del tao. Los gobernantes vulgares son los grandes destructores.

Puede que uno sea útil para sofocar un levantamiento—dice Chuan Dsi—; como consejero es una desgracia, como gobernante, un ladrón. (XII-5).

El verdadero gobernante es una llama, una fuerza viva que se realiza por el instinto natural que lo impulsa desde adentro. Vive por sobre el mundo, y por lo tanto, controla perfectamente su razón y sus sentimientos. No pretende nada para sí, pero tampoco trata de realizar nada en forma consciente.

Soy de opinión—afirma Chuan Dsi— que lo que recibimos o perdemos no es nuestro propio yo. . . . Además, no sabría siquiera si el honor con que se me distingue le corresponde a mi puesto o a mí. Si le corresponde a mi puesto, no tengo nada que ver con él, si me corresponde a mí, no tiene nada que ver con mi puesto. Los hombres de la antigüedad, cuanto más daban, tanto más poseían. (XXI-10).

El verdadero gobernante se caracteriza, pues por la «virtud, que se regala» de que nos habla Nietzsche.

XI.—INDUSTRIALISMO, EDUCACIÓN, ESTÉTICA

Podría continuar charlando durante horas sobre las ideas de Chuan Dsi. Pero el tiempo me apremia a poner término a esta conferencia, por lo cual me limitaré a agregar tres breves observaciones referentes al industrialismo, la educación y la estética.

En primer lugar, el industrialismo. Podría suponerse que hace 2,300 años no existía este problema. Sin embargo, nos equivocáramos. No existía, por supuesto, nuestra industria fabril mecanizada, pero se conocía perfectamente, y quizás con mayor claridad que ahora, el problema espiritual relacionado con la industrialización.

Chuan Dsi nos ofrece al respecto la parábola del pobre chacarero. Con gran dificultad y trabajo extrae el agua de un pozo rudimentario, empleando un cántaro de greda. Se le acerca un técnico y le explica la construcción de una noria, que le permitiría ahorrar trabajo y cultivar una superficie muy superior, pudiendo conseguir un mayor bienestar material. He aquí la contestación del chacarero:

Cuando una utiliza máquinas, realiza maquinalmente todos sus negocios; cuando uno realiza maquinalmente todos sus negocios, adquiere un corazón de máquina. Quien tiene un corazón de máquina en el pecho, pierde la inocencia pura. Quien pierde la inocencia pura, se vuelve incierto en las aspiraciones de su espíritu. El verdadero sentido no permite incertidumbre en las aspiraciones del espíritu. No es del caso de que no conozca estas cosas: tengo vergüenza de aplicarlas. (XII-11).

Y en el mismo capítulo se expresa sobre el problema un discípulo de Kung Dse (Confucio) de esta manera:

Yo había oído del maestro (de Kung Dse) que el sentido del verdadero santo consistía en realizar lo posible, en conseguir un máximo con un mínimo de esfuerzo. Ahora me doy cuenta que esto no es efectivo... Aquel (el chacare-ro) vive en medio del pueblo, y nadie sabe adonde se dirige. ¡Qué inmensa y verdadera es su perfección! El éxito, la ganancia y la técnica son cosas que no tienen cabida en el corazón de este hombre. Lo que no quiere hacer, no lo hace. Lo que no obedezca a su convicción, no lo realiza. (XII-11).

En segundo término, la educación. La filosofía de Chuan Dsi, que supone la existencia de una fuerza divina que se manifiesta a través de todas las cosas y que debemos convertir en una sensación personal mediante nuestro pensamiento, nuestros sentimientos y nuestra acción, esta filosofía me parece sintetizar en forma admirable las tendencias de las escuelas modernas de la educación. Chuan Dsi cree en las fuerzas que nosotros llamaríamos creadoras que hay dentro del niño. La educación no tiene por objeto someter al niño al lecho de Procrustes de normas rígidas y fijas, sino de desarrollar en grado máximo las fuerzas que se manifiestan en él. El maestro debe fomentar y cultivar estas fuerzas, sin cometer violencia. Si no se procede de acuerdo con este temperamento, el resultado de la educación será contraproducente. Al tigre no se le deben dar de comer animales vivos, para no despertar su rabia, dice Chuan Dsi.

Sin duda, los tigres son de una especie diferente de la humana, pero está en concordancia con su naturaleza que les tengan cariño a sus cuidadores. Si matan, la culpa la tienen aquellos que los excitan. (IV-3).

Finalmente, una breve observación sobre el arte. Después de las explicaciones del sistema de Chuan Dsi que os he dado, me puedo limitar a citar simplemente las ideas que nuestro filósofo pone en la boca de un artista:

Cuando inicié la obra, concentré en ella todas mis energías. Ayuné para que se tranquilizara mi corazón. Después de tres días ya no pensaba en la ganancia y el honor; después de cinco días no pensaba en obtener éxito o ser despreciado; después de siete días me había olvidado de mi cuerpo y sus miembros. Así

pude concretarme a mi arte. . . Debido a la perfecta concordancia que he logrado establecer entre mi naturaleza, y la del material, la gente cree que se trata de una obra divina. (XIX-10).

XII

No sé si he logrado exponeros con la debida claridad el sistema filosófico de Chuan Dsi. En su afán de avanzar hacia lo absoluto, tiene que romper los moldes humanos, y las palabras son insuficientes para hablar de asuntos que están más allá de los objetos.

No es posible entender su filosofía con los medios de la razón pura. Hay que vivir muchos años en sus ideas, para convertirlas en una fuerza viva del espíritu.

Quizás ninguno de los filósofos haya avanzado a límites tan remotos como los grandes maestros del taoísmo, cuyo expositor más brillante es Chuan Dsi. Tratando de abarcar lo infinito, establecieron los límites dentro de los cuales se puede mover el hombre con su razón, sus sentimientos y su voluntad. Conociendo estos límites, no se entregan al pesimismo, sino que afirman la razón de ser del individuo.

Ninguna escuela filosófica ha logrado reducir los eternos problemas humanos a una fórmula tan sencilla, pero a la vez tan profunda y amplia.

Tratad de encontrar sus limitaciones, sus puntos débiles, sus contradicciones: no las encontraréis.

Pero quizás lo más grande en el taoísmo es su perfecta armonía entre la razón y los sentimientos. El cristianismo no logró jamás establecer este equilibrio, y toda la civilización actual peca en su base por esta absoluta separación de aquellas dos categorías fundamentales de nuestro ser. Para el taoísmo, la unidad es perfecta.

Además, y debido a esta unidad, las metáforas que emplea para explicar los fenómenos que no son susceptibles de explicaciones racionales, son tan naturales, sencillas y eternamente humanas, que después de 2,300 años nos parecen absolutamente modernas. No hay en toda la obra de Laotse y Chuan Dsi alusión alguna a formas que se encuentran en contradicción ya sea con nuestra razón o con nuestros sentimientos.

Y lo más maravilloso es que nuestro juicio actual sobre la filosofía del taoísmo se encuentre expresado con toda claridad en la misma obra de Chuan Dsi que he comentado en esta conferencia. Oídlo:

El filósofo Gung Sung Lung interrogó al príncipe Mau de We y le dijo:—Desde mi juventud he aprendido las doctrinas de los antiguos reyes; desde que soy adulto, sé en qué consisten las virtudes de la bondad y del amor; conozco la concordancia y la diferencia de los objetos; puedo separar los conceptos de los objetos; el ser-así y el no-ser-así, la posibilidad y la no-posibilidad, toda la sabiduría de las diferentes escuelas las he aprendido con gran diligencia, y domino todas sus sabias sentencias, de manera que me asiste el derecho de declarar de mi persona que ha ascendido al último escalón de la sabiduría. Pero ahora acabo de oír algunas palabras de Chuan Dsi que me han dejado estupefactas. No sé si no entiende darles a sus pensamientos la expresión adecuada o si mi conocimiento no es suficiente para entenderlo. Me faltan las palabras, y le ruego se sirva ilustrarme.

El príncipe Mau se apoyó sobre su mesa, respiró profundamente, elevó la mirada al cielo y dijo sonriente:—No conocéis la historia del sapo en el viejo pozo, que en una ocasión se dirigió con las siguientes palabras a la tortuga del Mar de Oriente: —¡Qué inmensa es mi alegría! Puedo saltar sobre el canto del pozo. Cuando deseo sumergirme, puedo descansar en los pedazos de ladrillo quebrados que hay en la muralla. Me sumerjo en el agua, contraigo las patas, mantengo tieso el pescuezo, y me muevo en el lodo. Así puedo sumergirme hasta que mis patas y dedos estén completamente cubiertos. Cuando observo lo que existe alrededor de mí, me doy cuenta de que todos los crustáceos, camarones y renacuajos ninguno se iguala a mí en cuanto a destreza. Poder disponer de esta manera del agua de todo un hoyo: y disfrutar de las delicias del viejo pozo: esta es la suprema felicidad. ¿No queréis acercaros de vez en cuando para observarlo? Pero cuando la tortuga del Mar de Oriente todavía no había colocado su pata izquierda en el agua, ya no podía mover la derecha. En seguida se retiró con precaución y le contó del mar que comprende más de mil millas y que tiene una profundidad de más de mil varas. Cuando en tiempo del emperador Yü hubo una abundancia de lluvias durante nueve años entre diez, no subió el nivel del mar; y cuando en tiempo del emperador Tang hubo una sequía de siete años, entre ocho, no se retiró de sus orillas. Ninguna influencia exterior, ya fuere de corta o larga duración, pequeña o grande, producía la menor modificación: en eso consistía la alegría del Mar de Oriente.

Cuando el sapo del viejo pozo oyó esto, se asustó, sobre manera, y, sorprendido, casi perdió la conciencia.

Ahora vuestra sabiduría no alcanza siquiera a conocer el límite entre la afirmación y la negación, y pretendéis formaros una opinión sobre las palabras de Chuan Dsi. . . . Aquel maestro a veces se encuentra abajo en las profundidades del submundo, y a veces se eleva a las mayores alturas del cielo. No reconoce el Sur ni el Norte; se mueve libremente en todas las direcciones y baja a profundidades inmensurables. . . . Seguid nuestro camino. . . . Si no os vais ahora, me temo que podréis perder vuestras antiguas nociones y vuestra profesión.

Gung Sung Lung se quedó con la boca abierta, no le era posible cerrarla; la lengua se le quedó pegada en el paladar. Así se alejó corriendo. (XVII-9).

Pero antes de separarnos, permitidme que termine esta conferencia con una nota más alegre.

Se aproximaba la última hora de Chuan Dsi. Sus discípulos querían ofrecerle unos magníficos funerales.

Chuan Dsi les dijo:—El cielo y la tierra serán mi ataúd, el sol y la luna me servirán de lámparas, las estrellas serán mis perlas, los astros mis piedras preciosas, y, toda la creación me acompañará al cementerio. Mis funerales serán, pues, excesivamente magníficos. ¿Qué queréis agregarles?

Los discípulos le contestaron:—Nos tememos que los jotes se puedan devorar al maestro.

Chuan Dsi les replicó:—Si no me entierran, les serviré de alimento, a los jotes; si me entierran, a los gusanos y las hormigas. Quitárselo a los unos para dárselos a los otros: ¿por qué proceder con tanta parcialidad? (XXVII-20).
—CARLOS KELLER R.

INICIACION DE LA NOVELISTICA ECUATORIANA

LA novelística ecuatoriana ha entrado ya en un franco período inicial. Culminada su prehistoria, cabe significar que acaba de nacer y que comienza su historia. Vencida su gestación, que ha sido lenta, prolongada y difícil, aparece sobre la tercera década de este siglo, amenazante de fuerte potencialidad. No viene cargada de tradición; no viene onusta de pasado. Relativamente su pasado es ayer y su tradición es nula. Carece de normas nacionales que respetar, de orientaciones en que perseverar y aun, por felicidad de laureles que reverdecer. Falta de modelos y de maestros paisanos, la novelística ecuatoriana está capacitada para encontrarse a sí misma y exhaustar sus propias posibilidades.

Venturosa, pues que amanece.

Se ha saludado jubilosamente el alborear de nuestra novelística autóctona. El vuelo que toma en su etapa primeriza, ha arrancado palmas cordiales. Y se ha exagerado la confianza no en esperar de ella, que todo y grande ha de esperarse; sino en esperarlo para demasiado pronto, en creerla madura y a vísperas de producir frutos opimos.

Sabroso frutos ha dado ya, por supuesto; mejores dará, a poco. Pero la recogida próxima no se anuncia abundosa. Y es lógico que así suceda.

Lo contrario sería lo extraordinario. Y la obra literaria, sobre toda la colectiva, no es precisamente, por mucho que algún iluso se lo imagine, el dominio de lo inusitado. Antes bien, es cuestión laboriosa, complicada, de diaria superación, en la cual la paciencia colinda muchas veces con la genialidad.

La apreciación errónea, comprensible entre nosotros, fíncase en una inconsciente generalización.

Acá, en nuestra tierra, se ve crecer la hierba. Todo es grandioso y violento. Tras silenciosos temerosos, los volcanes transmutan los escenarios conocidos y le ofrecen al hombre amedrentado un escenario distinto. Las aguas, venidas cumbre abajo, devo-

ran a las rocas, esos llamados testigos mudos de los orígenes. Los ríos de la llanada hacen rápidos movimientos de serpiente sobre los campos angustiados. El árbol niño, a vuelta de breves años se iergue como un «skycraper» vegetal y gozando todavía de su infantilidad monstruosa, juguetea con los altos cielos, limpiándolos de nubes con sus plumeros de hojas.

Las gentes de estas comarcas del trópico se han hartado de contemplar fenómenos semejantes. Acostumbradas a ver lo teratológico en la naturaleza, no se asombrarían de verlo fuera de ella.

En la evolución de la literatura, por ejemplo.

Pero acaece que la obra literaria no es terreno para cataclismos.

En cuanto a influirla, puede en efecto el medio tinturarla, darla un sentido de primigenia realidad ambiente, distinguirla y hasta, si se quiere, nacionalizarla. En cuanto a adelantar su evolución, alterar el ritmo de su desenvolvimiento, son otros los factores que operan antes que el geográfico. (Y los casos aislados de excepción, escritores que perteneciendo a un grupo humano retardado, produjeron obras maestras, el René Marán de «Batala» v. gr., no cuentan. Hay que tener presente que se trata de la obra literaria colectiva y no de la individual).

Hasta ahora no hay memoria de pueblo alguno que se haya improvisado una literatura, ni siquiera el ruso. La novela rusa, singularizando el objeto de este artículo, es sin duda, la que ha alcanzado en la actualidad mayor grado evolutivo, al extremo de que algunas de sus unidades son cantos epopéyicos que no paldecen comparados con los clásicos poemas antiguos. Mas, la novela rusa tiene una tradición, si bien corta ya que solo va de Puschkin a los «narodniki» y de los «narodniki» a los escritores comunistas, pero que pasa por meridianos como Tolstoy y Dostowiesky. Una tradición trabajada a martillazos y auténticamente vivificada con sangre. Una tradición que lleva en su seno las agrias huellas de martirios dantescos, de dolores horribles, de explotaciones seculares, de encarcelamientos perpetuos, de sacrificios y de muerte. Aparte de que la novelística, como toda la literatura de la Rusia Roja, está insuflada por los ideales nuevos verificados allá, que la prestan un contenido el cual se nota a faltar en otras literaturas, por avanzadas que sean, y las mismas que no podrán tenerlo mientras no rijan en sus países respectivos las circunstancias rusas y no esté como en Rusia acondicionada la existencia humana. Peor en el Ecuador donde sólo cabe a la sazón, por circunstancias que obvian, una literatura de denuncia y de protesta.

El ritmo de nuestra novelística, siquiera durante un quinque-

no será un ritmo lento. Esto no debe descorazonar a nadie. El proceso evolutivo literario se hace por el sistema del movimiento uniformemente acelerado. Y está actuando ya el impulso generador. Con los otros factores, cooperará el tiempo.

Por lo pronto, andamos escasos de novelistas. Estos son en número tan reducido que podemos decir sin decir absurdos que en Ecuador se han hecho ya novelas, pero todavía no hay novelistas. Insistir sobre el por qué de esta afirmación, sería extraviar el propósito.

Ecuador tiene cuentistas, algunos de subida valía: Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, de Guayaquil; Pablo Palacio, residiendo en Quito; Manuel Muñoz Cueva, César Andrade Cordero, Alfonso Cuesta y Cuesta de Cuenca. A. F. Rojas, M. Alejandro Carrión, Juan Cueva, de Loja. Otros más.

El lector ecuatoriano corriente, mira en estos nombres los de los futuros novelistas. Piensa que quien hace un buen cuento, hará una buena novela. Acaso piense también que ocurre lo contrario: que quien hace una buena novela, hará un buen cuento. Le resulta una ficción de amplitud: el cuento una novela chica, la novela, un cuento grande.

Claro que yerra. El cuento es un género substantivo: la novela es otro género substantivo. El primero no es antesala necesaria de la segunda; ni escribiendo cuentos se prepara uno a escribir novelas. Mucho menos al revés.

Aun cuando parezca una verdad del señor de La Palisse, escribiendo cuentos sólo se aprende a escribir cuentos. Y lo propio con la novela.

Si el error es por ficción de amplitud, también es por ficción de tiempo.

El cuento, tal como ahora lo conocemos, agitando temas humanos, exhibiendo documentos humanos, pero inmediatamente humanos, de cada rato, de todos los días, vulgares, modestos, humildes y agitándoles y exhibiéndoles en lo somero de cortas páginas, es reciente. Este cuento es un estado literario nuevo, que proclamó su independencia apenas en el siglo XIX. Vivió antes, estado tributario, confundido entre el apólogo, la leyenda, la conseja, los «fabliaux» a la sombra protectora de la narrativa general, que aun pugnaba por no librar del cordón umbilical a la novela misma.

La substantividad del cuento, es, pues, demasiado fresca. Y es acá en América donde acaso ha encontrado un mejor y más propicio campo para desarrollarse.

El error deviene explicable.

Ecuador debe esperar a sus novelistas, pero no debe esperarlos precisa y necesariamente entre sus cuentistas. Esto no incide a la excepción, o sea a la eventualidad probable de un cuentista que volque hacia la novela y la trabaje y cultive con éxito. La regla, es, sin embargo, todo lo general que cumple a una regla.

Yo desconfío de las novelas que escriben quienes, durante su vida literaria, han hecho tan solo cuentos. Por lo menos, de sus primeras novelas.

La factura del cuento urge un singular sentido de síntesis, de concreción, de resumen, que el escritor va adquiriendo a medida de sus obras sucesivas y que una vez adquirido tórnase en él carne de naturaleza y no se decide a abandonarlo, creándole como una personalidad nueva.

La factura de la novela requiere, en cambio, un cierto sentido de latitud, de anchura, de explayamiento, que resulta muy difícil de obtener para quien se acostumbró a desenvolverse dentro de las medidas, no exactas, pero sí estrechas del cuento.

El cuento se hace primordialmente, en profundidad, y luego en superficie; la novela se hace capitalmente en superficie y después en profundidad.

La novela narra y estudia; el cuento estudia y narra.

La novela no contiene fatalmente el cuento; el cuento contiene germinalmente la novela.

El cuento, no será jamás capítulo de novela, la novela puede ser potenciación del cuento. Puede ser.

Ocurriendo tal, la novela que escriba un cuentista de cuño fuerte (y aquí sí dejo margen para las floraciones esporádicas), corre peligro de resultar hato de cuentos unidos, más que por la comunidad de personajes y la armonía continuada de los momentos, por el consabido hilo del encuadernador. Cuadros de un mismo pintor expuestos en un mismo salón, no serán un solo cuadro grande. Partituras de un mismo maestro, tocadas una a continuación de otras, no formarán una ópera plena, se individualizarán, se distinguirán, revolucionarán dentro del todo que los reúne y que pretende de compacto. Exarcebando la comparación, harán cada uno como un romance en el Romancero, que es sarta de muchas perlas, pero no perla de único oriente.


Por lo dicho, yo no veo en el cuentista ecuatoriano nacer el novelista, si bien no niego, que por arte de cualidades ingenuas o logradas, un buen cuentista sea a la par un buen novelista. Casos habrá.

Pero el novelista ecuatoriano, el gran novelista ecuatoriano probable, surgirá, pronto o luego, cuando venga oportuno, cuando su ocasión sea llegada por preparado el medio literario, por

apto el medio literario, y surgirá escribiendo novelas. No será indispensablemente cuentista previo. Mas aun, acaso su primera novela, su novela sin pasado, sea la mejor. Hay que recordar que «las pobres gentes» es la novela de los 23 años inéditos del genial epiléptico, la que hizo ver en él un Gogol resurrecto.—J O S É D E L A C U A D R A.

DOCTRINA DE MONROE Y COOPERACION INTERNACIONAL

UN COMENTARIO A LA OBRA DE CAMILO BARCIA TRELLES

 A bibliografía internacional sobre la Doctrina Monroe no puede ser más extensa y variada. A todo un capítulo de la historia da asunto esta doctrina cuya interpretación, por parte de los internacionalistas, continúa siendo muy discutida.

A pesar de la variedad de comentarios, los estudios de conjunto de la Doctrina Monroe, que a cosas y hechos de América dicen especial relación, habían de buscarse anteriormente, por desgracia, o bien en autores norteamericanos que escribieron para defenderla o en europeos y aun sudamericanos que ante el giro de los acontecimientos tuvieron un solo interés: combatirla.

Tarea difícil era encontrar un espíritu desapasionado que investigase en sus orígenes y relacionase esta doctrina con la marcha natural de Norte América. Las interpretaciones eran unilaterales o con relación a un hecho aislado que ocupaba la atención del momento; meditadas todas con espíritu crítico, pero ayunas de sosiego partidista.

Es cierto que algunos autores, europeos en su mayoría, fijaron su atención en el Mensaje del Presidente Monroe con propósitos históricos; mas estoy por creer que no lo lograron, o si alcanzaron a realizar este propósito, la realidad es que a pocas personas han convencido.

Obra de estimado valor por la personalidad del autor y la fuente misma de sus informaciones, acaba de ser escrita por el catedrático de la Universidad de Valladolid y profesor de Derecho Internacional de La Haya, señor Camilo Barcia Trelles.

Quienes se interesen por el conocimiento de los antecedentes históricos de la Doctrina Monroe tendrán en ella eficaz ayuda y, además, podrán observar cómo los intereses transforman en muchas ocasiones la realidad de los hechos, deformándolos. Barcia Trelles al hacer la reindivificación histórica de la originalidad de esta doctrina, da una sorpresa: Monroe no es seguramente su autor.

Sus probadas conclusiones son reveladoras y convincentes. Aquello de «América para los americanos» no nace de Estados Unidos, ni es por cierto un deseo de independencia continental. Barcia investiga su origen en España misma, en los albores de la vida americana, y para él son españoles los que por vez primera sustentan la original concepción de la inviolabilidad de América.

Allí está demostrado que los fundamentos de Monroe se basan en hechos anteriores a él y, por tanto, que su doctrina no es una invención genial.

En un arranque de verosimilitud histórica Barcia dice: «Monroe ha recogido la iniciativa de origen hispánico y patentó la invención con nombre americano».

La teoría hispánica de la inviolabilidad de América que crease Francisco Vitoria, un humilde fraile, era aún más generosa. Vitoria escribía en el siglo XVI: «América ni por ocupación, ni por conquista, ni por tratados puede ser adquirida por España»; y Monroe, en cambio, tres siglos después decía solamente: «América no puede ser adquirida por Europa». Olvidó—dice Barcia—una agregación que lo habría honrado: ni tampoco por Estados Unidos.

Con amenidad va relatando en su obra cómo esta iniciativa de origen español va infiltrándose en los espíritus a través de los siglos con repercusiones internacionales que aun hoy preocupan. En breves frases traza la historia: a sus influjos Carlos V en el año 1519 dicta la ley que declara inalienable a América para sí y sus sucesores, en términos que da por nula cualquier donación o venta que él y sus descendientes hagan; predomina en el Tratado de Madrid de 1750 cuando se discute con Portugal las fronteras de la España transatlántica, al expresarse en su artículo 21 que si entre los reinos contratantes estallase la guerra, «se mantendría en paz los vasallos de ambos establecidos en toda la América Meridional, viviendo unos y otros como si no hubiese tal guerra entre los soberanos»; e inspiran más tarde, a los precursores americanos de Monroe: Jefferson y Washington, y al principal de todos, sin duda autor del famoso

mensaje leído al Congreso por el Presidente Monroe, el 3 de Diciembre de 1823, John Quincy Adams.

De ello se deduce que la única originalidad de la Doctrina Monroe consiste precisamente en torcer en esta época el espíritu de la antigua tendencia hispánica de inviolabilidad americana, generosamente impulsada por España; transformar el principio fundamental de su existencia y asentar doctrinariamente una mezcla heterogénea de principios sostenidos anteriormente por Washington y Jefferson, cuya crítica hace Barcia, serena, pero implacablemente, en los cuales se encuentra la nota predominante del aislamiento norteamericano.

Nacen estas ideas en el llamado «Mensaje de Adiós» del Presidente Washington, se acentúan en la política de los dos meridianos de Jefferson y tienden a perpetuarse en la tendencia fría y lógica y calculada de John Quincy Adams, quien impasible deja bautizarla con nombre ajeno. Allí nacen las raíces del hermetismo yanqui; allí su inconfundible deseo de aislamiento que hizo decir a Jefferson que los norteamericanos debían seguir la política asiática de desconocimiento del resto del mundo, y cuya trascendencia no es ajena ni a la crisis económica del presente, ni al enconado espíritu de protección comercial de las barreras aduaneras.

Preconizado el aislamiento en sentido político primeramente, avanza hoy hacia el campo económico que otrora fuese deliberadamente no incluido.

Quizás si no es éste el mayor mérito de la obra de Barcia Trelles y su fondo de más actualidad esté en la investigación sobre cooperación internacional que hace una vez establecido ya que la Doctrina Monroe no es original de su autor.

Barcia analiza sus efectos en la independencia de los países sudamericanos y hace pensar en lo infundado del convencimiento de algunos espíritus que aun creen, en nuestros días, que a ella se debe exclusivamente nuestra liberación política. Se encarga de decir al mundo en frases cortantes qué falso concepto de la realidad es éste, en términos que podría asegurarse que con Doctrina Monroe o sin ella los países sudamericanos siempre serían independientes en la actualidad.

A Inglaterra es a quien debemos la independencia. Su negativa a acoger la política «legitimista» de la Santa Alianza y más que nada su decidida acción contra ella, impidió que en la pasada centuria los ejércitos europeos trataran de asentar el absolutismo en Sud America, cuyo representante en España era, en esa época, merced a Francia, Fernando VII.

Que no escapó a los gobernantes sudamericanos de aquella época el reconocimiento de la acción decidida de Inglaterra en pro de estos propósitos, ya lo dijo Bolívar cuando pretendió organizar el Congreso de Panamá y especialmente al fallecimiento del Ministro de Relaciones Exteriores inglés, Canning.

Y es de este análisis que brota la conclusión inmediata del fracaso de las tendencias de cooperación internacional que se han tentado.

Por lo que a América respecta, la mayoría de los países al sur de Panamá, y también México, creyeron buenamente a la fecha de la Declaración de Monroe, que ella era una expresión de cooperación decidida y alta. La sorpresa amarga de estos países está expresada por boca del Presidente de México, Guadalupe Victoria, dos años más tarde de que Monroe leyese su Mensaje en el Congreso norteamericano, y palpada con posterioridad por todos aquellos países que intentaron formar diálogos de fraternidad con la Unión. Se diría que cien años de repetir en todos los tonos los conceptos del «Mensaje de Adiós» o la teoría de los dos meridianos de Jefferson borraron de la mente de sus gobiernos todo espíritu de interdependencia y solidaridad.

La obra de Barcia Trelles sigue, paso a paso, todas las alternativas de la política internacional en lo que se relaciona con el proyecto de Wilson sobre la Liga de las Naciones, orígenes del Pacto Kellog y desarrollo de las diversas conferencias panamericanas que se han verificado en los últimos años, puntualizando las diversas interpretaciones que de esta Doctrina se han hecho. Cada una de ellas, justo es anotar, difiere grandemente según el país que las interpreta, siendo causa de la impotencia continental sudamericana para constituir una unidad compacta y decidida.

Las conclusiones a que Barcia arriba en lo que a esta cooperación se refiere, son bastante desoladoras. Según él, el llamado «mal de América» no es propiamente el intervencionismo, sino más bien la falta de solidaridad entre los países que componen su parte sur, que jamás han comprendido los graves perjuicios que se ocasionan mutuamente con sus frecuentes disidencias.

Se dirá, sin embargo, que si ellas existen es por culpa de la interpretación personalista que Estados Unidos ha hecho de esta Doctrina, pero no es menos cierto que ellas sólo pueden encontrar ambiente con la complicidad de algunos de los países a quienes interesaría comúnmente evitarlas.

La asfixia de la libertad de América está, pues, en que no se ha podido aún quebrantar las ligaduras del egoísmo, y en la Doctrina Monroe que ha separado a América del mundo y a la parte

norte del extremo sur, del continente. Son por tanto antitéticas las expresiones Doctrina Monroe y solidaridad internacional y Doctrina Monroe y solidaridad americana.

En otros términos, y como una conclusión a las observaciones que a esta obra hemos formulado, la doctrina que se crease para oponerse a una amenaza de intervención, se ha transformado en justificativo de intervenciones consumadas.

Bien dice Barcia al plantearse esta situación: «No puede darse una más clara inversión de los términos de un problema».—

L U I S H E R R E R A R E Y E S .

NOTAS Y DOCUMENTOS

MEMORIA DE LA ADMINISTRACION GENERAL CORRESPONDIENTE AL AÑO 1932.

SEÑORES SOCIOS:

Dando cumplimiento a lo dispuesto en el N.º 3 del Artículo 16 del Estatuto Orgánico de la Universidad, el Directorio somete a vuestra consideración, la labor que el Instituto ha desarrollado durante el año 1932. Lo que se ha hecho en catorce años lo sabéis bien: luchando con renovada fe en que los espíritus generosamente dispuestos habrían de ofrecer su simpatía y su cooperación a una obra cultural de magnitud considerable, la iniciativa particular ha creado en Concepción, esta Universidad que honra y da mayor importancia a la ciudad y a la región y que colabora de manera muy eficaz a la obra educativa del Gobierno, estimada en la carta fundamental del país como «atención preferente del estado». En la memoria que el Cuerpo Directivo del Establecimiento os presentó el año último se muestra ampliamente la vida del Instituto, su plan de edificación, su organización interna, sus adquisiciones de todo orden y sus expectativas de porvenir.

Se os decía que «las vicisitudes políticas y la crisis económica mundial, repercutiendo en sus fuentes de entrada, la había obligado a aplazar la realización de vastos proyectos y a aninorar el impulso de su desarrollo». En efecto, la Lotería, ideada por la Universidad para su mantenimiento, autorizada por el Gobierno y transformada más tarde en Lotería de Beneficencia Pública y de cuyas utilidades, como es justo, ha participado preferentemente el establecimiento que la organizó y le ha dado prestigio, se resintió en tal forma con la depresión económica del país, que hubo necesidad de reducir los emisiones de treinta y cinco mil a veinte mil boletos. De este modo el presupuesto de 1932 fué de \$ 2.896,737.41, que representa menos de la mitad del que se consultó para 1931. No obstante tal reducción, ninguno de los servicios universitarios ha sido menoscabado: se les ha podido atender a todos, gracias al espíritu de economía que ha animado al Directorio y a los Jefes de las Reparticiones. Aun más: el Instituto ha continuado completándose y afianzando sus logros, como lo iréis comprobando a lo largo de esta memoria.

NUEVA LEY DE LOTERÍA

La disminución en la venta de los boletos de la Lotería y la consideración de que si esta merma se acentuaba podía afectar seriamente a la Universidad hasta el punto de obligar a sus organismos directivos a clausurar escuelas o suprimir cursos, llevó al Directorio a reflexionar que la ley 4885, de 6 de Septiembre de 1930, que estableció un nuevo reparto de las utilidades de la Lotería, no aseguraba la existencia integral del Instituto Universitario, por cuanto el porcentaje que en ese documento se le fijaba era ya insuficiente para formar el presupuesto de la Institución, sin hacer reducciones que la perjudicaran en su estructura. Fué así como surgió la idea de obtener una modificación de dicha ley en el sentido de lograr que del producido anual de la Lotería se destinara a la Universidad una cuota inicial equivalente a su presupuesto de 1932; con lo que se pondría a la Institución a cubierto del riesgo de que el 50% de las utilidades que la ley sobredicha asignaba al establecimiento, no bastara ni aun para formar un presupuesto tan castigado como el del año último. El Decreto-Ley de 27 de Julio, actualmente en vigor, establece, consultando esta legítima aspiración del Directorio:

«Se deducirán en primer término dos millones novecientos mil pesos para la Universidad de Concepción con el objeto de servir su presupuesto ordinario anual.»

NUEVAS CONSTRUCCIONES

Autorizada la Universidad por este mismo Decreto-Ley para invertir

de su capital de reserva hasta la suma de cinco millones de pesos con el exclusivo fin de continuar su plan de edificación, el Directorio ha estudiado cuáles de los pabellones consultados en el plano de la ciudad universitaria que en 1931 se encomendó al competente urbanista. Dr. Carlos Brunner, eran de necesidad más imperiosa para la Institución. Hubo acuerdo para dar la preferencia a la construcción del Instituto de Biología. Al efecto se pidieron los planos completos de este edificio a los señores Ramón y Guillermo Infante y se abrieron las propuestas respectivas a fines del año a que se refiere esta memoria. La obra la ejecutarán los señores Juan Villa y Ramón del Castillo por la suma de un millón ciento setenta y seis mil pesos.

Además, el 17 de Agosto se acordó construir el Estadio y llamar a concurso para los planos del Instituto de Matemáticas y Física. Se ha representado asimismo en el Directorio la urgencia de edificar cuanto antes la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, que actualmente funciona en el local del Liceo de Hombres.

ESCUELAS Y FACULTADES

En 1932 la Universidad de Concepción ha mantenido sus Escuelas de Educación, Medicina, Farmacia, Ciencias Jurídicas y Sociales, Química Industrial y Dentística.

Las Facultades con que cuenta son también las mismas a que la memoria anterior había hecho referencia:

Facultad de Filosofía y Educación,

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales,

Facultad de Medicina,

Facultad de Farmacia,

Facultad de Odontología y

Facultad de Matemáticas y Tecnología.

RENOVACIÓN DEL DIRECTORIO Y ELECCIÓN DE PRESIDENTE.

De conformidad con los estatutos, en Abril de 1932 se convocó a Asamblea General de Socios para proceder a la elección de un nuevo Directorio por el período de 1932 a 1935. Fueron elegidos Directores de la Universidad los siguientes miembros de la Corporación:

Enrique Molina,

Abraham Melo,

Domingo Izquierdo,

Aurelio Lamas,

Gregorio Larenas,

Guillermo Grant,

Lisandro Espinosa,

Ricardo Neuenborn,

Samuel Zenteno,

Alberto Coddou,

Luis Urrutia,

Enrique González,

Alcibíades Santa Cruz,

Julio Parada,

Néstor Bahamonde,

Serapio Carrasco,

Esteban Iturra.

Posteriormente, el 25 de Mayo, por renuncia del señor Samuel Zenteno fué designado en su reemplazo el Dr. Ernesto Fischer Klein.

Al constituirse la Corporación reeligió Vicepresidente a don Julio Parada B.

Para el 1.º de Mayo se convocó al Claustro Pleno a fin de proceder a la designación de Presidente, de acuerdo con lo que se establece en los Estatutos. La votación respectiva dió como resultado la reelección de don Enrique Molina por el período de 1932 a 1938.

SECRETARÍA GENERAL

El movimiento habido en la Secretaría General durante el año 1932 es el que a continuación se expresa:

Correspondencia: Se recibieron mil doscientas quince comunicaciones y se despacharon setecientos noventa y ocho. Además se enviaron prospectos y pliegos con datos sobre matrícula a gran número de interesados.

Decretos de pago: Se tramitaron mil setecientos ochenta y seis decretos de pago, correspondientes a las órdenes giradas por las distintas reparticiones universitarias en la forma que a continuación se indica:

Secretaría General	543
Escuela de Medicina.	372
Tesorería General.	326
Instituto Odontológico.	152
Escuela de Farmacia.	150
Escuela de Ing. Química Ind.	98
Escuela de Educación.	74
Instituto de Fisiología.	71
Escuela de Ciencias Jurídicas.	43

lo que da un total de mil ochocientas veintinueve peticiones.

Matrícula: En el año a que se refiere la memoria se puso en práctica una nueva forma de efectuar la matrícula, que permite a la Secretaría tener en cualquier momento todos

los datos relacionados con los alumnos, entre ellos el número de matriculados en cada Facultad. El interesado debe llenar un formulario que después de pasar por Tesorería a fin de que se indique en esta repartición que se han pagado los derechos de matrícula, vuelve a la Secretaría para ser archivado. Además el alumno llena una cédula de matrícula personal que también es visada por la Tesorería. Con esta cédula se hace la matrícula especial en la Escuela y ella le permite al estudiante acreditar su calidad de tal y disfrutar de las franquicias que se le conceden como alumno universitario en los teatros y en los tranvías, con lo cual, para estos efectos, se exime de comprar carnet en la Federación de Estudiantes.

El número de matriculados en el primer semestre fué de setecientos catorce alumnos, correspondiendo a cada Escuela la siguiente cuota:

Escuela de Ciencias Jurídicas.	139
Escuela de Educación.	93
Escuela de Farmacia.	87
Escuela de Ing. Química e Ins. Matemática.	103
Instituto Odontológico.	123
Escuela de Medicina.	169

Durante el mes de Agosto la matrícula aumentó considerablemente con la venida de gran número de alumnos de las diferentes Escuelas universitarias de Santiago que pidieron su traslado a esta Universidad. Así el número de matriculados alcanzó a setecientos noventa y ocho. Como en 1931 se matricularon seiscientos cuarenta y seis, hubo en 1932, ciento cincuenta y dos estudiantes más que en el año anterior.

Becas: Oportunamente fueron estudiadas las ciento cuarenta y siete solicitudes de becas y las ciento diez y ocho solicitudes de exención del pago de derecho de matrícula que se presentaron en 1932. Se concedieron noventa y ocho becas y veinticinco medias becas. Se otorgaron, además, trece becas para cumplir el acuerdo del Directorio de premiar al mejor alumno de cada uno de los Liceos completos comprendidos en la región de Talca al sur de Chile y se eximió del pago de los derechos de matrícula correspondiente al primer semestre a dos alumnos, y del pago total de los mismos derechos a doce estudiantes. En el segundo semestre se eximió del pago de los derechos de matrícula a ochenta y un alumnos; y de la mitad de este pago a trece. A continuación se presenta un cuadro completo de las becas y exenciones indicadas:

		<u>Totales</u>
Becas vigentes.	76	
Becas concedidas en 1932.	98	174
	—	
Medias Becas vigentes.	3	
Medias Becas concedidas en 1932.	25	28
	—	
Becas especiales en favor de los damnificados por el terremoto de Talca.		9
Becas concedidas al me- jor alumno de cada Li- ceo de Talca al Sur.		13
Exención de pago de los derechos de matrícula por el año 1932.		12
Exención de pago de los derechos de matrícula		

del primer semestre.	2
Exención de pago de los derechos de matrícula del segundo semestre.	81
Exención de pago del 50% de los derechos de matrícula del segundo semestre.	13

LOS NUEVOS ESTATUTOS

El 10 de Marzo se convocó a los socios para que la Asamblea se pronunciara acerca del proyecto de Nuevos Estatutos presentado por el Directorio. Obtenida su aprobación se continuaron los trámites de rigor hasta ponerlos en vigencia.

DÍA DE LA UNIVERSIDAD

El 11 de Abril se celebró, como en años anteriores, el día de la Universidad. A esta solemnidad asistieron especialmente invitados las autoridades de la Provincia, los Organismos Directivos de la Institución y el personal universitario. Siguiendo la norma que ya se ha hecho tradicional se otorgó en tal ocasión el premio «Arturo L. de Ambrosy» correspondiente a 1931 y que recayó en los alumnos que a continuación se indican:

Facultad de Ciencias Jurídicas:
Señor Carlos Bernal B.

Facultad de Filosofía y Educación: Señorita Olga Suazo F.

Srta. Marta Méndez G.

Srta. Clara Cerna M.

Facultad de Medicina: Señor Oscar Gazmuri O.

Facultad de Odontología: Señor Agustín Troncoso T.

EXTENSIÓN CULTURAL.

A) Revista *Atenea*.—De la revista «Atenea» aparecieron doce números en 1932. En ellos se ha trabajado por darle un carácter nacional y americanista cada vez más acentuado, de modo que reflejen los problemas artísticos y de todo orden que mayormente interesan e inquietan al país y a sus hermanos de raza y de lengua. Casi a riesgo de parecer inmodestos recogemos la opinión de que *Atenea* es una de las mejores revistas del Continente y de que su publicación debe anotarse como uno de los mejores títulos de orgullo de la Universidad.

B) *Extensión Universitaria*.— Se dictaron las siguientes conferencias de extensión universitaria:

Señor Nicanor Allende: «El Problema Monetario».

Dr. Carlos Brunner: «El Espíritu del Arte Urbano Gótico y del Renacimiento».

Don Clemente Díaz León: «Lo que es un Diario».

Dr. Ernesto Herzog: «Curso Anatómico Patológico» (Ciclo de conferencias).

Don Enrique Molina: «Anotaciones sobre la personalidad de Goethe y su ideal de perfeccionamiento».

Dr. Alcibíades Santa Cruz: «Importancia económica de las plantas chilenas».

Señor Evans Weasson: «El Yodo y su estanco».

Don Samuel Zenteno Anaya: «El nuevo ideal del Hombre y la nueva educación».

Señor Samuel Guy Innman: «La crisis económica y espiritual».

Dr. Roberto Barahona: «La cuestión sexual».

Pbro. don Oscar Larson: «El Misterio del dolor».

Señor Benedicto Kocian: «La Educación Física y su influencia en Checoeslovaquia».

C) *Biblioteca Central*.—El presupuesto de 1932 consultó una Partida de \$ 20,000.00 para Libros y confección de Índices de la Biblioteca Central, cantidad que se ha invertido principalmente en pagar las suscripciones a las revistas, cuyo valor debe cancelarse adquiriendo monedas extranjeras en el mercado libre, ya que la comisión de control de cambio ha rechazado las solicitudes que para este efecto se le han elevado oportunamente.

En la actualidad cuenta la Biblioteca con 16,117 volúmenes.

La atención al público no se ha podido efectuar ampliamente todavía, debido a que el personal ha estado trabajando en la catalogación de los libros y revistas, que se hace en forma tan prolija y minuciosa que una vez concluido el trabajo el servicio quedará excelentemente organizado.

Sin embargo, se han dado toda clase de facilidades para que el público, dentro de las limitaciones que impone esta labor de organización, haga uso de la Biblioteca.

El siguiente cuadro muestra cómo se ha servido a los lectores desde el mes de Abril hasta Diciembre de 1932:

Volúmenes consultados 3,145.

Publicaciones consultadas	1,495
Lectores-hombres	322.
Lectores-mujeres	98 420
Servicio-hombres	2,623
Servicios-mujeres	452, total 3,075

D) *Premios Científicos y Literarios*.—El 24 de Abril de 1929 el Directorio instituyó dos premios de tres mil pesos en favor de la mejor obra literaria y de la mejor obra científica que se publicara cada año en el país.

El premio a la mejor obra de ciencias había sido suprimido por economías y en atención a que no se había otorgado nunca, porque en concepto del Jurado no había aparecido ninguna obra acreedora a esa distinción.

Dicho premio, repuesto a fines de 1932, fué otorgado a don Carlos Keller por su libro «La Eterna Crisis Chilena».

También a fines de año, el Consejo acordó integrar el Jurado que debe pronunciarse sobre el premio de Literatura, con el Prosecretario de la Universidad señor Félix Armando Núñez. Los demás miembros del Jurado son los señores Enrique Molina, Luis David Cruz Ocampo, Domingo Melfi y Hernán Díaz Arrieta.

El fallo fué favorable a la obra «Valparaíso, ciudad del viento», del conocido escritor don Joaquín Edwards Bello.

Como recompensa al inteligente esfuerzo que significa el «Compendio de Botánica» del profesor de la Universidad Dr. Alcibíades Santa Cruz, el Directorio acordó conceder a su autor un premio especial de seis mil pesos.

DONACIONES Y LEGADOS.

Es particularmente grato para el Directorio concluir esta reseña de la labor cumplida en 1932 por la Universidad, dejando constancia de que la simpatía que la Institución despierta en la sociedad en que desenvuelve sus actividades se ha manifestado por algunas donaciones de que ha sido objeto. El obsequio de veinticinco volúmenes que el Dr. Esteban Rosenberg hizo a la Biblioteca Central y el de un microscopio con que el Dr. Manuel Desiderio Sanhueza favoreció a la Escuela de Medicina deben recordarse de una manera cordial en esta oportunidad. Asimismo anota el Directorio con verdadera gratitud en las palabras finales de la presente memoria el legado de once mil pesos (\$ 11,000) que la señora María Luisa vda. de Cosso instituyó en favor de la Universidad y que su corporación dirigente acordó invertir en acciones de la Compañía de Electricidad Indus-

trial. Para rendir homenaje a tan señalado rasgo de filantropía, la Institución mantendrá dos becas y media que llevarán el nombre de la benefactora y que continuarán en vigor independientemente de si dichas acciones producen o no dividendos.

Sea esta la ocasión de decir a los señores socios que a pesar de inevitables quebrantos que han surgido a consecuencia de imprevisibles acontecimientos, la labor de los organismos dirigentes y de todo el personal universitario ha encontrado como siempre en los particulares y en el gobierno un apoyo tan entusiasta y generoso que ha permitido a la Universidad irse desenvolviendo dentro de un amplio plan de trabajo docente y de investigación científica, a virtud del cual se ha afirmado como una realidad indestructible este Instituto de tan humildes orígenes, que con su rápido desarrollo se ha impuesto definitivamente a la opinión pública.

LOS LIBROS

NOVELA

GRAND HOTEL, por *Vicki Baum*.

Acaso las mismas opiniones elogiosas que se le han prodigado a esta novela (1) desde los ángulos más divergentes de la crítica, generó en nuestro espíritu el prejuicio de que ella no pasaría de ser un folletín ameno, cuyo mayor atractivo estaría en la visión fugaz y frívola que nos diera de la vida íntima y cotidiana de un hotel de lujo de una capital europea, donde todo girase en torno de intrigas amorosas, a la manera de las películas yanquis. Los amores de la Grusinskaia, bailarina rusa de seductora belleza, con el barón Gaigern, aristócrata tronado y estafador elegante, son para el común de los lectores el incentivo que estimula la lectura a fin de sorprender el consabido desenlace, dando al relato truculencia folletinesca. Pero la propia vulgaridad de estos amores hace que ellos no hayan estremecido nuestra emoción.

El mérito principal de esta obra reside, a nuestro juicio, en la aguda

(1) Grand Hotel.—Novela.—Ediciones Letras.—Santiago de Chile.

penetración que hace la Vicki Baum en el alma simple de Kringelein. Este es, en verdad, el héroe de la novela. En medio del desfile heterogéneo de personajes que entran y salen del hotel—seres indistintos que no fueron diferenciados por los surcos que dejan las tragedias de la vida—, Kringelein despierta nuestra simpatía, se adentra en nuestra curiosidad, manteniendo tenso el interés. La vida provinciana de este contador de una fábrica de tejidos, es estúpida; nada la hace interesante y atrayente; cada hora, cada minuto que trascurren son pedazos de su ser que naufragan en la monotonía gris de una existencia rutinaria y vulgar: trabajar, comer, ahorrar, casarse con una mujer gorda, fea y hacendosa... Vulgaridad en su refinamiento más cruel. Kringelein no sabe de los goces de la vida; su alma elemental e ingenua oculta una tragedia; él tiene conciencia de que su vida carece de sentido, de que ella ha sido nivelada por una enorme aplanadora, y de que mientras él permanece atornillado a sus obligaciones por una misérrima paga, con su trabajo otros desparraman su vida en goces dionisiacos. Pero de

pronto se rebela contra su propia existencia ante la opinión de un médico que le diagnostica una enfermedad incurable, y, por tanto, la muerte a corto plazo. Frente a perspectiva tan poco halagadora, se propone Kringelein «vivir su vida» sin control ninguno, atolondradamente, apurando sus últimos días en un afán frenético de escanciar todos los placeres que el mundo le puede proporcionar y que habían permanecido inéditos para él.

Con sus ahorros, Kringelein se traslada a vivir al Grand Hotel. Aquí conoce, entre otros, al barón Gaigern, quien ve en él una presa fácil, endilgándolo en su busca de sensaciones y placeres. Kringelein bebe, baila, juega y gana. Ama. Ha cogido la vida y ahora juega con ella como con algo que no tiene importancia. Se ha tornado filósofo. A pesar de la opacidad de su existencia, adquiere ella relieve indeleble. Es una creación, dándole a la novela calidad egregia.

La nueva existencia de Kringelein en Berlín viviendo en el Grand Hotel, nos la presenta la Vicki Baum en sus detalles más íntimos y sugerentes, sin que el rasgo humorístico escape a su sutilización psicológica. Tal aquel incidente que tuvo Kringelein con Preising, el director del establecimiento comercial en que trabaja nuestro personaje, y que subrayaremos por el contenido profundamente humano que encierra. Sabedor Preising de que Kringelein es su subalterno, lo distancia humillándolo con sus gestos imperativos. El espíritu débil de Kringelein, eternamente achatado por su vivir mez-

quino, se rebela en una actitud desafiadora; también él sabe gritar, insultar; llegó al fin ese momento tan esperado en que podía sentirse su igual. Se supo hombre. Pero todo ello no es nada más que la esporádica protesta de un alma débil, enferma, que estalla pronto en llantos, para luego reír convulsivamente cuando Preising le notifica su destitución, porque ya está en conocimiento de que la muerte lo relevará...

Numerosos personajes entran y salen del Grand Hotel; para todos ellos tiene la Vicki Baum una observación aguda y una caracterización psicológica. A cada uno nos lo presenta desempeñando su papel en esta comedia humana sin desenlace, insuflándoles vida y colorido, no obstante tratarse de existencias vegetantes. Por sobre todos ellos quedará clavado en nuestros recuerdos de lector el débil y apocado Kringelein, especialmente en aquel momento en que se sintió fuerte y tuvo un gesto de rebeldía frente a su hosco y rígido jefe.—*Milton Rossel.*

EL, novela por *Mercedes Pinto.*

A pesar de que este libro (1) no es una novela en el concepto riguroso que la preceptiva estatuye, su lectura es amena y de creciente interés. Más que una novela, es un diario en que la autora—al parecer, la protagonista—nos va destilando en frases breves y enérgicas el dolor de su alma macerada; y en medio de su angustia, su espíritu se reman-

(1) «El».—Novela, 2.^a edición.—Santiago de Chile, 9133.

só, dignificándose en el sacrificio. Por eso sus palabras penetran en nuestra alma lacerándola. Hay en estas páginas tal dramaticidad y dolor humano, que nosotros no podemos dudar de la veracidad del relato. Pero como la verdad y la sinceridad no son de por sí calidades literarias, este libro no pasaría de ser un «documento» de innegable valor médico-legal, sino fuese por el soplo artístico que lo anima. *El*, que es para Mercedes Pinto una realidad, nosotros lo tomamos como una creación artística; lo vemos corporalmente, transfigurada la faz, incisivo su mirar cuando lo domina la pasión, o extraviada la pupila cuando lo vence la idiotez; y llegamos hasta penetrar en el limbo de su inconsciencia. Aceptamos, pues, a *El* como una creación, ya que como caso verídico tendríamos que escuchar a la otra parte...

Para dar una idea de la bondad de *Ella* y de la refinada crueldad de *El*, mostrando al desnudo caracteres tan disímiles, conocemos un incidente cualquiera de la vida de ambos:

«Me había regalado un gato pequeño a quien en mi soledad espiritual tomé gran cariño, concluyendo por tenerlo a menudo en mi regazo; *El* mismo le compró un collarcito y parecía un perrillo siguiéndome a todas partes; pero llegó el momento en que su turbado cerebro le tomó manía al gato llegando a decir, que yo terminaría por quererlo más que a él. Ese día temblé por la vida del pobre animal, pues a mí sin entender de medicina, me hacían el efecto sus rarezas, de que fueran en su

cerebro como diviesos o tumores, que nacieran pequeños y fueran luego creciendo hasta que obturasen todo el cerebro. Llegó a tanto su odio al gatito, que una tarde lo metió en un saco y lo tiró de la alta azotea abajo... Luego mintió a los sirvientes diciéndoles que el gato «tenía una enfermedad contagiosa».

Con los ingredientes de que está amasado este libro, podría haberse escrito una novela de corte dostoyevskyano, si la autora, en vez de preocuparse de darnos a conocer su «caso», abriéndonos su alma para que nosotros conociéramos lo más recóndito de sus intimidades, nos hubiera presentado a *El* y a *Ella* actuando en la vida el uno frente al otro, con sus propias palabras, con sus actitudes inherentes, dejando al lector que diagnosticara... Indudablemente, la obra habría ganado desde el punto de vista artístico.

Hay que considerar también esta novela desde el punto de vista legal. Es ella un formidable alegato en favor del divorcio, que aun algunas legislaciones anacrónicas—la nuestra, por ejemplo—no han establecido con la liberalidad que la ciencia y lo humano exigen. Cuando hay dos caracteres divergentes que se repelen, la más elemental lógica dice que cada uno debe marchar por su camino. Pero los prejuicios religiosos y una moral que es inmoral, habían impedido establecerlo en la España monárquica y católica, donde se desarrollan los acontecimientos novelados por Mercedes Pinto.

Es Mercedes Pinto una distinguida intelectual española, residente en la actualidad en nuestro país, ha-

biendo arraigado en los ambientes sociales y literarios por su simpatía e inteligencia.— *Miltón Rossel*.

ENSAYOS

LA PERSONALIDAD DE GOETHE, por *Ardoino Martini*.

Este libro lo componen tres conferencias dadas en «Colegio Libre de Estudios Superiores» de Rosario de Santa Fe, Argentina, y han sido editadas por el mismo Colegio que desarrolla una alta labor de cultura en esa ciudad del país vecino. Basta citar el nombre de algunos de los cursos y de la diversidad de materias tratados en ellos para darse cuenta de la proficuidad e importancia de los mismos:

Bases físico-químicas de los fenómenos vitales, Crisis de la democracia, Las lenguas romances y la formación del castellano, El problema de la vida en el límite de lo orgánico e inorgánico, El arte en el siglo diez y ocho en América, Hacia la televisión por las sendas de la luz y de la electricidad, Introducción a la estadística matemática, etc., etc.

Lo personalidad de Goethe viene dividida en tres capítulos: Su formación, su plenitud y su síntesis espiritual y su universalidad que están precedidos de un promedio. En él dice Ardoino Martini:

Sobre el genio, la vida y la obra de Goethe existe ya una literatura profusa y valiosa. De ella me he servido en parte para presentar bajo su faz integral la semblanza espiritual del gran poeta alemán; pero, al espigar

en el campo ajeno elegí con discreción y mesura lo que me pareció contribuir a dar una visión más perfecta del genio cósmico del creador del Fausto. Por otra parte, mi vivencia en el mundo de las formas e ideas goethianas educó mi espíritu a descubrir por vía directa los tesoros de sabiduría incluídos en él y a interpretar de acuerdo con mi propia sensibilidad los actos culminantes de la vida del poeta. No sé, si no obstante el amor dedicado, he conseguido el propósito de poner en plena luz, en toda su admirable unidad moral, intelectual y pasional, la personalidad de uno de los más altos representantes de la cultura universal, quien en su vida ejemplar demostró la posibilidad de hallar en la armonía del universo el secreto de la armonía del propio mundo interior, enalteciendo así en grado supremo la dignidad humana, que está en el pensamiento, y el instinto de superación, que está la voluntad».

Ardoino Martini ha conseguido su propósito en plenitud, presentándonos además a Goethe en toda la integridad de su tamaño, destacando nítidamente su formidable estatura en el panorama de los valores universales, interpretando fielmente su posición como hombre y destruyendo la semblanza clásica, muy falsa, que existía del creador del Fausto, porque no es el Goethe hierático, frío, convencional como nos lo presentaban hasta ayer la mayoría de sus comentadores, el que nos entrega Martini, sino el Goethe auténtico, solicitado por todas las inquietudes, apasionado, llenando el interior de sus concepciones y creaciones de una permanente emoción, muy contenida es cierto y por eso invisible a los superficiales.

Goethe vive en sus obras, dice Martini. Pero para llegar a través de ellas a comprender su alto espíritu; su sentimiento pánico de la naturaleza; su interpretación poética realista de la vida; la tragedia íntima de las fuerzas múltiples y contrarias que luchaban en su ser, de continuo oscilante ente el bello instante que huye y el sino de su devenir, precisa ahuyentar lejos de sí la imagen falsa y deformada que nos han transmitido los críticos mediocres y los biógrafos superficiales, o sea la de un poeta olímpico y glacial; hierático como un dios griego, que inspira reverencia y no simpatía; ajeno en absoluto a las pasiones y dolores del mundo; encerrado dentro de una torre de indiferencia, conversando con su «demonio interior» y olvidado por completo del fluir de la vida que corre impetuosa a su alrededor. No, Goethe no es eso. Precisa ir hacia él con los ojos del espíritu bien abiertos, como él quería que se hiciera con Shakespeare, y entonces, escrutando en sus obras en profundidad y no en superficie, se verá cuanta substancia viviente hay en su arte, y qué alta lección de filosofía que hay en su vida.

Sin duda Goethe no es un autor fácil y el lector de mirada poco penetrante no alcanza a apereibir lo que en el subsuelo de la obra goethiana rebulle conteniéndose—velado por una vestidura de aparente impassibilidad—ya que uno de los méritos esenciales de este hombre era su capacidad de contención, sostenida, acrecentada también por su intensa fuerza volitiva. Porque han existido pocos individuos como Goethe de voluntad tan eminente y que demuestren de manera más palmaria el dominio de la sabiduría del límite y pocos que la hayan expresado tan acertadamente como él.

El mismo decía, definiéndose, que en la limitación se da a conocer el maestro. En la limitación, en la dominación de sí mismo. De ahí que se obra aparezca como una de las más equilibradas que haya producido el ingenio humano.

En la cósmica personalidad goethiana, dice Martini, ha habido siempre un ritmo pendular entre dos estados de equilibrio inestables: el de superación y el de limitación. El primero, dominó en la época de la juventud ardiente, inquieta, batalladora, en plena ebriedad de creación; el segundo durante el crepúsculo radiante, en que la sabiduría enseñóle hallar en lo simple, en lo finito, en lo humano, el arquetipo de lo múltiple, de lo infinito. En realidad la experiencia de una vida larga y bien empleada le dió la consciencia de ser lo que debía ser: un hombre —tal como lo calificó Napoleón—y el haberlo sido es el más grande título de gloria que puede ostentar Goethe frente a la posteridad.

En este sentido es donde Ardoino Martini ha conseguido dar una visión más completa y exacta de Goethe, no obstante hacerlo también ponderadamente en los demás aspectos—intelectual, científico, artístico—de este hombre múltiple, dinámico, proteico. Pero, estudiando al hombre—a través de su obra y su vida de las cuales Martini es conocedor en totalidad—en cuyo aspecto Goethe recibió y ha recibido los comentarios más desfavorables, e impropios, Martini logra desvirtuar todas las apreciaciones falaces que han empañado el prestigio goethiano; exceptuando, eso sí, la única justa por lo demás, siendo imposible destruirla y que es

acaso la que le ha restado y le resta todavía no pocas admiraciones al autor del *Werther*; Pío Baroja la ha precisado en uno de sus libros —*El gran torbellino de la vida*— si mal no recordamos—al decir que Goethe es sin duda un grande hombre, pero demasiado burgués, demasiado respetuoso con todos los valores sociales. En este sentido todos los esfuerzos de Ardoino Martini son inútiles, a pesar del entusiasmo y cariño desplegados por desvanecer tal juicio que quedara pendiente siempre sobre Goethe como una acusación irrefutable. Esto, es cuanto a hombre, pues en lo que se refiere a su obra, casi perfecta, sería dificultoso encontrar una objeción meritoria que hacerle.

Esto último también podemos decirlo del libro de Ardoino Martini, pues no hay objeciones serias que formularle. Al contrario, merece sólo el elogio sin reservas, el aplauso, sin restricciones, porque ha sido escrito con alta honradez y conocimiento del autor estudiado, y aunque sus páginas no son abundantes, apenas 130, Goethe aparece en toda su honorable diversidad. Pocas veces hemos visto en un escritor sudamericano mayor condensación y al mismo tiempo, mayor contenido, en un ensayo de esta especie.

Sin duda el libro de Ardoino Martini es lo más completo publicado en Sud América sobre la personalidad de Goethe.—A. T.

LA PROVINCIANA, comedia por Carlos Garasino Brugo.

El señor Carlos Garasino Brugo

es seguramente un comediógrafo novel aunque en la lista de obras aparece como autor de cinco comedias, inéditas todas ellas, fuera de *La provinciana* (1). La última, entonces, es la única que ha publicado, suponiendo nosotros que no ha sido representada, pues no existe ninguna indicación que así lo especifique. Además, el señor Garasino es autor de dos novelas, dos libros de cuentos, uno de versos y dos de crítica, también todos inéditos. Como puede verse, es un autor fecundo y proteico. Desgraciada o felizmente, no estamos en condiciones de apreciar esas obras por la causa señalada más arriba y acaso sería apresurado juzgar por *La provinciana* toda la labor de este escritor, acaso... aunque a veces los juicios apriorísticos, dan resultado, no habiendo necesidad de rectificarlos.

El señor Carlos Garasino Brugo es argentino y habita en un pueblecito de la Provincia de Entre Ríos, sin duda factor importante en la fecundidad de este literato que, obligado a matar el ocio y el aburrimiento inherente a los pequeños poblados, ha escogido el menester literario para conseguirlo. De otra manera no nos explicaríamos la razón por que escribe el señor Garasino, pues, si nos basamos en *La provinciana*, nada encontramos en ella que manifieste en su autor las cualidades de escritor necesarias para inferir posibilidades de progreso en las otras obras del señor Garasino, ya que esta comedia no es más que un intento frustrado en el cual es im-

(1) Editorial Minerva. Buenos Aires.

posible encontrar una sola condición que indique la presencia de un temperamento. Habría sido mejor que, como sus demás obras, el señor Garasino la hubiese mantenido inédita. Nos habría ahorrado malgastar una hora de tiempo y escribir este breve comentario que sólo hemos hecho para complacerlo, pues en seguida de la dedicatoria al director de ATENEA escribe lo siguiente:

Se suplica acusar recibo de este libro y cualquiera opinión que sobre él se publique, enviarla al autor.

Creemos haber satisfecho el deseo de éste.—A. T.

DOS LIBROS, de Armando Godoy.

Con cierta frecuencia se ha visto el éxodo de escritores de la América indo-hispánica a Francia. El conde de Lautreamont, Jules Supervielle, Jules Laforgue, aunque éstos eran americanos sólo de nacimiento, y al irse a ese país no hacían tal vez sino un viaje de regresión, pues volvían a la tierra de sus antepasados, ya que eran descendientes de franceses transplantados a América. Pero también otros, de puro origen indo-hispánico, como José María de Heredia, Vicente Huidobro y ahora más reciente Armando Godoy, siendo proficuo para éstos el cambio ambiental y la transmutación del idioma nativo.

Armando Godoy, es cubano como Heredia, y nació en la Habana en 1880. Desde hace tres lustros más o menos, reside en París, habiendo

publicado desde entonces como una decena de libros que le han conquistado una extensa estimación entre los escritores franceses contemporáneos. Tiempo atrás, una bella revista de Niza, llamada «Mediterránea» le dedicó uno de sus números mensuales, en la que aparecieron artículos de autores de las más diversas tendencias y de muy diferentes significados valorativos, uniformemente elogiosos para Godoy.

Pocas veces, creemos, se ha tributado en Francia un homenaje más unánime a un escritor nacido en Sur América. Es verdad que esta misma unanimidad, esta permanencia del elogio, hace que el lector independiente lea con ciertas reservas *Hossanna sur le sistre y monologue de la tristesse et colloque de la joie*, considerado por la crítica francesa como los mejores libros de Godoy (1).

La característica de estas dos obras es la musicalidad, como ya lo han apuntado algunos de sus críticos. (le han llamado «poete de la musique», «Prince de mucisisme verbal»). El precepto verlainiano de la «*musique avant tout chose*» es para Godoy esencial. Nosotros podríamos decir entonces que nada hay más distante de la poesía que la obra de este escritor, pues ha tiempo se ha desplazado de ella la musicalidad como lo literario de la pintura. La poesía, es preciso repetirlo, es algo tan autónomo que vive sólo de sí misma no necesitando de recursos extraños a ella para su expresión. En Godoy la preocupación por lo musical es excesiva, malográndole

(1) Editions Emile-Paul Frères. París.

la mayoría de sus poemas. Muchos de éstos no traspasan la dulce mediocridad rimada, vacíos totalmente de elementos interiores dignificados:

Je suis amoureux d'une femme,
je suis amoureux d'une flamme.
Elle est la flamme et l'oriflamme,
elle est la Gloire qui m'acclame.
elle est la Mort qui me réclame,
elle est blessure, elle est dictame.
elle est répons, épithalame;
elle est le rythme de mon ame!

Además, existe en Godoy la costumbre de escribir versos, la costumbre de llenar de renglones cortos hojas en blanco, careciendo desde luego, de la capacidad fundamental de autocrítica y del sentido de la depuración. Pasan páginas y páginas y es como si nada hubiese escrito en ellas. Es que Armando Godoy no sabe rechazar oportunamente, como aconseja André Gide, la facilidad del impulso adquirido y se desparra en interminables versos indiferenciados, despersonalizados. O acaso podría precisárseles una ascendencia determinada, un origen un tanto definido. Ya se ha dicho de ellos, con razón, que proceden de Verlaine, y Baudelaire. No se necesita ser muy perspicaz, por lo demás, para haber hecho una idéntica observación. A lo largo de la obra de Godoy encontramos resonancias frecuentes, ecos sostenidos de ambos poetas. Cualquiera puede constatar que éstos han influido en forma diversa, pero intensa, en lo mejor del temperamento de Armando Godoy y con el agravante de que éste, no siempre, ha sabido aprovechar con certeza la influencia recibida,

ni tampoco asimilarla, que es la única manera de estrujarla en beneficio propio. El mismo Godoy no sabe controlar su admiración, encerrarla, en esa medida discreta y en un poema que dedica al autor de *Sagguesse* desborda su entusiasmo por Verlaine. Ahí mismo, llama al poeta de las *Fleurs du mal* «mon Dieu Baudelaire».

Seguramente y por lo manifestado más arriba, para leer a Armando Godoy, (¿quién no sabe lo que ha caminado o saltado, mejor dicho, la poesía desde Baudelaire y Verlaine hasta Valery y Paul Eluard, por ejemplo?) debemos retrotraernos y ubicarlo allá en los poetas de fin de siglo y entre ellos, sólo se salva por su sensibilidad, ya que en algunos de sus poemas logra cristalizarla nítidamente, acertando con frecuencia en toques sencillos y finísimos, de suave tono menor (*Quiétude*, *Tes mains sont de velours*). Entonces se olvida de su exuberancia, de su elocuencia, a pesar que elocuente es sólo en grado mínimo. En esto aventaja a su compatriota Heredia que, en su famoso libro *Les Trophees* no supo borrar nunca la rudeza, el son metálico heredado del castellano. Godoy, que maneja el francés fácilmente ha sabido también asimilar la ductilidad de este idioma y ha escrito versos de una limpia simplicidad:

Tout dort, tout dort
sous le ciel mort;
le vent, les eaux
et les oiseaux.

Tout dort, tout dort,
sous le ciel mort;
L'inmensité
de ta gaité.

Et les ilots
de tes sanglots.
Tout dort, tout dort,
sous le ciel mort.

Le «jamais» noir
de mon espoir,
le blanc «toujours»
de mon amour.

Tout dort, tout dort
sous le ciel mort,
Tout dort, tout dort,
même la mort.

Sin embargo, y para terminar, ampliando lo dicho en el tercer párrafo, casi no comprendemos el elogio de los escritores franceses a la obra de Armando Godoy. Uno llega hasta hacerle un paralelo con la obra de Paul Valery. Casi, pues, sabemos que Godoy es hombre cultísimo, fino charlador y sobre todo, hombre de gran fortuna. Su casa, en la Rue Raffat, está siempre abierta a los artistas. No quisiéramos ser drásticos, pero... ¿esto no podría explicarnos algo?—A. T.

LA CRISIS UNIVERSITARIA, por *Ernst Curtius, C. Bouglé y otros.*—Recopilación y notas de Y. Pino Saavedra y R. Munizaga A.

Este libro recopilado y anotado por Pino Saavedra y R. Munizaga A., tiene una cualidad: la de dar a conocer la opinión de eminentes profesores sobre lo que ellos creen ser las causas de la crisis universitaria en sus diversos países. Esta cualidad se equilibra con un defecto: el de la falta de unidad en los aspectos que cada uno de esos eminentes profesores contempla. El

más extenso, y quizás el más completo, es el trabajo de Curtius, pero lo mismo que los otros, se resiente de falta de universalidad, de falta de un sentido filosófico y sociológico de la educación. No son las universidades las que están en crisis: es la educación, es el mundo entero y sus infinitas manifestaciones.

El libro editado por la Empresa Letras, presenta un aspecto heterogéneo que lo hace desmerecer, pues mientras Curtius intenta desenredar la madeja de una manera realmente universitaria, es decir, observando los aspectos más o menos cercanos del problema, Julio Rey Pastor toma el rábano por las hojas y arremete pobremente contra un sistema eleccionario que nada tiene que ver con la educación y sus finalidades, y mientras Spranger habla de la manera más práctica de impartir la educación en las universidades alemanas, C. Bouglé, que cree que París es el mundo o por lo menos el cerebro de él, se debate en medio de los innumerables problemas de las universidades francesas, sin lograr poner nada en claro.

Felizmente, a Pino Saavedra y a R. Munizaga A., se les ocurrió escribir sobre lo que pretenciosamente llaman el problema universitario chileno, como si hubiera un problema universitario nacional y otro mundial. En ese trabajo, y con la ayuda de don Valentín Letelier y de José Ortega y Gasset, los recopiladores logran aclarar muchas cosas, cosas que sin duda Curtius pudo también aclarar si en vez de reducir su trabajo a Alemania hu-

biera decidido estudiar el asunto desde el punto de vista necesario, es decir, general.

La causa verdadera es que en ocasiones las universidades se apoderan con sus enseñanzas del espíritu nacional, lo guían, lo impulsan, lo dirigen; y en otras, lo dejan abandonado en manos de los diaristas, de los tribunos, de los demagogos, de los oradores, de los políticos.

Esta cita de don Valentín Letelier, es realmente notable, mucho más si se tiene en cuenta que ello fué escrito hace más de cuarenta años. Estas palabras y otras más de don Valentín Letelier, junto con algunas de Ortega y Gasset, constituyen lo más decisivo del libro desde que encaran el asunto desde una faz que los demás autores olvidan, es decir, la relación entre la universidad y la sociedad, entre la universidad y el individuo, entre la universidad y su valor como formadora de conciencias cultivadas en disciplinas morales y culturales.—
M. R.

¿A DÓNDE VA LA HUMANIDAD?,
por Charles A. Beard.

Un gran acierto de la Empresa Letras ha sido la creación de las Ediciones Extra, destinadas a dar a conocer obras de alto interés científico. De entre los ocho libros publicados hasta este momento, tres de ellos, *Los caminos de la libertad*, por Bertrand Russell, *Destino del siglo*, por Jean-Richard Bloch, y este que comentaremos, son notables por la densidad de su contenido ideológico.

¿A dónde va la humanidad? está constituido por cinco artículos, el primero de Charles A. Beard que sirve como introducción, el segundo, de Hu Shi, titulado *Las civilizaciones de Oriente y Occidente*, el tercero de Bertrand Russell, *La Ciencia*, el cuarto de Everett Dean Martín. ¿A dónde conduce la Educación? y el quinto de John Dewey, *La Filosofía*. Estos tres últimos aparecen como los más valiosos, especialmente el de Dean Martín, verdadera revelación de un estado de desconcierto universal en educación. El libro está traducido con gran talento. No hay un párrafo ni una frase oscura. Casi podría decirse que el libro se escribió originalmente en castellano, por alguien que sabía lo que escribía y de qué modo debe escribirse.

El artículo de Dean Martín invalida casi totalmente el libro publicado posteriormente por Empresa Letras *La crisis universitaria*, recopilación y notas de Y. Pino Saavedra y R. Munizaga A., pues dentro de su brevedad, el trabajo de Dean Martín condensa, aunque de una manera más profunda, todo lo que en *La crisis universitaria* aparece vagamente esbozado. Esto se debe, a mi entender, al hecho de que Dean Martín no se refiere exclusivamente a tal o cual Universidad, a tal o cual país, sino a la educación en general, a la educación contemplada en sus relaciones más íntimas con la época y con el individuo.

Para este autor el problema está en el divorcio que existe entre la educación, tal como se imparte actualmente y las condiciones econó-

micas existentes. No hay una educación adecuada para esta época y lo que se ha llamado la educación utilitaria es sólo un medio de satisfacer necesidades inmediatas e intereses pasajeros y no un sistema que dé al hombre verdadera capacidad moral o cultural.

Tal como se presentan hoy en Estados Unidos la escuela o la Universidad son simplemente un producto de las fuerzas económicas. Son sólo una agencia para ejercitar al público en las formas de vida requeridas por el orden social existente. Su función es sólo la de fabricar la ideología del actual sistema. Son un sirviente útil en la casa industrial de nuestro tiempo, con escasa influencia en el curso general de los acontecimientos.

Estas palabras dichas sobre Estados Unidos rompen con un mito que ha llegado a ser dogma de fe entre los habitantes de las repúblicas hispanoamericanas, la excelencia de la educación yanqui. No hay tal excelencia, ni la puede haber, desde el momento, que las condiciones económicas dictan la clase de educación que se debe dar. Debería ser, o debe ser, al revés. Sin duda alguna, para muchos seres, especialmente para gran parte de la nueva generación, el ideal es aquél, pero no lo puede ser para la educación en sí misma, cuya finalidad es más alta que la de servir los intereses de un orden social dado.—*M. R.*

AMERICANISMO Y CUBANISMO, por
Juan Marinello.

El poeta de «Liberación» no es un desconocido en Chile. Sus fuer-

tes cualidades líricas, apreciadas por ese bello libro de poemas que la Editorial Mundo Latino, de Madrid, publicara en 1927, y sus méritos de crítico y de ensayista, demostrados con «Juventud y Vejez» y «Sobre la inquietud cubana», que vieran la luz pública en las ediciones de la Revista de Avance, han tenido más de un aplauso justiciero entre nosotros.

En Marinello no se repite el caso frecuente del escritor suramericano que dedica sus afanes a la literatura y al arte, desentendiéndose de la vida política de su patria. En Marinello hay un ciudadano de convicciones decididas, un luchador idealista, y su prisión en la Isla de Pinos, decretada por el tiranuelo Machado, prueba que no es un expectador egoísta en la Cuba angustiada de hoy.

Este folleto (1) del poeta cubano que aquí comentamos plantea y enfoca con verdadero acierto un viejo problema latamente discutido en todas las literaturas de Hispano América: el criollismo.

Se cree por muchos que una escena pueblerina, y unos cuantos diálogos vivaces, y en un español desnaturalizado y bastardo, bastan para fijar una literatura autóctona en cualquiera región de América. Y a los que así se engañan les habla Marinello mostrando primero lo difícil de una total liberación española, y señalando después los medios de conseguirla.

El idioma nos entrega el Quijote y la Celestina y Quevedo y Gracián

(1) Editorial Hermes. La Habana, 1933.

a cambio de una sumisión eterna. Pulimos las herramientas en el aprendizaje de lo español y cuando queremos decir lo criollo recuerdan las herramientas, los caminos por donde fueron puliéndose. El espectáculo de América, de un mundo en marcha, ha de ser dicho con vieja palabra, con palabra hecha de recuerdos, nacida de un mundo que contempla la carrera transitada. El habla de Castilla, tan cuajada de su rigidez secular, tan cerrada de fieras limitaciones, tan obliterada a las prisas de nuestros días, tan llena de residuos insolubles, ha de traducir una realidad en devenir. No nos sorprenden esos desfiles retóricos—españolísimos— en que, al querer- senos dar la ciudad y el campos criollos se nos aleja de ellos, en que la lengua corre por sobre la tierra nuestra sin fecundarla, en que cada palabra, centro de atracciones consabidas, empuja a la otra a espaldas de lo que va diciendo.

Y más adelante habla así de los cultivadores de un falso criollismo:

No olvidemos que lo folklórico y lo pintoresco han sido largo tiempo modos engañosos de liberación. Se vió en el idioma lo externo, la letra, los indisolubles maridajes de vocablos; se creyó ver la españolidad—la esclavitud—en el uso de los giros que petrificó el Siglo de Oro. Si en eso residía la supeditación, fácil era quebrantarla: todo quedaba vencido con substituir fórmulas venerables por fórmulas nuevas. Y se fué a una literatura de palabras, sin ninguna comunicación con lo nuestro, hecha toda de cadáveres jóvenes. Y vida viva, bullente, insurrecta, era lo que estaba pidiendo a gritos nuestra literatura. La vida vendrá de captar lo que está debajo.—y lejos— de las espumas (folklorismo, costumbrismo, colorismo) en una lengua austera y leal en que la palabra sea lo que fué en Castilla huella neta y enérgica de lo expresado.

Los críticos chilenos que suelen dar patente fácil de chilenidad, a obras de repetición escritas en lenguaje mezquino y deformado, hallarán en este ensayo de Marinello más de una enseñanza para sus apreciaciones futuras.

A la belleza del estilo une este folleto del poeta cubano tal claridad de exposición y fuerza tal de razonamiento, que bien puede señalársele como un ensayo maestro. — C. P. S.

AMIEL (Un estudio sobre la timidez),
por Gregorio Marañón (1).

La revisión crítica de los valores peninsulares, que inició la generación del 98 en España, ha sido continuada por los más brillantes escritores españoles contemporáneos.

España posee uno de los más grandes mitos sexuales: El don Juan.

Apenas si hay escritor de la generación del 98 y de la que la siguió, que no haya escrito algo sobre Don Juan (2).

Gregorio Marañón, cuya substancia intelectual se acerca mucho a la de Fray Luis de León—el Fray de León de *La Perfecta Casada*—es uno de los que más se ha inquietado con el problema del famoso burlador sevillano.

Sus deseos de oponer alguien al prestigio, a pesar de todo permanente de Don Juan—han influído bastante en su estudio sobre *Amiel*.

(1) Ediciones «Nueva Epoca.» Santiago de Chile, 1933.

(2) Clarín, Pío Baroja, José M. Salaverría, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala. («Las Máscaras»), Eugenio D'Ors, Diez Canedo, S. Machado, Ricardo Baeza, Alfonso Reyes, R. Royo-Villanueva y Morales, etc.

Marañón no disimula la profunda indignación que le causa el personaje creado por Tirso de Molina, y así confesaba sus intenciones en sus *Notas para la biología de Don Juan* (1):

«Perez de Ayala ha dado la primera lanzada al fantasma. Ahora es preciso concluir con él.»

En ese mismo ensayo opone al amor cuantitativo de Don Juan, el amor cualitativo, celoso y profundo, de Otello. A un personaje—el de Tirso y de Zorrilla—oponía otro personaje, el de Shakespeare.

Hoy día cambia de procedimiento y se vale para combatir a Don Juan y sus discípulos, de un hombre de carne y hueso, mejor dicho del testimonio que dejó un hombre que escribió un Diario de 16,000 páginas.

En los primeros capítulos de su *Amiel*, expone Marañón sus teorías que valorizan la timidez del ginebrino.

Desde luego nos adelanta:

«La timidez es un problema sólo masculino. Las mujeres no lo sufren.»

Marañón divide a los tímidos, en «tímidos-inferiores» y «tímidos superiores». Los inferiores «consideran al amor como una fortaleza inexpugnable para sus pobres fuerzas». «Los tímidos-superiores», consideran al amor como un jardín abierto y propicio, al que un escrúpulo del instinto, un sentimiento de excesiva delicadeza y sólo ésto, impide entrar y poseer». Entre estos últimos es ubicado *Amiel*.

(1) «Revista de Occidente», N.º III, año 1924.

«*Amiel* es tímido por superioridad del instinto.»

Para Marañón el caso de *Amiel* es el de el hombre de la categoría sexual más elevada. Hombres que sólo pueden amar a una sola mujer. «Una mujer mítica, a fuerza de ser única, puede ser la elegida de su instinto».

Marañón va barajando sus teorías hasta colocar frente a frente a *Amiel* y a Don Juan:

«Uno y otro viven obsesionados, en efecto, por la preocupación del amor y rodeados del revoloteo de una nube de doncellas, casadas y viudas. No obstante la diferencia es radical. La mujer es para Don Juan un simple medio para llegar al sexo, a lo femenino. Para *Amiel* el sexo, lo femenino, es un medio para alcanzar la sola mujer que constituye el fin de su aspiración instintiva». «... y contra el juicio ligero de las gentes, Don Juan, el cínico, representa la virilidad titubeante e indiferenciada; y el tímido *Amiel* la virilidad más afinada y progresiva. Don Juan bien dotado tal vez para el amor de los sentidos, no conoce el mar profundo y sin orillas de la pasión del alma. En *Amiel*, por el contrario, la infinita sensibilidad para la pasión inhibe las aptitudes físicas. Y así, uno y otro llegan, por caminos opuestos, a la misma incapacidad de amar...»

Más adelante, Marañón, encara directamente el problema de *Amiel* y nos habla de su niñez, y del puritanismo terrible del ambiente ginebrino que lo vio nacer, y que deformó su vida sexual, como un siglo antes había deformado la de el

otro gran confidente: Juan Jacobo Rousseau.

El complejo de Edipo, juega papel decisivo en la vida de *Amiel*. Su Diario nos sorprende al respecto, con confesiones categóricas:

«En fin, creo haber sido desinteresado, generoso, y aun caballeresco, con el sexo al que debo a mi madre».

«La maternidad es buena, pero no el marido; lo mejor sería que pudiera concebirse sin el concurso del varón».

Dejaremos anotado, eso sí, que las interpretaciones que hace Marañón de «el complejo de Edipo», tanto en el caso de *Amiel* como en el de Leonardo de Vinci, son respetuosas y muy dentro de lo familiar español, y no tienen ni el genio, ni tampoco el lado de las interpretaciones de Freud.

Las diferencias que encuentra Marañón para oponerse a los que reúnen a Don Juan y a *Amiel* en una misma categoría sexual, son las siguientes:

Amiel, ama el paisaje; Don Juan, la urbe y lo cosmopolita.

Don Juan cuenta con la simpatía de los hombres, *Amiel* es ridiculizado por ellos, y muy comprendido y amado por mujeres fuertes, viriloides.

Amiel vive muchos años en una misma ciudad, ama el reposo. Don Juan gusta del vagabundeo, del perpetuo viaje. Don Juan es el viajero del amor.

Por último, un aspecto que seduce a Marañón, *Amiel* ama a los niños; Don Juan sobre esto no tiene historia.

Marañón va librando a su héroe de todas las acechanzas que le hacen el homosexualismo y una especie de donjuanismo platónico, para entregárnoslo en las últimas páginas, como un espléndido ejemplar de virilidad.

¿Cuál es el interés que alega el clínico español para tratar a este personaje? ¿En qué reside el entusiasmo y el afán de confrontación y crítica que ha despertado el «Diario» del oscuro pedagogo de Ginebra, en varias generaciones de lectores y escritores?

Marañón lo explica acertadamente en sus primeras páginas:

«El juzgar a una época pretérita por sus hombres más representativos —Sócrates, Leonardo, César o Goethe—, es una de las causas de nuestro desconocimiento fundamental de la historia». Es preciso estudiar al hombre medio, vulgar, pero arquetípico representante de la humanidad oscura que silenciosamente hace marchar el mundo. Y el valor de *Amiel* consiste en eso, en ser el documento precioso de un hombre vulgar, de escasa influencia social, pero representante de una enormidad de vidas privadas, oscuras, desconocidas.

Además de ese valor de representación *Amiel* tiene para Marañón valores intrínsecos, personales:

«*Amiel*, como otros tantos tímidos perteneció a una categoría superior de varones. Pero entendámonos bien antes de acabar: ésto no quiere decir que fuera un *hombre superior*. Porque ser hombre superior es ser algo más que varón; es ser otras muchas cosas, mucho más noble, que nacen

de su sexo, pero que ya no dependen de él; que quizá tiene que olvidarse de él».

Lo sintomático, en este estudio de *Amiel*, es que su autor nos habla casi más de Don Juan que de su biografiado.

Es fácil de explicarse la profunda inquina que le tiene a Don Juan el gran médico español. Y es que Don Juan, representante en algunos planos de toda el alma española, y aun de un impulso viril universal, muestra en otros su aspecto puramente local y diferenciado.

Marañón es un escritor castellano, serio, ascético; y su prosa consejera y sabia—que seguramente nos hará algún día la biografía sexual del Cid o de Santa Teresa—es poco propicia para simpatizar con Don Juan, el héroe sevillano, que representa en lo local, al alma del sur de España. Don Juan, que tiene en su primer nacimiento algo de moro y mucho de gitano.—*Juan Uribe-Echevarría.*

POESIA

AFÁN DEL CORAZÓN, por *Angel Cruchaga.*

Vuelve Angel Cruchaga a alzar su canto trémulo y acongojado. En este libro (1), como en todos los suyos, hay una mujer muerta o imposible, mujer que, con toda seguridad, es sólo una creación poética de él mismo. Su figura aparece siempre. Cuando no aparece, se la presiente cercana. Ella anima sus cantos y su figura dolida, vapo-

(1) Empresa Letras. Cuadernos de Poesía. Santiago, 1933.

rosa, da a la poesía de Angel Cruchaga ese tono de elegía que nunca se apaga ni se apagará ya. Un psicólogo haría un interesante estudio sobre esta ficción amorosa y sus resultados poéticos.

Hablar de este tomo de Angel Cruchaga es, por eso, como hablar de todos los que ha publicado. Es la misma agua que se vierte, la misma vertiente suave, dolorosa. Y si es verdad que el poeta ha cogido últimamente matices nuevos y aun imágenes nuevas, modernísimas, no es menos cierto que por decir las en el mismo tono de antes casi no se las advierte. Pero esto, que en realidad, es un reproche, es también una alabanza, pues Angel Cruchaga es uno de los pocos poetas que no ha cambiado una actitud espiritual por una forma literaria. Los elementos literarios de sus versos pueden ser nuevos, pero su tono es el mismo de siempre. Se morirá con él. En esto hay consecuencia y honradez. El malabarismo runrunista y el ingenio poético no lo han rozado. Su concepto de la poesía no le permite agregarse a esa multitud de poetas que por lograr el aplauso y la gloria barata descienden a la calidad de prestidigitadores de circo. Como muy bien lo dice Pablo Neruda:

Ni el que impreca con salud de foragido, ni el que llora con gran sometimiento quedan afuera de la casa de las musas poesías(?), Pero aquél que ríe, ese está fuera.

Angel Cruchaga es uno de los que lloran con gran sometimiento. Ha hecho de su dolor su única veta poética y la trabaja con paciencia.

de años y años. Nada lo hará cambiar, ni los nuevos elementos poéticos ni las nuevas escuelas. El recoge todo y lo incorpora a su ritmo y de allí salen como algo propio, con el sello de su personalidad, mundos, leones, planetas, nombres de mujeres, pestañas de mujeres, flores, desfilan con movimientos lentos y suaves, sin prisa, así es su espíritu. Hasta el entusiasmo tiene en él un tono pausado, perezoso.

Sin embargo, en cada libro va agregando a su obra cierto alcance nuevo, ciertos matices que van valorizando su poesía. En este libro encontramos una estrofa, una sola, que, escrita con el mismo tono de siempre, muestra un modo de hacer que nos satisface y en el que quisiéramos que persistiera:

Lámpara que vive en la soledad como durmiéndose,—esperanza de los ojos y del corazón sin esperanza—ribera de la maravilla, árbol suave de los mendigos,—palabra de la nueva vida y del perdido reino.

Esto es hermoso, sin duda alguna. Esto es del mismo Angel Cruchaga por el tono y de otro Angel Cruchaga por el contenido. A este otro quisiéramos verlo ampliarse y desenvolverse.—*M. R.*

CANTAS, por *Alberto Arvelo Torrealba*.

Hermoso libro de cantares venezolanos este de Arvelo Torrealba. Con marcado sabor de América, cosa que no lo lograron muchos en la copla ni en el cantar, tiene la forma castiza de Machado para decir lo que es suyo y de su pobre tierra que su-

fre bajo el oprobio de Juan Vicente.

Acaso las cien primeras páginas del libro resulten monótonas para algunos, debido a la repetición de la forma métrica.

El horizonte y yo vamos
solos por la llana tierra:
me enlazó todos los rumbos
su audacia de sogas abierta.

Mientras las otras se ríen
la luna y tú silenciosas,
y la sombra de mi mano
tiembla al tropezar tu sombra.

Solo por la llana tierra
Andar y andar hacia ti
como quien de ti se aleja.

Dos cuartetas y un terceto son el marco de todos los cantares, y en casi todos ellos la maestría del verso es cosa evidente.

Sería largo transcribir los de más definido aire criollo, y tarea difícil escoger los mejores entre la belleza uniforme del libro (1). El ya copiado dirá a los lectores de ATENEA los méritos de Arvelo Torrealba.—*C. P. S.*

ACTITUD DE LOS AÑOS, por *Alberto Hidalgo*.

La cultura no suele ser en América patrimonio de los poetas, así como los ideales de libertad atraen a muy pocos de sus escritores. ¿No hay por ahí grandes líricos casi analfabetos, y no hemos visto a innumerables hombres de letras adular sin decoro a tiranuelos canallescos?

El autor de *Actitud de los*

(1) Editorial Elite. Caracas, 1932.

retoques artificiosos ni alardes de técnica.

El retorno de este poeta a su primera modalidad, cuando vive las horas de su otoño que declina, no es nota que se haya dado entre los escritores de Chile. Y ojalá que no cierre con este libro el paréntesis de su sentimentalismo.—*C. P. S.*

EL ANFIMETAFORISMO. (Apéndice al libro de poemas «Altamar»), por José Rumazo González.

El anfigimetaforismo es una nueva estructura del poema, al paso que la antimetáfora consiste en un medio accidental de expresión que fluye nativamente de la multimetáfora, ápice y médula de la literatura moderna. Una y otra aunque resulten novísimas maneras de composición y de técnica, vienen a ser, como cuerpo de teoría modalidades a tono, con el espíritu actual del arte. «El Anfigimetaforismo es la sensación del circuito de dos fuerzas».

Tal vez el lector apreciará en toda su valía esta novedad artística. Nosotros tenemos la desgracia de no ver muy claro. Aunque hemos leído con interés el folleto (1) de este escritor ecuatoriano y el libro de poemas en que la teoría se ve realizada, no estamos todavía entre los convencidos.

Rumazo González, en la exposición de su teoría, cita como «esencialmente antimetafóricas» las dos estrofas que siguen, advirtiendo que la segunda es «la resonancia moriendo» de la primera:

Recuerdo de un arpegio en marea
[de bajos,

(1) Editorial Bolívar. Quito, 1932.

bajos de escala y bajos donde enca-
[llan veleros;
en sus notas profundas tuvo el cla-
[ve el mareo
de una marea hembra, golfo en mú-
sica náufraga...

La escala de los bajos se irá hun-
[diendo en el mar
hasta quedar lejanos al tacto de las
[quillas
barcos de mi recuerdo que sonarán
[tus aguas
en las notas profundas donde ya
[no hay ni fondo..

¿No dijo alguien que en arte todo era posible?—*C. P. S.*

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFÍA DE DON JOSÉ TORIBIO MEDINA, Notas Críticas, por Guillermo Feliú Cruz.

En las ventanas de la librería Servat—esquina noreste de las calles Ahumada y Huérfanos—se exhibían, a fines de 1878, entre otras novedades, los tres volúmenes de la obra de don José Toribio Medina *Literatura Colonial de Chile* a cuya lectura un grupo de jóvenes amigos dedicó luego y durante algún tiempo las primeras horas de sus noches. Eran Manuel Rodríguez Mendoza, Emilio Siredey Borne y Samuel Ossa Borne, a la sazón compañeros inseparables en los momentos que las exigencias de la vida y, las tareas estudiantiles les dejaban disponibles. Esta lectura hizo nacer en ellos la duda acerca de la efectividad de que haya existido un régimen colonial inflexible para mantener los pueblos americanos en la ignorancia mediante la falta de escuelas

y con la prohibición de introducir libros de otras materias que las religiosas. Tales dudas quedaron en estado latente hasta que, en 1883, hablé de ellas, incidentalmente, a Paul Lemétayer, quien se interesó por aquilatar la causa. Al devolver los libros me dió noticias de que a la librería Servat había llegado una nueva obra del señor Medina: *Los Aborígenes de Chile*; luego él mismo Lemétayer expresó que, si bien aquel y este libro harían honor a los hombres más estudiosos de cualquier tiempo y país, *Los Aborígenes* ejercería influencia en el mundo de los sabios, pues era el fruto de una valiosa investigación científica, bien presentada y con novedades científicas apreciables. La opinión autorizada de Lemétayer, comunicada por Siredey entre sus condiscípulos de la Escuela de Medicina, trajo a algunos a participar de la lectura de *Los Aborígenes*. Recuerdo de aquellos a Rafael Dueñas, Juan Bautista Ortiz, Carlos Arce, Estanislao Fraga, Moisés Amaral,—éste el único que sobrevive. Después de más de tres años que estuve ausente, volví a Santiago para servir un empleo en el correo, en el cual me cupo en suerte tener de compañero de trabajo a Ramon Laval, hombre excelente, de vasta y buena lectura y mucha afición a los libros. En el hablar cotidiano tuvieron su párrafo las dudas aquellas y el libro que les dió origen. Los acontecimientos de 1891 sacaron del correo a Laval y lo metieron en la Biblioteca, lo que es como decir a «su casa». Tres años después fuí destinado yo a Valparaíso, y aquí recibí con fre-

cuencia cartas de Laval, a veces con remesas de nuevos libros, entre éstos, en 1895, el de Medina *La Instrucción Pública en Chile desde su origen hasta la fundación de la Universidad de San Felipe*—acompañado de una alusión a las dudas antedichas—, y, seguidamente, entre otras obras del mismo Medina, a medida que Laval las iba adquiriendo, *Cosas de la Colonia*, ambas *Bibliotecas, Hispano-Chilena* e *Hispano-Americana*, fuente inagotable y amena para facilitar toda suerte de estudios coloniales.

No he sido extraño, pues, al entusiasmo por la hermosa labor de don José Toribio Medina, como no lo he sido tampoco a la admiración justiciera de que ha sido objeto antes y después de que la naturaleza pusiése término a la existencia fecunda del investigador y polígrafo eminente. Es de comprender, así, el vivísimo interés con que vengo siguiendo el trabajo, tan metódico y bien encaminado, que Guillermo Feliú Cruz prosigue con preparación y perseverancia dignas de la materia, con acierto de que son testimonio los cinco volúmenes del *Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago* J. T. Medina (1).

El tomo (publicado en 1928), al-

(1).—En 1926 dos tomos «*Libros Impresos*», el I con 500 pág. de ella 26 de *Bio-bibliografía* el II con 464 págs. incluídas las de 434 adelante, de Numismática, Mapoteca y Estampa, y Retratos; en 1928 dos tomos «*Manuscritos*»; en 1929 un tomo «*Manuscritos Originales*» y en 1930 un *Índice General de la Colección de Documentos Inédito para la Historia de Chile*. El I de *Manuscritos* (325 págs.) trae un Prólogo (págs. XIX) de Feliú Cruz muy ilustrativo e interesante; el II consta de 244 págs., el III de 130 y el *Índice General* de 105.—

canza el tomo 178 y el N.º 3935 de los documentos inéditos y cierra con un excelente índice cronológico de éstos; su Advertencia preliminar es un interesante estudio sobre la Biblioteca Americana de don José Toribio Medina; el tomo 2.º (publicado en 1930), comprende el inventario de 2,012 documentos inéditos relativos a Chile, reunidos y hechos copiar por don J. T. Medina en el Archivo de Indias de Sevilla principalmente; se inicia con el documento 3936 y termina con el 5948. Abarca, pues, 50 tomos de manuscritos. Cronológicamente, abrazan estos papeles un espacio de 107 años desde 1720 hasta 1827, es decir, incluyen el final del gobierno del galante caballero, don Gabriel Cano de Aponte para terminar con la incorporación de Chiloé al dominio de la República. Como su anterior, este tomo cierra con su índice cronológico. En 1930 publicó también, como tomo preliminar del *Catálogo Breve* el *Catálogo* de don V. M. Chiappa, con su correspondencia prólogo, ilustrativo documento; la publicación del tomo III del *Catálogo Breve* fué hecha en 1929; él contiene 1,668 números de Manuscritos originales de Historia General. Informaciones, Servicios, Asuntos eclesiásticos, Variedades, etc., con su respectivo índice de materias.

El nuevo libro de Guillermo Feliú Cruz, *Bibliografía de don José Toribio Medina—Notas Críticas* se presenta como «tirada aparte del *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* (de la Facultad

de Filosofía y letras), año X, t. XIII, N.º 49-50, pp. 316-492, Buenos Aires, Julio-Diciembre 1931» y trae en la pág. V la siguiente nota:

A los efectos de dar, conforme a nuestra pauta, un elenco de los trabajos de Medina, hemos solicitado la desinteresada colaboración del señor Guillermo Feliú Cruz, discípulo del malogrado gran americanista y Conservador de la Biblioteca Americana José Toribio Medina, en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. Y es así como se ha podido completar lo que ya habían hecho, Víctor M. Chiappa, por el período 1873-1914, y el mismo Feliú Cruz en el momento del cincuentenario de la vida publicista de José T. Medina, celebrado en 1923. Reunimos todo en nuestro *Boletín* y queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento al señor Feliú Cruz quien ha realizado con indiscutible éxito un esfuerzo que sabrán valorar, mejor que nadie, los entendidos en la materia. (Nota de la D. del *Boletín*).

A la Introducción del trabajo de que se trata—págs. V-XII—corresponde el siguiente Sumario:

«El cincuentenario literario de Medina en 1923. El homenaje de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*. El *Epítome* de Chiappa. Noticias de los trabajos intelectuales de Medina, de este mismo autor. Continuación de la bibliografía de Medina desde 1914 hasta 1924. Bibliografías generales y parciales de Medina (nota). Las adiciones a la bibliografía de Medina. Método seguido en este elenco. La colección completa de las obras de Medina. ¿Por qué esta bibliografía es incompleta? Obras póstumas de Medina. La edición de la Universidad de Chile.

De este Sumario considero aquí sus dos últimos números: esta bibliografía es incompleta, dice Feliú Cruz, porque «En el género de estudios a que se consagró Medina, los mismos temas que dilucidaba enhebrábanse con otros cuyos atisbos nunca dejó de mano hasta que, con los primeros materiales formaba parte para otras nuevas obras. Así se comprende que deje tantas obras póstumas. Según una indicación suya, de que tomé nota en una conversación que tuve con él en la tarde del 29 de Julio de 1929, esas obras eran las siguientes: Biblioteca Hispanoamericana de la Orden de San Francisco, 3 vols.; Los Alféreces Reales de Buenos Aires; Compendio de la Literatura Chilena hasta 1852; La Escótida del Padre Farías; Bibliografía de Hernán Cortez; El primer feminista americano; Dávalos y Figueroa: La Araucana (edición popular); Periódicos y periodistas de la colonia; Adiciones a la Imprenta en Lima; Autores americanos citados en el Diccionario de Autoridades de la Real Academia; Nuevos anónimos y pseudónimos hispanoamericanos; Ercilla juzgado por *La Araucana*, (tomo VI de la edición monumental); La Imprenta en el Virreinato de Buenos Aires, nuevos materiales para su estudio; Un documento desconocido sobre Cervantes; Un documento inédito sobre Pedro de Valdivia. Y a esta lista hay que añadir aún la reimpresión de la edición crítica de la *Tía Fingida* de Cervantes que bajo la dirección de Pedro Sainz Rodríguez se está haciendo en Madrid. Por eso, pues, digo que esta

bibliografía no es completa. Dentro de poco, y por petición de la Universidad de Chile, tomaré a mi cargo la edición de las obras póstumas de Medina y entonces, cuando escriba su vida, que irá precedida de una bibliografía y bio-bibliografía crítica, se tendrá en definitiva reunido el acervo de su increíble y portentosa labor».

El «Elenco de Trabajos y Notas Críticas» se compone de 100 títulos (del 308 al 408), comprendiéndose 16 de Obras Póstumas), de los cuales no son pocos los que traen los comentarios a que la publicación de los respectivos trabajos de Medina ha dado lugar, comentarios todos de positivo interés y que dan a esta obra de Feliú animación y agrado especialísimo. Se leen con deleite sin duda no menor que el de Feliú Cruz al seleccionarlos. Son ellos: de Emilio Vaïsse, Juan Steffen, Alejandro Fuenzalida Grandón, Ricardo Donoso, Ramón Oliveres, Carlos Acuña, Raúl Silva Castro, y pudiera decirse que hay uno del mismo Medina, quiero referirme al Prólogo que por extraño e incomprensible circunstancia no apareció en la impresión neoyorquina de la *Bibliografía de las Lenguas Quechua y Aymará*, por José Toribio Medina, su contribución al Congreso de Americanistas celebrado en Nueva York, en Febrero de 1930, del cual fué Presidente Honorario.

De estos comentarios son sobremanera interesantes, sin merma del positivo mérito de todos ellos, los de Fuenzalida Grandón—uno sobre la *Biblioteca Chilena de Traductores*

ordenada, por J. T. Medina, y el otro sobre Fray Joseph de San Alberto, Carta a los Indios Chiriguano—; el de Omer Emeth sobre el Prólogo de Medina en el tomo primero de *Leyendas y Episodios Chilenos, Crónicas de la Conquista*, de Aurelio Díaz Meza, comentario con una erudita reseña acerca del género literario en que se ha inmortalizado el peruano Ricardo Palma el de Ricardo Donoso sobre «las dos últimas obras del señor Medina, o sea: *Bibliografía de la Lengua Guaraní*, y la reproducción facsimilar de la *Verdadera Relación de los Reinos o Provincias del Perú desde la ida a ellos del Virrey Blasco Núñez de Vela hasta el Desbarato y muerte de Gonzalo Pizarro*, por Nicolás de Albenino, impreso en Sevilla en 1549, y de la cual no se conoce más ejemplar que el existente en la Biblioteca Nacional de París.

Es digna de celebración y aplauso la reproducción de estos comentarios en la forma y lugar en que Feliú Cruz la hace. Publicados, por lo general, en los cotidianos, vienen a dar ahora un mayor interés a la indicación bibliográfica correspondiente, comprobando el decir de Fuenzalida Grandón de que, en cambio de la mera enumeración bibliográfica, «si de vez en cuando se allega aquí un dato peregrino, allá un fugaz comentario, acullá una referencia oportuna, el bibliógrafo habrá llegado infundir en su trabajo cierto solaz de vida comunicativa, como lo proporcionarán otrora las agudas anotaciones de Menéndez Pelayo en sus libros sobre bibliografía hispanoamericana y en aquel admirable de

Horacio en España. Todos tan conocidos de los doctos y en los cuales a lo maravilloso de la erudición se añade la enjundia crítica, en su género lo más hondo y cautivador que en lengua castellana se haya dado a luz en todos los tiempos».

Esos comentarios, por lo demás, ofrecen antecedentes ilustrativos, complementarios a veces, otras traen asociaciones de ideas que suelen ser preciosas, que en todo caso son gratas y recobran su oportunidad.—*Samuel Ossa Borne*.

IMÁGENES DE CHILE, por *Mariano Picón-Salas* y *Guillermo Feliú Cruz*. (1)

Acostumbrados a conocer de nuestra historia sólo lo que eruditos desprovistos de sentido histórico o teorizantes doctrinarios han querido dejarnos ver, estas *Imágenes de Chile* nos muestran directamente el testimonio de lo que fuimos realmente en otro tiempo.

El ojo seco y agudo de algún viajero inglés, la impresión de un visitante romántico, la tumultuosa y vibrante intuición de Vicuña Mackenna y hasta el desnudo informe de un explorador científico nos dicen más cosas concretas de nuestro pasado y de nuestra historia que las páginas frías en que más de algún liberal chileno se ha esforzado por encajar a Chile dentro del marco evolutivo de una República normal.

La historia de Chile que aprendimos de estudiantes no resiste siquie-

(1) Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1933.

ra un superficial contraste con sus fuentes: es falsa, arbitraria, inanimada. Se la recuerda casi con encono y no queda de ella más que un informe esqueleto de cifras y de nombres y unos cuantos conceptos, equivocados casi todos, sobre el ambiente de la colonia y los primeros años de nuestra independencia.

Los padres de la patria, recargados con exceso por los apóstoles de un patriotismo desproporcionado, no consiguen deslumbrar al estudiante y van quedando, desteñidos y olvidados, en el desván de los recuerdos indiferentes.

Toda la fantasía del niño se estrella contra la sequedad pretenciosa de los manuales, y la crítica desprejuiciada del adulto reacciona, unas veces con dureza injusta, contra todos los conceptos de una historia deformada a sabiendas. Lo que un hombre de mediana ilustración sabe ahora del pasado de Chile es casi siempre contrario y diferente de lo que enseña nuestra historia oficial.

La cultura contemporánea está reaccionando desde hace tiempo contra los fundamentos básicos de la cultura liberal y racionalista, no sólo en el terreno de la economía y la política, que ahora son preponderantes, sino también en el de las ciencias, la filosofía y el arte.

No quieren comprenderlo así los que siguen pensando y predicando que la edad media fué una época de obscurantismo, que la monarquía absoluta fué en su tiempo el peor de los regímenes posibles, que los frailes y la iglesia son los causantes de todos los males de la humanidad, que la colonia fué un tiempo de ino-

centes ensoñaciones románticas y que nuestro país es la Inglaterra o la Roma de la América del Sur.

La historia moderna mira con un ojo distinto y libre de todo prejuicio de principio. Si se quiere comprender lo que somos, y no para otra cosa se aprende la historia, que no es ciencia pura sino a medias, importa más saber efectivamente lo que fuimos que lo que hubiera sido conveniente que fuéramos, para dar a la juventud vacíos ejemplos de heroísmo a lo Plutarco o de rectitud a lo Catón.

Ahí, en el auténtico pasado, en las estampas que de nuestro suelo, de nuestros hombres, de nuestros indios y de nuestras ciudades se llevaron grabadas los viajeros, está latiendo nuestro escenario histórico y hablando a la imaginación y a la fantasía, que muchas veces se equivocan menos que la razón cuando parte de un principio absurdo.

Junto a la historia escueta de los hechos, la historia viva de la sociedad y del alma del pueblo llena los vacíos y explica las formas que va tomando el desarrollo de un país.

Nuestros pequeños grandes hombres históricos abandonan un momento el pedestal de sus estatuas, se humanizan, cobran vida y se animan cuando se les restituye al ambiente en que vivieron. Sólo devueltos a su época y a su medio es posible comprenderlos y quererlos, sentirlos viviendo y luchando por su pequeña patria.

Estas *Imágenes* revelan un Chile casi desconocido para la enorme masa de los chilenos, y harán comprender mejor y amar mejor nuestro

pasado, que surge de ellas renovado y sabrosamente auténtico.

Modestamente destinado a servir de texto auxiliar de Historia Americana en los Liceos, este libro es un valioso aporte a la vulgarización de nuestra historia social. Por la novedad de los trozos que contiene y del método con que han sido seleccionados, por la rica colección de grabados que lo ilustran y por su bibliografía escrupulosa, será leído con agrado y provecho por todo el que quiera estudiar las formas sociales del pasado, o desee simplemente sumergirse en un mundo lejano y distinto del nuestro, pero impregnado de interés y de vida apasionantes.—
O. Vera.

CUENTOS

CUENTOS DE MI TÍO VENTURA,
por *Ernesto Montenegro.*

Nos cuentan los biógrafos de Charles Perrault que su mayor y principal ambición era llegar a ser un gran poeta épico. Ello andaba también conforme con su gravedad de magistrado. Y alcanzó a publicar, en efecto, unos poemas grandilocuentes, en los que cifró grandes esperanzas. Pero la gloria, caprichosa y esquiva, no vino con tal motivo a coronarlo. Abuelo ya, y sin otro fin que entretener a sus nietos, escribió una serie de narraciones fantásticas, tomando por base las que circulaban entre el vulgo. Luego, estimándolas en poco, las dió a la publicidad con la firma de su hijo. Y fué entonces que la desdeñosa Fama le abrió su corazón ampliamente.

Ernesto Montenegro nació al mundo literario con las intenciones de ser un poeta de renombre. Algunos cortos poemas alcanzaron a publicarse en diarios y revistas; también algunas prosas. Luego, lo cogió el tráfago de la vida, o más bien la inquietud de recorrer lejanas tierras, porque, ante todo, llevaba un judío errante por dentro. Partió para Estados Unidos sin más haber que el producto de futuras correspondencias, y fué a parar en California. Allí vivió del periodismo. Continuó a Nueva York, y siempre el periodismo absorbió sus horas. Fundó allí una revista de propaganda chilena, en la que estuvo tres o cuatro años; acabó por aburrirse, reunió los cobres que le quedaban y salió a dar una vuelta por Europa. En seguida regresó a Chile.

Ya en la tranquilidad de la tierra nativa, y saciado su afán de trajines, pareció natural que su espíritu volviera a las primitivas ansias de gloria literaria. ¿Encontró que ya estaba viejo para reincidir en la poesía pura? Posiblemente. Nuestro ambiente no es propicio para tales aficiones: se le cree cosa propia de mozalbetes ociosos, desaseados y melenudos. Además, pasados los cuarenta años muchas ilusiones han muerto. Quedaba por delante la novela; con toda la experiencia adquirida en la tierra del dólar, Montenegro tenía materiales preciosos para una que saliera de lo corriente, con gentes, costumbres y psicologías de Yanquilandia. Pero tal vez quiso aconchar un poco sus recuerdos, dejar que laborara el inconsciente, postergar, en suma,

esta obra un poco difícil; y entonces, en sus horas de ocio, se dedicaría a transcribir en su lenguaje, naturalmente estilizado, esas historias de brujas, soldadillos y monstruos, alimento de niños y aun de personas mayores.

Nada autoriza para decir que Montenegro, como Perrault, no le dió ninguna importancia a su trabajo. Seguramente lo hizo a conciencia, y pretendió encuadrar los cuentos populares dentro de la literatura. Pero no se figuró, acaso, que realizaba la obra más importante de su vida, y que al delinear la figura inmortal del Tío Ventura y al transcribir esos relatos de apariencia tosca (1), subía algunas gradas en el templo de Apolo.

Errados andan los que piensan que la grandeza de un libro está en el asunto. El tema viene a ser para el escritor lo que la arcilla en manos del artista plástico. Limitado es el número de argumentos, y están a disposición de todo el mundo tal como los colores y sus diversos matices lo están para el que pinta. tuvieron eco: confundían la cosa material con el espíritu.

Cendrillon era una historia vulgar en boca de las abuelas de Francia; subió a obra maestra bajo la ¡Cuántas veces acusaron de plagiarío a Anatole France, porque to-

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile, 1933.

maba todos los detalles salientes, digamos la armazón, de algún cuento publicado en la Edad Media! Así, por ejemplo, con uno de Gregorio de Tours. Pero los acusadores partieron de un error profundo y no pluma de Perrault, «El caballito de siete colores», «El monstruo». «Los tres soldadillos», etc. han vivido muchos años en la imaginación de nuestros niños; han puesto un poco de pavor o de asombro en sus ojos inocentes. Tomados sin el adorno que cada narrador les preste, no representan casi nada, y la filosofía que encierran condensa una vieja aspiración de los hombres más que una realidad: el castigo de los malos, el triunfo de los buenos.

Y con estas historias vulgares, que son un bien común, ha tejido Montenegro su obra. Guijarros sin mucha ley que ha recogido en los caminos de su infancia, han sido tallados por un diestro buril.

Tarea ardua es transcribir los modismos y expresiones del vulgo, sin caer en lo chocarrero o en lo basto, Montenegro ha salvado con facilidad todos los escollos, y así la ilusión de estar escuchando al Tío Ventura, en su lenguaje peculiar, no desaparece.

Obra aparentemente fácil y simple, tiene, sin embargo, todo el valor de lo nuevo. Ha pasado por ahí un verdadero escritor con su magia sutil.—*Januario Espinosa.*

FRANCISCO CONTRERAS

(Homenaje)

LA lírica chilena debe a Francisco Contreras, que acaba de fallecer en París, uno de los más finos intentos de modernización en los años en que modernismo era algo así como anarquismo o comunismo, en nuestra poesía. Seguramente Contreras no fué un escritor brillante, en el sentido de esplendor y grandeza. Pero en ese tono menor en que encerró toda la delicadeza de su temperamento, construyó una obra digna de elogios y que tiene desde ya un puesto seguro e inamovible en nuestra historia de las letras.

Gran parte de la vida de Contreras transcurrió en París. Sentía la decepción de su tierra en el fondo del espíritu. Pero no fué un escritor rencoroso. Anotemos este hecho que es singular en un hombre que tan mal había sido tratado por sus compatriotas. Tal vez tuvo decepciones que fueron el producto de su propia, íntima e incontenible ilusión. Creía que la obra de divulgación y de entusiasmo mozo que realizaba en París, dando a conocer a sus compatriotas de este lado del mar y de la alta montaña «hosca» como dijo, cantándola en rimas diáfanas, le iba a ser reconocida. Quizá lo fué por algunos. Pero el escritor se engaña a menudo y cree que gran parte de ese público que lee, es además comprensivo y capaz de aplaudir al que desangra su vena cordial en la áspera, ruda y trágica tarea de escribir. Sueño inaudito y en cierto modo candoroso.

Porque he aquí que un día—tras larga ausencia—Contreras volvió a Chile. Su arribo fué silencioso, y pocos repararon en él. El criollo mordaz y malicioso, fiel a su destino de burlarse de los hombres de pluma, le cubrió de ironías y amarguras. ¿Que más podía hacer? Probablemente Contreras tenía un lugar en la literatura chilena; acaso en París le reconocían sus méritos otros locos iguales a él, porque en todas partes hay gente que pierde su tiempo alineando palabras, o amontonando frases. Pero los hombres sesudos y equidistantes, que en Chile, contribuyen a levantar nuestra fama de pueblo espiritual... no podían sino volver la cabeza y evitar que se les tomara por desequilibrados. Para vengarse, el poeta, lanzó una noche desde la tribuna del Ateneo ese poema LUNA DE LA PATRIA que es un canto de amor a la tierra nativa cuyos hombres tan mal le habían comprendido.


*Luna de la patria, luna
Unica, lánguida, grata,
Cuya luz bendita es una
Polvareda azul de plata...*

Se embriagaba en la azul tristeza del campo y de la montaña, para olvidar la ingratitud. La tierra tenía para él la generosidad tibia y poderosa de un abrazo. En ella depositó su corazón dolorido. Y regresó de nuevo a Francia, a su rincón de París, a reanudar su tarea de dar a conocer a sus compatriotas escritores desde las páginas de «Le Mercure de France» cuya puerta hermética para los sudamericanos, le había franqueado el fino y profundo espíritu de Remy de Gourmont.

La obra de Contreras es abundante. Poesía, novela, crítica. Sus primeros versos tuvieron la entonación modernista que Darío había vaciado sobre nuestro país. Fué de los primeros renovadores y como tal en la historia de nuestra lírica habrá de asignársele el sitio que le corresponde. En la novela había trabajado los últimos años

y no en la novela cosmopolita sino en la de estirpe criolla. Volvía siempre hacia su tierra. Le atraía el sortilegio del campo. Así surgió EL PUEBLO MARAVILLOSO. En estas novelas animó las leyendas de los campos, de su rincón nativo, de las consejas y brujerías que hechizaban el alma humilde de los labriegos. Sin duda este ciclo de novelas ha quedado inconcluso.

ATENEA rinde este homenaje, al poeta de TOISON y de RAÚL, los primeros signos de la renovación lírica en Chile; al autor de LOS MODERNOS, páginas críticas en las que se condensa el movimiento de los simbolistas franceses; al eterno enamorado de su tierra en las páginas frescas y emocionadas de sus novelas campesinas y al hombre que nunca olvidó, a pesar de las amarguras, el aliento agreste del país nativo por el cual tanto hizo en Francia en la esfera en que se había colocado por obra de su temperamento y de su destino.—M.



GLOSARIO

Joaquín Edwards infatigable escritor acaba de publicar su novela *Criollos en París*. Es una visión ancha del mundo parisién de ante guerra, un capítulo de esa vida frívola en la que el criollo sudamericano vivió en eterna orgía, sin acercarse jamás al borde de la verdadera existencia. Entre el juego y los cabarets, prolongó en la ciudad inmensa la misma preocupación minúscula, de superficialidad e intrigas que es el sello o la marca de las sociedades criollas de América. El libro de Edwards tiene un alto valor documental. Es la visión de una sociedad que va a entrar en el fondo de una catástrofe, captada por la pupila penetrante de un escritor sudamericano. El documento está, por lo demás, lleno de vida y animación. El arte de Edwards, adquiere en esta novela una potencialidad que si bien ya le conocimos a través de sus anteriores libros, está aquí revaluada por un sentido más humano y hondo de la vida.

En estas páginas, henchidas de vigor, como una gran fiesta colorista, por la que pasan los más diversos y pintorescos tipos, el autor ha fijado la modalidad y el destino de los criollos en París. Salidos de la tierra nativa para ir a gozar del esplendor de las ciudades europeas no buscan la zona espiritual para acomodar sus existencias, sino aquella que por lo mismo que es de frívolidad y desenfreno, es la que más golpea sus espíritus cargados con la pesadumbre del vivir criollo.

Criollos en París, ha sido publicado hace poco. En próximos números de esta Revista, insertaremos algunos juicios que ha merecido esta brillante novela.



Aun amigo de Chile ha escrito D'Halmar la carta que va a continuación. Está en ella con todo su encanto nostálgico el D'Halmar que todos conocemos. Desencantado de su tierra, de la que salió un día con el propósito de no regresar nunca a ella,

y a la que volvió para salir de nuevo, más entristecido que cuando partió la primera vez. Hay en esta carta en que se recuerdan viejos amigos ya muertos, un perfume otoñal que anticipa como un frío estremecimiento, la noche inminente del invierno. Además, la figura de esos magnos poetas que fueron Darío y Nervo en una intimidad que sólo D'Halmar podía revelar en toda su viva y familiar poesía.

Yuste (por Jarandilla), a 11 de Abril de 1933.

Señor

Don Julio Molina Núñez.

Santiago de Chile.

Mi estimado compañero:

Su carta del 1.º pp. me ha venido hasta este recogimiento, y si al pronto pensé no contestarla, tan ajeno ya estoy a cuestiones literarias y tanto las cosas y los seres que usted quiere hacerme recordar pertenecen a otra de mis existencias, después he pensado no era pertinente corresponder a sus solicitudes con mi silencio, y atendiendo nada más a esta consideración, haré memoria sin literatura de la balada que Rubén y Nervo escribieron a una hora de intervalo, en mi casa de París, los versos dedicados a D'Halmar, que usted parece conocer, como admirador de esos poetas y amigo mío.

Les había hallado reunidos con el no menos admirable lituano Milosz, (el autor del «Miguel de Mañara», que traduje yo en España), en una «bouvette» del Boul Mich, que, por no sé qué tácito despropósito llamábamos «Agencia Havas» y que no sé cómo podíamos reconocer bajo ese nombre, puesto que todos los cafetines de París (cosa que no habíamos caído nosotros), anuncian en sus escaparates la misma invariable «Agence Havas», lo cual no viene a ser en suma sino un consorcio telefónico o de Guía Bottin, aun no lo sé de fijo. El hecho es que, noche, a noche desde hacía mucho, veníamos dándonos «rendez-vous» en la tal dirección y que nunca ninguno la narró.

Esa era víspera de una de mis grandes partidas y despedida en cierto modo de mi tertulia o «peña» como dicen en Madrid. Rubén me preguntó con ahinco qué destino correría en la liquidación de mis enseres cierto Chambertin que el mismo denominó «terciopelo de los dioses», en contraposición de otro «pinard» llamado por mí «percal de los hombres», por lo corriente. Le contesté que las pocas botellas que restaban las aprovecharía Madame Chambaud, mi portera.

El honrado catador protestó indignado contra mi sacrílega intención y propuso fuéramos esa misma noche a darle fin a aquel vino en amor y compañía y a velar, en cierto modo, el cadáver de una época de nuestra vida, que iba ya a enterrarse.

Nervo aceptó; Milosz se excusó por no sé qué compromisos. Y los tres hispanoamericanos nos fuimos a mi vivienda del quinto piso del 42 Quai des Celestins, (donde ha habitado posteriormente, en el mismo cuarto, el hispanófilo Jean Cassou).

Ya allí, al calor de una fogata hecha con todo el combustible que me sobraba, Rubén sólo en mi alcoba, compuso su grandioso soneto: «Como Píndaro, tiende hacia el viento que sopla»... y, con el para mí enigmático epí-

grafe de «Retratos Imaginarios», que fué a leérmelo a mi despacho, donde Nervo y yo charlábamos junto a la «salamandra» puesta al rojo vivo. Estaba contento de su inspiración; pero Amado no participó de su entusiasmo. Según él, veía un d'Halmar menos teatral y clásico. Y entonces, a su vez, improvisó casi, mientras Rubén y yo, consumíamos dignamente el Chambertin, su tan íntima poesía: «Sobre tu frente gravita», y «Hacen cruz nuestros caminos,—Bebamos juntos los vinos,—Del Adiós»... Darío se emocionó como pocas veces, al oírla. Y trasnochamos hasta la madrugada, en que marchamos Sena abajo a lo largo de los muelles y en el de Orsay tropecé con la «gare» y tomé el sudexpress.

Otra de las estrofas de Nervo dice: «Yo te emplazo en una cita,—Sobre la arena infinita—Sideral»... El nicaragüense y el mexicano han acudido. Más remiso el chileno aun no acierta a dar con el paradero de aquella otra Agencia Havas del Más Allá... Pero no ha de tardar mucho.

No sé si esta anécdota le vale para publicada con ambas poesías. En todo caso vale más para mí, por lo vivida, que una estemporánea indignación contra las opiniones de Herr Max Nordau que nadie recuerda (la opinión ni el opinante).

Y sin más reciba un apretón de manos de su compatriota y amigo (Fdo).—
AUGUSTO D'HALMAR.

Es invariable mi dirección en Madrid, Travesía de la Ballesta, 8.

LIBROS RECIBIDOS

CÉSAR BARJA.—*Libros y Autores Modernos*.—Los Angeles. California.

SADIE EDITH TRACHMAN.—*Cervantes, Women of Literary Tradition*.—Instituto de las Españas.—New York.

JORGE E. RAMPONI.—*Colores del júbilo*.—(poemas). Mendoza.

ENRIQUE ESPINOZA.—*Trapalanda (un colectivo porteño)* con artículos de Roberto B. Cunninghane Graham.—Guillermo E. Hudson.—Ezequiel Martínez Estrada.—Luis Franco.—Waldo Frank.—D. H. Lawrence.—C. G. Jung.—Buenos Aires.

GREGORIO SÁNCHEZ GÓMEZ.—*El Gavilán*.—(novela). Cali. Colombia.

RODOLFO RODRÍGUEZ GUICHÓU.—*El Cigarrillo*.—Buenos Aires.

JACINTO FOMBONA PACHANO.—*Virajes*.—(poemas). Caracas. Venezuela.

PEDRO A. DE ALARCÓN.—*El sombrero de tres picos*.—Empresa Letras.—Santiago de Chile.

JULIO LARREA.—*Cuestiones Educativas*.—Quito-Ecuador.

ARTURO TORRES RIOSECO.—*La poesía lírica mexicana*.—Santiago de Chile.

CARLOS OTERO VALDÉS.—*Por los senderos del infinito*.—Santiago de Chile.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO.—*Los Criollos en París*.—Editorial Nascimento.—Santiago de Chile.

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR.—*Historia de Chile*. (Tomo II).—Editorial Nascimento.—Santiago de Chile.

PANAIT ISTRATI.—*Primeros Pasos*.—Editorial Letras.—Santiago de Chile.

ANATOLE FRANCE.—*El Crimen de un Académico*.—Editorial Letras.—Santiago de Chile.

Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA
Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22.**

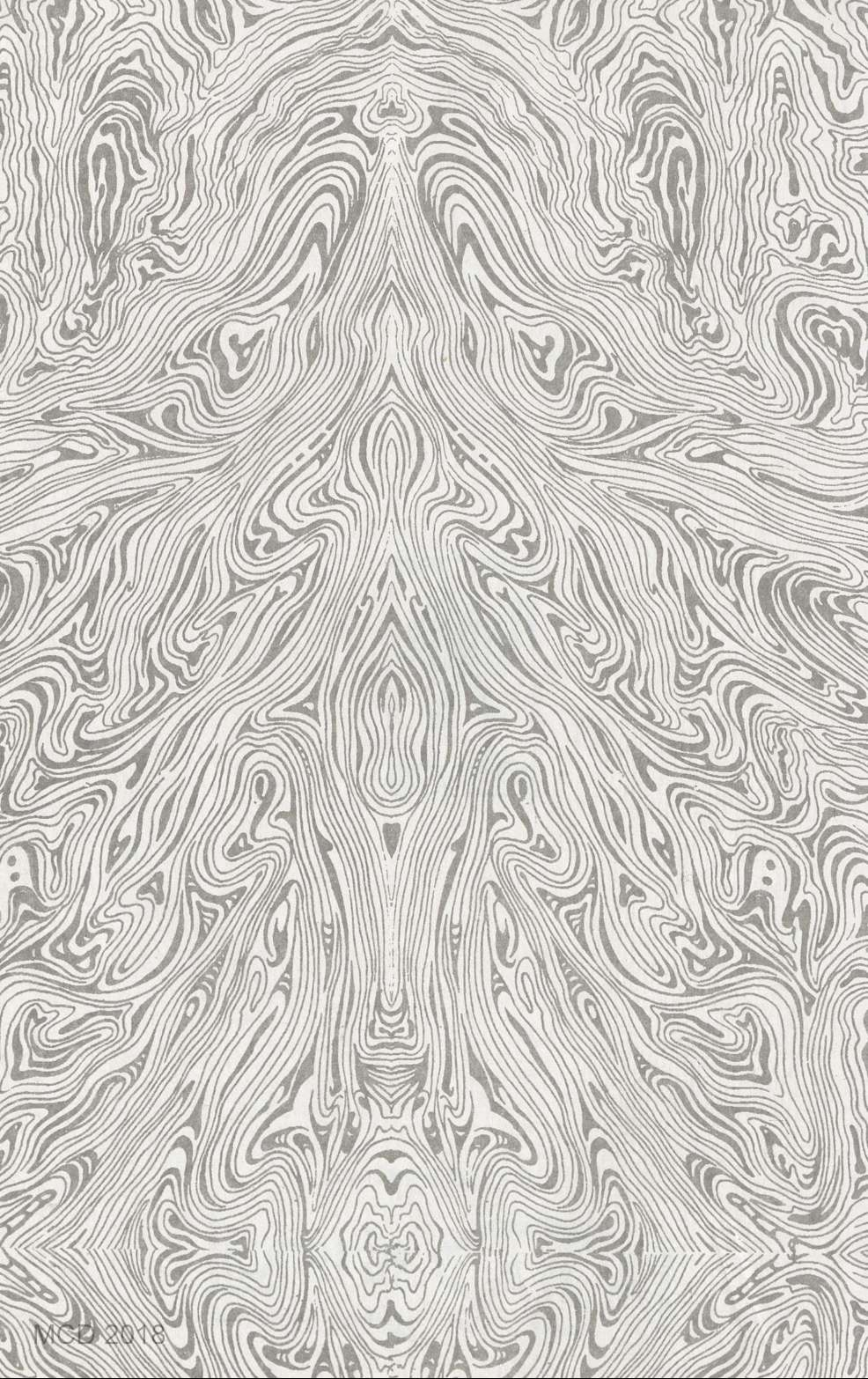
SANTIAGO DE CHILE



DISTRIBUIDORES

Librería **SALVAT**
Barcelona-Santiago

MCD 2018







MCD 2018